

Fernando Domínguez

**EL
VIAJE
DE
IRINA**



El viaje de Irina

Fernando Domínguez

© Fernando Domínguez López

Octubre 2018, Edición e-book

www.fernandodominguez.es

Para ti Susana
Por tu sonrisa, por ser así

Porque te quiero

Nota del autor

La historia narrada transcurre en el año 1974, principalmente en la extinguida Unión Soviética. Los hechos son completa ficción a pesar de utilizar como referencia la cumbre de reducción de armamento nuclear mantenida ese año entre estadounidenses y soviéticos.

Las descripciones de los lugares que aparecen a lo largo de la historia son fidedignas así como todo lo citado en relación a la estructura de Directorios del KGB, la agencia de inteligencia soviética disuelta en 1991.

En el trasfondo de la trama puede vislumbrarse la situación sociopolítica reinante en la Unión Soviética de inicios de los años setenta, señalada por muchos como la era del estancamiento e inicio del declive del gigante socialista. Si los hechos descritos en esta novela hubiesen llegado a suceder, quizás el destino del país habría sido otro.

Los Preparativos

Un viaje de mil millas ha de comenzar con un simple paso

Lao Tzu

18 de Octubre

Moscú

Todavía no había amanecido cuando el despertador comenzó a rugir sobre la mesilla. Sasha sacó el brazo izquierdo resguardado bajo el calor de las mantas y lo golpeó. El irritante sonido se detuvo. Suspiró. Se incorporó y se colocó la bata que siempre dormía al pie de la cama. La ligera luminosidad que lograba colarse por la ventana le permitía ver el vapor que salía de su boca. Cuando sus pies abandonaron la peluda alfombra sintió como el frío penetraba a través de ellos hasta llegar a los muslos. A falta de algo mejor se puso sus botas reglamentarias. Si de algo podía presumir el KGB era de dotar de buen calzado a sus hombres. Llegó a la cocina y dio vida a la amarillenta luz de la bombilla. Junto a la ventana estaba la salvia, extrañamente todavía repleta de pequeñas flores azuladas. Desde que ella se había ido, pocas plantas en Moscú podían recibir tantos cuidados. No había día que Sasha no le dedicara tiempo.

Cargó la cafetera y encendió uno de los fuegos de la cocina. Hoy la llama no se resistió. Se sentó en la silla metálica y apoyó la cabeza sobre los azulejos de la pared. ¿Qué estaría haciendo ella en este momento? Era la pregunta recurrente a esas horas de la mañana. También a la hora de la comida. También a la hora de la cena. ¿Cuánto había pasado desde que se fue? Casi un año. La cafetera empezó a silbar. Se tomó una taza grande mientras escuchaba las noticias de la radio. Nada fuera de lo habitual. Nada iba mal. Tampoco bien. Nada que diera ninguna pista sobre la reunión a la que Alexey Volkov, responsable de la Fuerza de Guardias del Kremlin, le había convocado.

La inmaculada carrera de Sasha le había llevado a alcanzar una más que digna posición en el Noveno Directorio, en el grupo de escoltas de miembros del Politburó. Sus padres estaban orgullosos de él e infinitamente agradecidos por haberles conseguido una vivienda con calefacción en un monstruoso bloque de hormigón a escasas manzanas de

su único hijo. Ver a sus padres en una situación cómoda era un objetivo cumplido en la vida. Los sacrificios que habían soportado para lograr que él tuviese un futuro lejos de los campos de cultivo de Ucrania habían sido excesivos.

Antes de dejar la cocina, rellenó un termo con el café sobrante de la cafetera y vertió un vaso de agua sobre la maceta de la salvia. En la habitación se vistió con la ropa reglamentaria que remató con el abrigo gris y el gorro ushanka que siempre dejaba colgado en el perchero del vestíbulo. Ya en la calle tan solo tuvo que caminar unos pocos metros hasta su Lada Zhiguli de segunda mano. En cinco minutos llegó al bloque de sus padres, dejó el coche en doble fila y apresuradamente subió las escaleras hasta el primer piso. Su madre abrió la puerta sin esperar a que Sasha llamase. A menos que su hijo estuviese de viaje, el termo con café recién hecho estaba allí cada día a las siete y media de la mañana.

—¿Qué tal hoy papá?

—Casi no tiene fiebre —respondió envuelta en una vieja bata de paño y con el pelo enmarañado— ¿No entras?

—Hoy voy con prisa... una reunión a primera hora. A la vuelta me pasaré otra vez. ¿Hace falta comprar algo? ¿Patatas, leche...?

—Nada, nada... Aunque si pasas por esa librería del centro y encuentras algo de Semionov... o mejor de novela negra de algún extranjero... el de las novelas cortas...

—Me pasaré por allí —aceptó Sasha alejándose ya hacia las escaleras.

Un claxon comenzó a sonar. El Lada de Sasha impedía la salida a un vecino malhumorado. Le hizo un gesto de disculpa con la mano y en segundos puso en marcha el coche sobre el asfalto mojado, rumbo al número dos de la plaza Dzerzhinsky. Callejeó sin problemas hasta alcanzar la avenida Vernadskogo, donde el tráfico iba incrementándose a medida que se aproximaba al centro. Pero el punto álgido lo encontraba, como cada mañana, al cruzar el río, en el inicio de la avenida Komsomol. Allí los conductores se apelotonaban resignados en un denso flujo de coches, donde la niebla provocada por el caudaloso Moscova se confundía con el humo de los miles de tubos de escape.

Sasha aprovechó la parada obligada para encender el primer cigarrillo del día. Se atrevió a bajar ligeramente la ventanilla para dejar que el humo

que expulsaba su boca se uniese al que ocupaba el aire de aquella lluviosa mañana moscovita.



Alexey Volkov repasaba la documentación que le habían facilitado hacía dos días. Toda la que manejaba era confidencial, pero sin duda esta tenía un plus. Así se lo habían transmitido en la reunión de alto rango que había mantenido con cargos destacados del KGB. Entre ellos el mismísimo jefe del noveno directorio. Al abrigo de la espesa niebla formada por el humo de los cigarros le habían explicado los principales aspectos del encuentro que en el plazo de un mes y medio tendría lugar en Vladivostok. La misión más relevante en los diez meses que llevaba ocupando su cargo.

Alexey había tenido el tiempo justo para hacer una composición inicial sobre las necesidades del operativo de seguridad. Él mismo se encargaría de la coordinación de todos los elementos implicados, pero dada la magnitud de la misión, había organizado un comité reducido. Entre sus integrantes estaban Nikolay Morozov y Sasha Ivanov. Ambos con rango de capitán, tenían bajo su mando sendos grupos de escoltas. Había decidido asignarles responsabilidades en los preliminares del evento.

Nikolay Morozov estuvo desde el primer momento en su cabeza. Su currículum era impecable. Se había encargado con éxito de los equipos de escolta de varios miembros del Presidium y su historial no presentaba ninguna brecha. No tardaría en conseguir la estrella de Mayor. En cuanto a Sasha, su nombre había surgido junto a algún otro en la reunión informativa dos días atrás. En su carrera había pasado por el Cuarto Directorio, dedicado a la seguridad de los transportes, y un año antes se había desplazado precisamente a Vladivostok, para liderar el grupo de escolta del poderoso Ministro de Defensa, Andréi Grechko. Todo ello le convertía en el candidato ideal para la tarea de reconocimiento.

Posteriormente reforzaría el grupo de coordinación con dos oficiales más, que asumirían responsabilidades durante el propio evento con sus

respectivos equipos. Había planificado una reunión con ellos un par de horas más tarde.

Nikolay fue el primero en llegar. Tras el saludo reglamentario, Alexey le invitó a tomar asiento. El corpulento kazajo lo hizo en una de las cuatro sillas que rodeaban la mesa de reuniones del espartano despacho. Los rasgos orientales de Nikolay no dejaban de sorprender a muchos camaradas del KGB cuando le veían en reuniones de oficiales. No era habitual que alguien originario de los territorios más orientales ocupara un cargo de responsabilidad en la organización encargada de velar por la integridad de la Unión Soviética. Pero a pesar de provenir de una de las regiones en las que más movimientos separatistas era necesario sofocar, Nikolay se había labrado la fama de ser un fehaciente defensor de los ideales socialistas. Ello le había llevado a perder el afecto de un buen puñado de conciudadanos de su originaria Astana.

A los pocos minutos Sasha llamaba a la puerta. Su metro noventa y sus anchas espaldas siempre eran buena tarjeta de presentación. A diferencia de Nikolay, su presencia física de entrada facilitaba las cosas. No era normal encontrar un descendiente de ucranianos de tez tan morena. El contraste con los ojos azul acuoso no dejaba indiferente a nadie. Tras los formalismos Sasha no pudo evitar posar su mano sobre el ancho hombro de Nikolay. Hacía casi quince años que habían entrado a formar parte del KGB y juntos habían ido progresando en el complicado entramado burocrático de la organización. Poco a poco se había ido labrando entre ellos una relación de mutuo respeto que sin darse cuenta había terminado en amistad. Alexey era consciente de ello y lo consideraba como un punto a favor en el tándem que ambos iban a formar en esta misión. También era conocedor de la situación personal de ambos. Por un lado Nikolay, hombre de familia con dos hijos de doce y nueve años, pero siempre anteponiendo sus deberes con la organización. Por otro lado Sasha, poco afortunado en el aspecto sentimental, vivía solo.

Ahora su única obligación personal la tenía con sus padres, a los que visitaba prácticamente a diario. Los informes que Alexey recibía periódicamente de ambos no denotaban ningún comportamiento sospechoso. Ambos eran elementos seguros.

—Nuestro Secretario General tiene previsto un encuentro en

Vladivostok con el presidente estadounidense.

Alexey había comenzado a hablar en pie, dando la espalda a la mesa en la que se encontraban sus invitados. Sus hombros caídos eran prueba de la responsabilidad que se cernía sobre ellos.

—La tarea no será sencilla —Mantén fija la mirada en la ventana de su despacho viendo como pequeñas gotas resbalaban sin prisa hacia el alfeizar.

Abrió una cajonera de su mesa y tomó dos copias debidamente registradas de los documentos confidenciales que había recibido cuarenta y ocho horas atrás. Los colocó sobre la mesa de reunión y se sentó en una de las sillas libres.

—Lean detenidamente. Estos documentos no pueden salir de aquí.

Alexey encendió un cigarrillo y descansó la espalda en el respaldo de la silla, observando despreocupado como sus subordinados escrutaban con atención las hojas grapadas y selladas que les había facilitado.

Tras veinte minutos, y casi simultáneamente, ambos dejaban nuevamente sobre la mesa los documentos. Como buenos agentes del KGB sus rostros no expresaron ninguna emoción. Alexey los miró un breve instante, apoyando los antebrazos sobre la mesa, con las manos entrelazadas y chocando los pulgares.

—Comenzaremos a preparar el terreno cuanto antes —hizo una pausa para apagar su cigarro en un grueso cenicero de cristal—. Camarada Nikolay, supervisará personalmente el equipo de escolta actual del Secretario General... y reforzaremos los puntos más débiles con su propio equipo. Esto tendrá prioridad sobre cualquier otra cuestión.

—¿El camarada Topov es consciente de ello? —la voz ronca de Nikolay sonó como siempre rotunda.

—Mañana mismo lo sabrá —respondió con seguridad Alexey, aún a sabiendas que al veterano teniente Topov no le sentaría bien que nadie se inmiscuyese en la labor que llevaba desarrollando durante años, en la que incluso había solventado el intento de asesinato en enero del sesenta y nueve del Secretario General por parte de Víktor Ilyín, un desertor del

Ejército Soviético.

Alexey recogió los documentos y los guardó de nuevo. Sin evidencias sobre la mesa, pulsó el botón del intercomunicador.

—Por favor Karina, traiga café... tres tazas —tras el “enseguida” distorsionado que sonó por el pequeño altavoz enrejillado, el responsable de la Fuerza de Guardias apagó el aparato y sin más dilación continuó con su discurso—. Como ha leído, nuestro Secretario General tiene previsto recogerse una temporada para preparar el encuentro en su dacha de Zavidovo. Esto hará que varios camaradas del gobierno acudan allí también. Tendrá que coordinarse con sus respectivas escoltas.

—¿Podremos revisar la dacha antes de que se desplace allí el camarada Secretario General? —preguntó Nikolay.

Alexey asintió reflexivo. La seguridad de la dacha era fundamental no solo por la protección en sí de los altos cargos que allí podrían encontrarse, sino también para evitar salida de información. El registro previo era necesario.

Llamaron a la puerta y Karina entró sin esperar respuesta, empujando un pequeño carrito metálico portando una bandeja sobre la que reposaba una jarra humeante y pequeñas tazas lisas sobre platillos. La mujer de mediana edad y algo entrada en kilos, dejó la bandeja sobre una zona despejada de papeles.

—Ya nos servimos —interrumpió Alexey cuando Karina se disponía a coger la jarra del café—, gracias.

Un agradecimiento equivalente a una orden para que saliese del despacho. En cuanto la mujer hubo salido, Alexey comenzó a servir café en las tazas sin preguntar. Tampoco Nikolay ni Sasha requirieron nada. Simplemente tomaron sus respectivas tazas y continuaron expectantes. Su superior dio un sorbo al café antes de retomar la charla.

—Camarada Ivanov —era el turno para Sasha— usted se ocupará de Vladivostok. Los lugares por los que podrán pasar las delegaciones, las rutas previstas, horarios estimados, todo está en el documento que han

leído. Si necesita volver a revisar algo puede hacerlo de nuevo e intente memorizarlo —Sasha asintió—. Tendrá que seleccionar su equipo... A medida que se acerque la fecha iremos restringiendo vuelos con ese destino e incrementando registros de seguridad en carreteras y trenes — Alexey se detuvo un instante—. Deberá pasar una temporada fuera de Moscú.

Sasha lo había visto venir desde el principio. Sus pensamientos estaban encaminados ya con sus padres. Tendría que organizarlo todo para que quedasen en buenas manos durante su ausencia. No era la primera vez.

22 de Octubre

Copenhague

El inconfundible sonido de los tacones de Irina iba en aumento a medida que esta se aproximaba al despacho. Dimitri introdujo la mano en el bolsillo derecho del pantalón, siguiendo con la yema de los dedos la fina cadena que marcaba el camino hacia su preciado reloj. El regalo de su abuelo cuando cumplió los dieciséis. Ya habían pasado cuarenta y cinco años y el mecanismo todavía no había fallado ni una sola vez. Lo observó nostálgico y pulsó el delicado botón situado en su parte superior. La desgastada tapa de plata labrada se abrió tras el ligero clic. Las agujas marcaban las diez en punto.

Poco antes se había entregado el correo en el número cinco de Kristianiagade, un emplazamiento privilegiado de Copenhague próximo al puerto deportivo. No merecía menos la embajada de la Unión Soviética. Tras la inevitable revisión del departamento de seguridad, el mozo

encargado del reparto comenzaba su ruta por el imponente edificio de fachadas blancas y llamativo tejado verde, que lo diferenciaba del resto de construcciones de la zona. Muchas de ellas de finales del XIX, de dos o tres plantas, con tejados negros abuhardillados y amplias ventanas de estructura de madera. Sin duda un barrio distinguido.

La primera persona a la que el mozo entregaba correspondencia era Irina Kuznetsova, secretaria personal del embajador, que procedía a ordenar las cartas y a preparar el café de media mañana que gustaba tomar al camarada Dimitri.

Ahora llamaba a la pesada puerta de madera maciza y entraba en el elegante despacho. Su pelo caoba recogido en un moño y el discreto traje gris con falda por debajo de la rodilla, entonaba a la perfección en aquel lugar. Tras dejar la humeante taza sobre la mesa de nogal, hizo entrega de las cartas indicando con precisión el remitente de cada una de ellas. Dimitri la observaba sobre la montura de sus pequeñas gafas redondas.

—Muchas gracias Irina.

La voz grave del embajador sonó apagada. Quizás esa era la palabra que mejor definía a Dimitri Kozlov, antiguo Secretario del Partido en Moscú, donde estaba considerado uno de los hombres más coherentes e íntegros entre los altos cargos del complejo aparato político soviético. Pero precisamente esas virtudes habían sido su maldición. La falta de elogios hacia Brézhnev, líder del Partido, sumada a las abiertas críticas hacia los enormes gastos en armamento y a los irrisorios presupuestos dedicados a otras industrias, habían conseguido que se ganase un bajo grado de simpatía en las altas esferas. Sabedor de como se las gastaba Brézhnev, no le extrañó demasiado recibir la noticia de su cambio de responsabilidades. En una carta oficial, que alguien había dejado sobre la mesa de su antiguo despacho, el Partido agradecía su gran labor y le premiaba a seguir ayudando a la Madre Patria con un cambio de aires. “Seguro que haría un papel excelente como embajador en Dinamarca”. De esto se cumplía hoy un año.

Dimitri esperó a que Irina saliese del despacho para coger la taza de café. Mientras tomaba pequeños sorbos comenzó a ojear los sobres que descansaban sobre la mesa, bañada por la grisácea luz invernal que se

colaba por los ventanales. En su mayoría correspondencia procedente de Moscú, aunque también del gobierno danés. A pesar de que Dinamarca pertenecía a la OTAN y que recientemente había entrado a formar parte de la Comunidad Económica Europea, el gobierno danés quería mantener una relación lo más cordial posible con el gigante soviético. Así lo demostraba la invitación del ministro de asuntos exteriores a una cena con otros embajadores europeos en el plazo de un mes.

En cuanto a las cartas de Moscú, había gran variedad: comunicados de diversos ministerios, nuevos procedimientos, revisiones de otros, solicitudes de información, peticiones de aprobación de presupuestos, etcétera, etcétera, etcétera. Pero aparte de la dura burocracia, de vez en cuando aparecía alguna carta personal, que por supuesto había pasado por las expertas manos de algún agente. Un informe negativo de este podía llevar al remitente y al destinatario a una fría sala de interrogatorios de la Lubiánka.

En esta ocasión la carta era de Boris Andreyev, miembro ordinario del Presidium y una de las pocas personas del aparato con las que había mantenido contacto. Eso sí, limitado a felicitaciones de cumpleaños, en las que se aprovechaba para preguntar por las familias, o como en el presente caso, para enviar el correspondiente movimiento de la partida de ajedrez que habían iniciado algunos meses atrás. Aparte del listado completo de movimientos, Boris se había molestado en dibujar la situación de la partida, previa a su última jugada. Después de cuarenta movimientos era un detalle a agradecer. Se mostraba una partida igualada. Ambos jugadores disponían de cuatro peones, dos torres, un alfil y un caballo. Quizás posicionalmente Boris llevaba alguna ventaja, pero no decisiva. Al menos esto es lo que hubiese podido apreciar el agente que hubiese revisado la carta. Una partida con sentido, sin ninguna genialidad. Podría calificarse de aburrida.

Dimitri dejó el papel extendido sobre la mesa, junto con la taza vacía de café. Se acercó al mueble-bar disimulado en un panel de la librería que ocupaba todo un frontal del despacho y dejó que la puerta cayese suavemente. Tan solo había una botella de vodka Behn y un vaso de cristal grueso sin ninguna filigrana. Aquel vodka danés era su preferido, por encima de la amplia oferta de su país. Una traición que no podía perdonarse. Rellenó el vaso y se lo llevó a la mesa. No debería beber a esas

horas, pero sin el aturdimiento que le provocaba el alcohol le sería imposible soportar el tedio de aquella condena encubierta. Se recostó sobre el respaldo y tomó un sorbo. El agradable calor que descendió por su garganta no tardó en hacer efecto en el resto del cuerpo. Se quitó la chaqueta y aflojó ligeramente la corbata. Manteniendo la espalda sobre el respaldo, alargó el brazo y tomó la hoja ocupada por letras y números, tan solo legible por un jugador de ajedrez. Repasó con calma las jugadas hasta llegar a la que Boris añadía en este momento. Jugaba con blancas. *Ab5*

Como si se hubiese activado un resorte, Dimitri se inclinó sobre la mesa agarrando con las dos manos el papel. Parecía que su peso se hubiese multiplicado por cien. Ese alfil había permanecido en c4 desde el tercer movimiento. Solo podía pasar a b5 si los astros comenzaban a alinearse en su favor. Así lo había planeado con Boris en aquellas lejanas cenas en el café Pushkin. Tan lejanas que había empezado a dudar si realmente habían tenido lugar alguna vez.



Eran las cinco y media cuando un sonriente joven con grueso abrigo gris, perteneciente al equipo de seguridad de la embajada, abrió la pesada puerta de hierro para que Irina saliese a la oscura y fría noche de la capital danesa. Pudo percibir, sin necesidad de levantar completamente la vista, como el joven la seguía con la mirada. A pesar del abrigo de piel, no era difícil adivinar las curvas de Irina. A fuerza de costumbre, había aprendido a ignorar aquellas molestas miradas.

Abrió su paraguas para cubrirse de la ligera llovizna que en esos momentos caía y que formaba una fina película sobre la acera que amortiguaba el sonido de sus tacones. Echó un vistazo a los escasos viandantes que transitaban por la calle y comenzó a caminar en dirección opuesta al puerto. Tras recorrer quinientos metros se detuvo bruscamente y miró su reloj. Fue un gesto poco natural. Irina no estaba acostumbrada a aquellas cosas. Volvió a echar un vistazo a los transeúntes. Nadie se detuvo repentinamente, nadie hizo ningún movimiento brusco. Arranco de nuevo. Callejó hasta enfilarse en la avenida Borgergade, sin detenerse hasta llegar al

café Norden, situado en la siempre concurrida plaza Stroget.

Nada más entrar, los murmullos de las conversaciones consiguieron que se relajara ligeramente. Los sonidos de sillas, tazas y voces eran absorbidos por la madera de immaculado blanco que forraba las paredes. Todo incitaba a tomarse un café. Vislumbró una mesa libre justo al lado de uno de los ventanales que daban a la plaza. Su suelo mojado, adornado con baldosas que formaban figuras geométricas, se había convertido en un espejo sobre el que se reflejaban las tenues luces que surgía de las ventanas de los bellos edificios que delimitaban la plaza.

—Buenas tardes señorita. ¿Qué desea tomar?

La voz del camarero sacó a Irina de su estado de ensoñación. Por un momento se había permitido olvidar el motivo que la había llevado allí.

—Hola... sí, tomaré un café con un poco de leche.

Vio como el camarero se alejaba hacia la barra y comenzó a observar a los clientes que en ese momento ocupaban el local. Parejas charlando, compañeros de trabajo tomándose una cerveza, un matrimonio de ancianos con la mirada fija en la plaza, un grupo de universitarios brindando, un hombre solitario concentrado en la lectura de un libro. Tenía que ser él. Mediana edad, gafas de pasta negra, bigote fino y escaso pelo... y del bolsillo de su americana surgía un bolígrafo dorado. Todo cuadraba con la descripción que le había dado Dimitri. La larga conversación que había mantenido con él un par de horas antes le seguía pareciendo algo irreal.

—Aquí tiene su café.

El camarero dejó frente a Irina una pequeña taza blanca, como no podía ser de otra forma en aquel lugar. Tomó un sorbo y sacó de su bolso un ejemplar de Antimundos. Lo dejó sobre la mesa. Tomó otro sorbo y se levantó para ir al baño. Al hacerlo dejó caer de su bolso un pañuelo blanco, que aterrizó con suavidad debajo de su silla.

Cuando regresó, su pañuelo estaba sobre la mesa y no había rastro del hombre de las gafas negras. Se sentó nuevamente y comenzó a hojear los poemas de Voznesenski. Sin darle importancia cogió el pañuelo para

devolverlo al bolso. Notó que bajo él había un sobre pequeño y grueso. Siguió leyendo el libro durante un cuarto de hora más, levantando la vista de vez en cuando hacia los ocupantes del resto de mesas. El matrimonio mayor y el grupo de universitarios seguían allí. El resto habían sido sustituidos por otros clientes. Ninguno le dio impresión de prestarle la más mínima atención. Era momento de irse. Dejó sobre una bandeja metálica unas monedas y salió a la plaza. Se notaba que los locales se iban vaciando. Desde allí no le llevarían más de diez minutos llegar a su apartamento cercano al parque Orstedes. Se le harían eternos.

23 de Octubre

Copenhague

El día había vuelto a amanecer gris, pero para Dimitri la luz era más clara. Una ligera sonrisa se había quedado dibujada en su rostro mientras el sonido de los pasos de Irina se diluía. El silencio se impuso, tan solo roto por las discontinuas ráfagas de viento que hacían golpear gotas sobre los cristales. Las noticias que su secretaria le acababa de trasladar abrían el camino de la esperanza. Y ese camino tenía nombre propio. Vladivostok.

Y aunque la información no era todo lo detallada que le hubiera gustado, era momento de arrancar. En la cena de esa noche daría el primer paso. Le había pedido a Irina que reservase mesa para dos en el Kokkeriet. Su restaurante preferido de la ciudad.

Dimitri se había puesto en contacto la tarde anterior con Ansgar Rasmussen, perteneciente al Ministerio de Exteriores danés y responsable de relaciones institucionales con embajadas de países del este, aparte de diversas asignaciones relativas a asuntos económicos. A pesar de los cambios en la cabeza del Ministerio, Ansgar llevaba más de quince años ininterrumpidos dentro del equipo de exteriores. Su relación con Dimitri se había entablado a base de encuentros en recepciones y reuniones diplomáticas en la época que pasó en la embajada danesa de la Unión Soviética. Allí había conocido a su esposa, una moscovita que no había puesto pega a acompañar a su marido cuando este retornó a Dinamarca. El pasado de Ansgar era perfectamente conocido y no había duda de ser terreno seguro. Sus contactos todavía estaban latentes. Además era perfecto conocedor de los motivos que habían llevado a Dimitri a la embajada soviética en Dinamarca, donde habían intensificado su relación.



El día transcurrió sin nada reseñable. Dimitri aprovechó para despachar asuntos rutinarios hasta pocos minutos antes de abandonar la embajada y

dirigirse a la calle Kronprinsessegade. Rehusó utilizar su coche oficial. La pesada llovizna había cesado y le apetecía estirar las piernas, sin compañía de funcionarios de la embajada. Poco antes de las siete estaba frente al edificio de piedra gris cuya planta baja ocupaba el Kokkeriet. El metre, hombre serio de prominente mandíbula y perfecto conocedor de las costumbres del embajador ruso, le había reservado una pequeña mesa algo separada del resto, alejada de las ventanas y con una iluminación justa para apreciar los platos que se iban a degustar.

—Buenas noches embajador —saludó el metre con un ligero asentimiento de cabeza—, el señor Ansgar ya está en la mesa.

—Muchas gracias —respondió Dimitri, facilitando su abrigo a un joven camarero que se había acercado tras la sutil llamada del metre.

Ansgar se incorporó cuando vio que se aproximaba.

—¡Querido Dimitri! —Habló en ruso—. Cuanto tiempo desde nuestra última cena —le gustaba practicar el idioma adquirido en su época de Moscú.

—Desde luego que sí, amigo mío.

—Me he tomado la libertad de pedir una botella de Rioja. En pocos sitios de Copenhague es posible conseguir vino español.

—Una libertad perfectamente aprovechada —Los dos tomaron asiento—. Gracias por aceptar la invitación a pesar de la poca antelación.

—No tenía ningún plan para esta noche salvo tumbarme en el sofá con una copa de vodka ruso —dijo Ansgar soltando una carcajada—. Supongo que tendrás un buen motivo para haberme hecho cambiar de idea.

El rostro amable de Dimitri pareció adquirir ciertas sombras. En ese momento un camarero se acercó a tomar nota. Aunque ni siquiera había abierto la carta, tenía clara su elección. Para comenzar una ensalada de lombarda al vino con hierbas aromáticas y de segundo el pato relleno con ciruelas secas. El postre sería una compota de frutas rojas. Ansgar se decidió por lo mismo. El camarero se retiró con la comanda y Dimitri miró a su alrededor. Bien por suerte o bien por deferencia del metre, las dos mesas más próximas estaban desocupadas. Podía hablar con cierta libertad.

—Ha llegado el momento —dijo Dimitri— necesitaría un traje a medida. No consigo encontrar nada en Copenhague.

Ansgar le miró fijamente durante un par de segundos.

—¿Tienes claro el tipo de traje?

—Sí. Algo cómodo, fácil de... transportar. Lo necesito para viajes largos... muy largos —un silencio—. ¿Quizás ese sastre suizo?

—Es posible. Tiene buena mano con los trajes de viaje.

El camarero avisó de la llegada de los primeros platos. Los colocó frente a cada comensal, rellenó las copas de vino y se retiró. Tras dar buena cuenta de la lombarda, Dimitri extrajo del bolsillo interior de su americana un folio doblado.

—Por favor —invitó a su colega a leer la hoja.

Ansgar comenzó la lectura. Le costaba mantener las cejas inmóviles a medida que avanzaba la descripción del sorprendente mecanismo.

—¿Y bien? —remató Dimitri.

—Ciertamente es una idea original. De eso no hay duda. Creo que nuestro sastre puede... confeccionar este traje, aunque es más que probable que alguien le deba facilitar algunos materiales.

—Contaba con ello.

—En cuanto al aspecto económico...

—Comprendo la dificultad que conlleva el encargo. El tiempo es muy limitado.

Ansgar asintió. La petición generaba incógnitas y el tiempo para desvelarlas efectivamente era escaso. Removió la copa de vino y olfateó de forma experta. Después se tomó un tragó y lo mantuvo en la boca unos segundos en busca de sus matices.

—Sin duda, excelente.

Fuera la calle estaba desierta y oscura, barrida por un ligero viento frío que agitaba las gotas de agua que reposaban sobre los coches aparcados. Entre ellos la pequeña furgoneta de una floristería, en cuya parte trasera un hombre sentado en una silla y apoyado en una improvisada mesa de camping, concentraba toda su atención en las voces que escuchaba a través de unos cascos. Sobre la mesa los dos discos de un grabador Sony de cinta abierta daban vueltas ininterrumpidamente recogiendo la conversación que estaba teniendo lugar en la mesa del embajador. El pequeño jarrón que había sobre

ella ocultaba un diminuto cilindro del que partía una varilla metálica disimulada entre las espigas que rellenaban el recipiente. Se trataba de un ingenioso transmisor, que utilizaba inducción electromagnética para generar señales de audio y que se activaba por microondas lanzadas desde un receptor colocado en el interior de la furgoneta.

25 de Octubre

Neuenburg (Suiza)

A las ocho de la mañana, el viejo Roger Barraud abría la puerta de madera remachada de su pequeño taller de relojería, ubicado en una estrecha calle del casco histórico de Neuenburg. Aunque los años de esplendor habían quedado atrás debido al crecimiento de las grandes casas relojeras, su negocio seguía aguantando gracias a reparaciones y encargos de talleres mayores. Eso sí, ya no disponía de empleados. Había ajustado su volumen de trabajo a lo que podía sacar adelante por sí solo.

Se acercó al perchero y cogió su bata blanca, siempre salpicada de los restos de grasa que sus dedos dejaban al limpiarse sobre ella. Sobre la amplia mesa repleta de pequeñas herramientas, figuraban diversas cajas llenas de diminutas piezas metálicas. Todo parecía estar perfectamente ordenado en aquella mesa en la que no había relojes. Estos estaban a buen recaudo en la caja fuerte empotrada de la trastienda, cuyo mecanismo había diseñado él mismo. Sería más fácil tirar abajo el muro de piedra que descubrir el sistema de apertura de la caja. Roger la abrió tras varios giros de ruleta y cogió el Longines cuya vida pretendía recuperar. Su dueño lo había destrozado en un tropiezo tonto con un bordillo. El reloj había sido el peor parado en el accidente. Tras el impacto había dejado de funcionar.

Lo colocó con mimo sobre la mesa de trabajo y se ajustó la lupa de relojero sobre el cristal de sus gafas. Con la habilidad de un veterano cirujano lo abrió y observó detenidamente. Ninguna pieza sufría daños graves, aunque varias ya no estaban en su posición original. El diagnóstico era favorable. Con mano experta comenzó la reparación. Tras dos horas de trabajo ininterrumpido, la aguja del segundero se movía al ritmo adecuado. Tan solo quedaba sustituir la correa y colocar la tapa de cristal. Su suministrador de piezas habitual de Berna las tendría con total seguridad. Anotó en una hoja de pedido la referencia del modelo de reloj y los elementos necesarios, aprovechando para añadir material diverso que comenzaba a escasearle. Preparó el sobre y, después de guardar el reloj vivo

en la caja fuerte, se preparó para ir a la estafeta de correos.

—¡Buenos días cariño! Empezaba a echarte de menos.

Fue el efusivo saludo de Lisange. Mujer de amplia sonrisa sobre sonrojadas mejillas, que hacían juego con su pelirroja cabellera. De la misma de edad que Roger, ahora había perdido las curvas que en su día volviera locos a los rudos caballeros de la resistencia francesa.

—Nunca me hiciste el menor caso —respondió sonriendo Roger.

—Porque siempre estabas encerrando en cuartuchos con tus trastos.

—Mis trastos... Ha pasado mucho tiempo...

Temporizadores adosados a cartuchos de dinamita, subfusiles encasquillados, pistolas inutilizadas. Siempre se le había dado bien la mecánica. Cualquier tipo de mecánica.

—Aquí te traigo una carta —siguió Roger, cambiando de tema sin pestañear—, para envío urgente.

—No te va mal, ¿verdad Roger?

—No me puedo quejar —respondió encogiéndose de hombros.

—Y hablando de envíos urgentes —Lisange se dio la vuelta y se acercó a la estantería metálica que había tras el mostrador— acaba de llegarte uno del extranjero. Noruega... o Dinamarca. Sí Dinamarca —confirmó al mirar la etiqueta—. Estaba esperando a que Carlo regresase del reparto para decirle que te lo acercase al taller.

—Dinamarca... —susurró Roger. Hacía mucho tiempo que no recibía encargos daneses.

—Ten cuidado que pesa un poco —Lisange le entregó una caja de tamaño considerable—. Tendrás que firmar este papelito. Aquí está el remitente.

Roger desconocía el nombre que leyó, pero no le extrañó. Sabía perfectamente quién estaba detrás de aquello. Firmó y agarró el paquete con las dos manos.

—Me lo llevo.

—¡Y tu carta ya está en marcha! —avisó Lisange—. Mañana la tendrán en Berna.

—Perfecto. Siempre fuiste la más eficiente —sonrió —, vuelvo a la cueva con mis “trastos”.

De regreso caminó pensativo por las adoquinadas calles, con la mirada puesta en las grises aguas del lago que de vez en cuando se dejaban ver entre las casas. Mucho tiempo sin saber de Ansgar, aunque en todo momento se habían tenido localizados. Nunca se sabía cuándo iba a surgir la necesidad de luchar por alguna causa. Quizás justa. O al menos justa para ellos. Con eso era suficiente.

Ya en su guarida, se sentó frente a su mesa y abrió el paquete. En primer lugar extrajo un grueso taco de folios doblados por la mitad. La primera hoja detallaba el motivo del encargo y las fechas requeridas. Inesperado, pero ¿por qué no?

A partir de la segunda hoja comenzaba la descripción técnica de un artilugio realmente original. Las dos últimas hojas estaban ocupadas por dibujos que permitían entender la intención del invento. Quien lo hubiese diseñado, tenía claras las ideas. Aun así, sería necesaria su mano experta para pulir ciertos detalles y conseguir que la idea fuera viable.

Por último sacó el aparato que serviría de camuflaje. Habían rellenado los huecos de la caja con papel de periódico para evitar que se dañase, aun a sabiendas de que Roger lo iba a “destripar” por completo.

Definitivamente el trabajo le atraía. Suponía un desafío, aparte de una importante suma de dinero. Eso sí, tendría que dedicarle todo su tiempo durante los siguientes días y abandonar otros encargos. Salió a la calle en busca de una cabina telefónica desde donde llamar al número que Ansgar le indicaba en la carta. Le pedía que confirmara su decisión lo antes posible.



Vladivostok

Los experimentados dedos de Karina, se manejaban con soltura sobre

las pesadas teclas de la máquina de escribir Triumph, registrada como uno de los activos de las oficinas del KGB en Vladivostok. Nada podía escapar a los registros en la ciudad más cerrada de la Unión Soviética. Cada informe debía quedar asociado a la máquina en el que había sido escrito. Este sería uno de los últimos que Karina redactase para el capitán Popov, director del Tercer Directorio en el territorio de Primorie y por lo tanto responsable de la contrainteligencia militar de las Fuerzas Armadas soviéticas. Cargo especialmente relevante en la ciudad donde se encontraba la base de la flota soviética del Pacífico.

Desde que enviudase dos años atrás, Karina no tenía otro objetivo que no fuese lograr su traslado a Sebastopol. De allí era originaria y allí había sido destinado su único hijo cuatro años atrás. Nada la retenía en una ciudad donde la paranoia por el control de la información llegaba a límites insospechados.

Ahora veía la luz. El día anterior había recibido un comunicado que respondía a la petición planteada muchos meses atrás. Se la requería para labores de secretariado en la base de la flota en el Mar Negro. A mediados de Noviembre emprendería su viaje.

26 de Octubre

Zhukovka (Rusia)

—**Q**ue desastre. Debería haberlas recogido hace un par de sema- nas — Boris Andreyev mostraba a su mujer Nastasia un ramillete de zanahorias arrugadas.

—Teníamos que haber venido hace quince días —respondió re- signada Nastasia.

Boris colocó las zanahorias en el fregadero y se quitó los guantes manchados de tierra. Las lavó con esmero y volvió a enseñárselas a su mujer.

—Quizás todavía podamos usarlas para un bizcocho.

—Bueno, es posible —sonrió Nastasia mientras encendía un fuego para preparar el té.

Habían madrugado para partir hacia su dacha antes de que las salidas de Moscú se colapsasen. La carretera que llevaba a Zhukovka y Usovo solía llenarse los fines de semana de los propietarios de las dachas que sembraban la zona. La suya se encontraba en un lugar re- lativamente aislado y alejado de las más ostentosas, más cercanas a la orilla del río. Casi oculta desde la carretera por el bosque de abedules y álamos, la dacha de Nastasia y Boris no era grande. De madera os- cura, una sola planta y tejado a dos aguas, disponía de un acogedor salón con espacio para una mesa de comedor de seis comensales y una zona de sofás presidida por la chimenea en la que ahora comen- zaban a crepitar las primeras llamas. Del salón partía por un lado un pasillo que llevaba a las tres habitaciones de la vivienda y por otro se encontraba el acceso a la cocina de amplio ventanal desde el que se podía ver la parcela de trescientos metros cuadrados, ocupada en su mayor parte por el huerto que Boris mimaba.

—Voy a subir a ver como está la chimenea.

La caída de una rama se había llevado un mes atrás un esquinazo de la chimenea. Boris volvió a colocarse los guantes de trabajo.

—Ten cuidado, que ya no estás para estas cosas.

—¿Me estás llamando viejo?

—Es que ya eres un viejo —rio Nastasia.

Boris abrazó por la cintura a su mujer y le dio un beso en la boca con fuerza. Nastasia mostró sus dientes blancos, perfectos. Tener esa imagen frente a su cara le reconfortaba. No había problema que continuase borrando aquella sonrisa durante unos segundos.

—¡Me has puesto perdida de tierra!

—Voy a por la escalera —dijo riendo Boris mientras salía de la casa hacia el cobertizo.

Ubicado en una esquina de la finca necesitaba un repaso urgente de barniz. Esa tarea estaba en su lista para el fin de semana. Entró y encendió la vieja bombilla que iluminó una hilera de baldas sobre las que reposaban herramientas, recipientes con abonos y utensilios varios para trabajar el huerto. Al fondo estaba la escalera, apoyada al lado de un ventanuco circular enrejado. Boris miró el reloj. Las diez. Se acercó al ventanuco.

—Hola.

Se escuchó el movimiento de ramas.

—Hola —la voz de hombre sonaba queda, proveniente del exterior.

—Vamos adelante. Ella se incorpora al nuevo puesto a mediados de Noviembre. Estará a cargo del responsable del Tercer Directorio en Vladivostok.

—¿Algún cambio sobre lo previsto?

—Ninguno. Tendrá que acceder al recinto.

—Me encargaré de conseguir el pase y la documentación... Se lo entregaré allí.

—Bien. En principio se establecerá en casa de su tía, en Solovey.

Los dos hombres guardaron silencio unos segundos. Boris arrancó de nuevo.

—¿Y su salida de Vladivostok? ¿La has podido concretar?

—Sí, el capitán del carguero es de confianza.

Un nuevo silencio.

—Desde allí nuestra comunicación será prácticamente imposible. Estaréis solos.

—Lo sé.

—No hablaremos de nuevo hasta tu vuelta —Boris estaría a ciegas la mayor parte del tiempo—. Suerte.

Ya no hubo respuesta. El leve sonido de ramas perdiéndose en el espeso bosque dejó paso al piar de una bandada de pájaros que cruzaba el cielo gris. Boris cogió la escalera y salió del cobertizo. Echó un vistazo atrás. Solo árboles. Después de aquello llegarían los movimientos políticos. Llevaba tiempo preparando el terreno.

Apoyó la escalera en el tejado y subió a él. A pesar de haber llegado a los sesenta, Boris se encontraba ágil. Vio de cerca el estropicio en la chimenea. Necesitaría siete u ocho ladrillos y preparar masa. No había problema, en el cobertizo tenía todo lo necesario. Se disponía a bajar cuando escuchó el crujir de ruedas sobre la gravilla del camino que daba acceso a la dacha. El Chaika de Yuri Kun se acercaba. Había invitado a su camarada y a su mujer a pasar el día.

—¡Nastasia, ya están aquí!

En esos momentos Yuri ocupaba una importante posición en la compleja estructura del KGB. Se iría con él a caminar por el bosque, mientras Nastasia preparase la kayla de pescado y el asado de res. La conversación que iban a mantener requería de la máxima discreción.

2 de Noviembre

Copenhague

La mochila de Irina descansaba sobre la cama. Ya estaba todo. Acostumbrada a movimientos de domicilio desde niña, había aprendido a ser práctica en lo que a pertenencias se refería. Su padre, Vladimir Kuznetsov, ingeniero civil del estado, la había llevado a ella y a su madre por media Unión Soviética. Los últimos años antes de su detención los habían pasado en Perm, en cuya universidad Irina cursó la carrera de Administración. Por aquella época su padre era el ingeniero jefe de la construcción de una de las presas en el río Kama. Una compleja y costosa obra que tenía como objetivo abastecer de electricidad una próspera ciudad en crecimiento, además de permitir regular el riego de los campos de aquella zona próxima a los Urales.

Cada mañana Vladimir acercaba a Irina en coche a la universidad y la dejaba justo enfrente de su imponente fachada de columnas blancas. Irina siempre esperaba hasta ver desaparecer el coche en el giro al final de la calle. Eran tiempos felices para los Kuznetsov.

Pero fue la mañana del primero de Julio de 1964 cuando Irina vio desaparecer el coche de su padre por última vez. No supo que sería así hasta aquella misma tarde, cuando dos hombres de traje gris llamaron a la puerta de su casa para comunicar a su madre que su padre había sido detenido por espionaje. Más tarde se enteraron que había sido enviado a un gulag siberiano. Y más tarde supieron también del motivo gracias a un compañero de confianza de su padre. Las negativas de Vladimir frente a las exigencias de un alto cargo del óblast de Perm. Este le pedía inflar los presupuestos de la fase final de las obras de la presa para poder así embolsarse un importante sobresueldo proveniente de las arcas del estado. Ello había derivado en que alguien guardase fotos de diversas instalaciones consideradas críticas para la Unión Soviética, en uno de los cajones del despacho del ingeniero jefe. Todas ellas correspondientes a proyectos en los que Vladimir había trabajado, con anotaciones sobre puntos sensibles de cada una de ellas.

Un año más tarde el alto funcionario que urdió el plan para deshacerse de su padre, fue premiado con un cargo en el Comité Central del PCUS por Brézhnev, de aquella reciente presidente de la Unión Soviética. Alguien capaz de premiar a un ser tan miserable no podía ser mejor que él.

Ahora estaba allí sentada, en un pequeño apartamento de la capital danesa, frente a la ventana de su buhardilla, viendo como la oscuridad cubría el frondoso parque. Cuando llamaron a la puerta no se sobresaltó. Era la hora acordada. El hombre entró sin saludar. De mediana edad, mediana estatura, algo desaliñado. Sin nombre. No despertaría la mínima atención de nadie. Si alguien le había visto, podría pensar que se trataba de un amante de aquella chica solitaria.

—¿Tienes los billetes?

Irina asintió dirigiendo la mirada hacia una mesa baja sobre la que estaba el televisor.

—Tendrás que tener mucho cuidado con esto.

El hombre sacó de un bolsillo de su chaquetón una cajita metálica y con sumo cuidado la dejó sobre la mesa. Se sentó en el sofá sin perder de vista la caja, como si hacerlo supusiera que fuese a esfumarse.

—Intenta no moverlo demasiado —dijo mientras comenzaba a retirar la tapa de la caja.

Irina seguía de pie, con los brazos cruzados, expectante por ver el contenido. Cuando la mano del hombre se desplazó con la tapa, tan solo pudo ver un relleno de goma espuma, similar al utilizado para proteger pendientes. El hombre siguió con la maniobra y retiró la lámina de goma espuma. Ahora sí se podía apreciar algo. Aun así, Irina tuvo que inclinarse bastante para poder distinguir dos bolitas metálicas no mayores que la cabeza de un alfiler.

—Ya lo has visto. Te recomiendo que no vuelvas a abrir la caja hasta que sea necesario —dijo el hombre—. Ahora, aquí tienes el pasaporte, a nombre de Berit Andreasen.

Irina lo abrió por la primera página. Allí estaba la foto que se había hecho pocos días atrás. La falsificación parecía de calidad. La necesitaría para atravesar las fronteras alemana y suiza. El largo viaje de ida y vuelta que iba a emprender en un par de horas le llevaría dos días.

—Toma, también algunos francos suizos —le entregó varios billetes—. Esto es todo.

—Bien.

El hombre sin nombre se dirigió a la puerta. Antes de salir se detuvo un instante y se dio la vuelta. Al encontrarse con los ojos de la chica se sobresaltó. Las lágrimas sin derramar los habían convertido en hielo.

3 de Noviembre

Moscú

—¿**Y** cuánto tiempo estarás allí? —Sasha Ivanov padre, preguntaba a su hijo mientras hundía la cuchara en la humeante y rojiza sopa.

—Espero estar de vuelta a finales de mes —respondió Sasha, tras la primera cucharada de la deliciosa sopa de remolacha y nata agria de su madre.

—Te habrán preparado un apartamento en condiciones —exigió esta—. Es mucho tiempo y ahora comienza el frío de verdad.

—Claro mamá —sonrió Sasha—, pero seguro echaré de menos tu comida.

Los tres dedicaron los siguientes minutos a la sopa, sentados a la mesa redonda frente a la ventana del salón, cubierta por el mantel floreado que solo se colocaba en ocasiones especiales. Ello impregnaba la estancia de cierta melancolía.

—Los muchachos con los que viajas serán buena compañía —preguntó su padre mientras se limpiaba la boca con una servilleta de tela a juego con el mantel.

—Lo serán. Estaremos juntos durante el trabajo de revisión de instalaciones.

Sasha se levantó para llevar a la cocina los platos hondos y las cucharas.

—Déjalo, ya voy yo —inquirió su madre.

Pero Sasha no le hizo caso. De alguna forma quería cortar la conversación sobre su viaje. Sus padres sabían que no iba a contarles detalles sobre el mismo, pero sí iban a insistir sobre su bienestar. Siempre lo habían hecho desde que a su hermano pequeño se lo llevara una neumonía a los ocho años. Si hubieran podido tratarla correctamente en un hospital, seguramente hoy estarían los cuatro sentados a la mesa.

Sasha dejó los platos en el fregadero y destapó la olla en la que el guiso de carne se mantenía a fuego muy lento. Dejó que el aroma a mantequilla y pimentón dulce le invadiese. Su madre entro con la cazuela de la sopa.

—Deja que apague el fuego.

—Mamá, no tenías que haber preparado esta comida... La ternera es demasiado cara y solo es un viaje.

—Tonterías —los ojos de su madre se humedecieron. No era por los vapores de la cebolla.

—¿Estás bien mamá?

—Es que... —se llevó una mano a la frente—. No sé, siento que... Este viaje... Ya sabes que siempre me preocupo demasiado.

Intentó contener las lágrimas pero no pudo. Comenzó a llorar, silenciosamente, tapándose los ojos.

—Mamá... —Sasha la rodeó con los brazos y la apretó contra él—. No te preocupes. Tendré todo el cuidado del mundo.

—Perdona hijo... yo quería que esto fuera una comida alegre y mira.

—Es la mejor despedida que pudiera haber tenido —y la apretó un poco más—. Venga, vámonos con este guiso que ya no aguanto más sin llevármelo a la boca.

El padre de Sasha vio los ojos llorosos de su mujer. No preguntó. No hacía falta. Se sirvieron buenas raciones y comieron hablando más distendidamente. Las lágrimas habían limpiado el ambiente de tristeza.

—He hablado con Yuliana, la hija de la señora Zasdieva. Vendrá cada par de días por aquí para ver como estáis y para ayudaros con la compra, y lo que haga falta. Le he adelantado algunos rublos.

Yuliana vivía con su madre en la misma planta del edificio de Sasha. La convivencia había labrado una buena relación de vecinos, y no era la primera que vez que se echaban una mano.

—Esos rublos se los tenemos que dar nosotros, no tú —le reprendió su padre—. Yuliana es una buena chica.

Sasha adivinó algo más tras aquel corto mensaje de su padre, pero se hizo el tonto.

—¿Y ya tienes todo listo? —pregunto su madre.

—Casi. Con una maleta mediana será suficiente. El vuelo es el próximo viernes.

—No olvides dejarme las llaves del coche —recordó su padre—, lo arrancaré de vez en cuando.

—Bueno... iba a dejárselas a Yuliana —vio cierta decepción en el rostro de su padre —Pero sí, mejor tú. Yuliana no tiene ni idea de mecánica.

Sasha salió sobre las siete del edificio de sus padres. La escasa luz de las farolas dejaba ver la cortina de aguanieve. Se subió el cuello del abrigo y arrancó pensativo hacia su apartamento. Esa semana habría mucho que hacer.



Neuenburg (Suiza)

El agudo chirrido de las vías despertó a Irina. El traqueteo del tren indicaba la entrada a una estación. La última para ella después de más de quince horas de viaje, incluyendo los cinco transbordos que había tenido que hacer desde que tomara el primer tren en la estación central de Copenhague.

Tenía el cuello dolorido. Estiró la espalda y echó un vistazo a los pasajeros del vagón. Desde la estación de Basilea apenas había habido cambios en las caras. Nadie con aspecto de preocuparse por ella.

Tras recoger la mochila, que había viajado a sus pies en todo momento, y enrocarse la gruesa bufanda de lana al cuello, salió al intenso frío del andén. Atravesó el edificio de la estación y pudo ver una fila de cinco taxis. Sus conductores charlaban animados a la espera de clientes. Irina se acercó al grupo. La conversación se cortó en seco.

—Buenos días —saludó Irina en un deficiente francés a la vez que sacaba de un bolsillo un papel en el que había escrito la dirección de su lugar de encuentro.

—Oh, el hotel du Marche —respondió uno de los taxistas abriendo la puerta trasera del coche—, por favor.

Irina subió en el viejo Citroen GS que tomó rumbo al centro de la ciudad. En pocos minutos entraron en una plaza adoquinada y presidida por un palacete de torres asimétricas con puntiagudos tejados de pizarra. Numerosas personas rodeaban los puestos de fruta con toldos de diversos colores que en ese momento ocupaban prácticamente toda la superficie de la plaza. Haciendo esquina con el peculiar palacete se encontraba el hotel du Marche. Irina pagó al taxista. Quedaban algunos minutos para su cita. Los aprovecharía para recorrer las calles de la pintoresca ciudad y cerciorarse de no tener compañía. Todo parecía en orden. De regreso a la plaza se acercó a uno de los puestos y compró varias piezas de fruta. Le vendrían bien para el viaje de vuelta. Con la mochila al hombro y con la bolsa de fruta, entró en la cafetería del hotel. Varias mesas estaban ocupadas. En la barra solo había un hombre, sentado en un taburete alto de madera, removía la cucharilla en una taza de café. Irina se colocó a su lado y golpeó su reloj de pulsera.

—Vaya, se ha vuelto a parar —soltó resignada Irina.

El hombre levantó ligeramente la cabeza y la miró de reojo. Se tomó el café de un trago y dejó unas monedas sobre la barra. Irina vio como el hombre soltaba una bola de papel que fue a parar a los pies del taburete. Esperó a que este saliera por la puerta del local para recogerlo. Pidió un sándwich y se fue a una mesa que acababa de quedar libre. Mientras esperaba que le sirvieran desdobló el arrugado papel y leyó las indicaciones que debían llevarla hasta la dirección del encuentro. No parecía estar demasiado lejos de allí. El sándwich no tardó e Irina lo devoró literalmente.

Quince minutos más tarde llamaba a la puerta remachada de Roger Barraud. Este le dio la bienvenida. Antes de cerrar miró a ambos lados de la calle.

Irina colgó el abrigo y la bufanda en un perchero. Sacó de la mochila un paquetito envuelto en papel de periódico y lo dejó con delicadeza sobre la mesa de trabajo del relojero.

—Por favor siéntese —dijo Roger mientras colocaba una segunda silla frente a la mesa—. ¿Francés o Alemán?

—Mi francés es muy justo —respondió Irina ya en alemán.

—Sin problema. Gracias a los Nazis tuve tiempo de llegar a manejarme aceptablemente con el alemán —Rogerrio.

Vio que la chica hacía un amago de sonrisa sin mucho entusiasmo. No parecía dispuesta a entablar una conversación distendida. Roger se dirigió a la trastienda y regresó con el encargo encomendado. Mientras se sentaba, comenzó a desenroscar una pieza del artilugio que dejaba a la vista sus interioridades.

—Esta es la recámara donde se coloca el balín. Simplemente tienes que amartillar, colocar el balín, roscar de nuevo...

—Amartillar —susurró Irina.

—¿Vas a ser tú quien use esto?

—Quizás.

—No sé si conoces los sistemas de aire comprimido... Un ligero silencio se impuso en la estancia.

—Merece la pena que gastemos un tiempo para ver el mecanismo con más detalle —el tono de Roger sonó casi paternal.

Como si de un profesor de mecánica se tratase, Roger comenzó a desmontar piezas y a explicar metódicamente las partes que componían el equipo.

Irina observaba asombrada el ingenioso artilugio montado por Roger. Un botón en la parte superior hacía las veces del gatillo que liberaba un muelle que a su vez accionaba un pistón. Este comprimía el aire de una recámara donde se debía colocar el balín. La fuerza del aire obligaba al balín a atravesar a alta velocidad un eje que hacía las veces de cañón.

—Te recomiendo que no la lleves cargada. Hazlo cuando vayas a usarla... Tú o quien sea.

Roger retiró el envoltorio de la cajita que Irina había traído consigo y lo tiró a una papelería bajo la mesa. La abrió y vio dos pendientes de perla que Irina había colocado sobre una primera capa de goma-espuma. La levantó dejando a la vista las dos minúsculas bolitas.

Roger las observó con ojos expertos. Tras colocarse unos guantes de plástico fino, con suma delicadeza cogió una de ellas y la colocó en la recamara. No quería dañar la fina lámina de sustancia azucarada que recubría la bolita. Encajaba perfectamente.

—Bien —dijo sacando el balín y volviéndolo a dejar en la cajita—, haremos unas pruebas.

En esta ocasión Roger colocó un balín de tamaño similar a las bolitas de la caja y preparó el sistema. Listo para el disparo. Lo hizo sobre un tablón de corcho colocado en la pared, destinado a pinchar notas con apuntes del relojero. En él podían apreciarse varios orificios diminutos, seguramente originados por pruebas previas. El disparo apenas provocó un bufido. Con un mínimo ruido de fondo no se habría escuchado nada.

—Toma, cárgala.

Irina obedeció como una buena alumna y siguió los pasos que Roger le había explicado. Disparó. El retroceso provocado por el artillugio hizo que este casi se le fuera de las manos.

—Debería haberte avisado de la fuerza que provoca el disparo

—Roger colocó el equipo sobre la mesa y lo revisó detenidamente—. Toma, un nuevo intento.

En esta ocasión, Irina prevenida de las consecuencias de pulsar el gatillo, tuvo éxito. Pasaron el resto del día en el taller, repitiendo el proceso de carga y disparo y afinando puntería. Solo hicieron un pequeño descanso para un tentempié improvisado a base de pan y queso brie, acompañado de un vaso de vino.

—Parece que podemos dar por cerrado el curso de manejo—sonrió Roger.

—Creo que sí —parecía que Irina había relajado su actitud. Miró su reloj—. Tengo que irme. Debo coger el tren de las nueve a Basilea.

—Te sobrará algún minuto —Roger abrió la puerta de entrada. Se asomó y esperó un momento —Puedes salir... y suerte con... el trabajo.

Irina se despidió con un leve asentimiento y salió a la calle con la bufanda cubriéndole la boca. En la mochila se llevaba la obra del relojero. El original camuflaje evitaría con total seguridad que llamase la atención.

Roger cerró la puerta tras ella. Recordó la impresión inicial que se había llevado al ver a aquella hermosa mujer en el bar del hotel y que había cambiado en cuanto la miró a los ojos. Los más fríos que había visto jamás.

4 de Noviembre

Copenhague

Sergey estaba sentado en una pequeña mesa metálica próxima a la única ventana del local. Desde allí podía ver las puntas de las chimeneas de piedra gris de la fábrica de Carlsberg. Volvió a remover el café. La falta de descanso había marcado más si cabía las bolsas sobre las que descansaban sus pequeños ojos.

Un reloj detrás de la barra marcaba las ocho en punto. Hora de sus malditas pastillas. Hurgó en el bolsillo de su abrigo y sacó la caja de comprimidos. Desde el amago de infarto que había sufrido un año atrás, había comenzado a hacer más caso a su médico, aunque hasta cierto límite. No pensaba eliminar el vodka de su dieta y ni mucho menos, sus dos cajas diarias de cigarros.

La puerta del bar se abrió y dos hombres fornidos entraron soltando una carcajada. Los monos sucios y las manos grandes oscurecidas por la grasa les delataban. Seguramente trabajadores de algún taller próximo. Antes de que tomaran posición en la barra, un hombre delgado con cazadora de cuero y gorro de lana entró en escena. El tamaño de su mandíbula era ligeramente desproporcionado. Se quedó quieto un instante junto a la puerta, con los ojos abiertos como platos. No dudó demasiado frente a las opciones que se le presentaban. Los tipos del taller o el individuo gordo de pelo grasiento y ojos pequeños, que en ese momento se lanzaba una pastilla a la boca.

—Hola soy Egil.

Como respuesta recibió un largo tosido que surgía de lo más profundo de pecho del tipo. En cuanto acabó asintió, invitando a Egil a sentarse. Este retiró torpemente la silla y colocó las manos sobre la mesa. Temblaban. Comenzó a hablar en voz baja.

—Fue hace más de una semana. Yo mismo atendí por la mañana la

llamada para la reserva del señor Dimitri... luego les avisé... y coloqué el jarrón que ustedes habían preparado en su mesa habitual. Sabe todo esto, ¿no?

—Lo sé.

—A las siete menos diez llegó el señor Ansgar. Le acomodé en la mesa. Poco después llegó el señor Dimitri. A las diez y media se fueron.... y eso es todo. No entiendo por qué me han pedido esta... reunión.

El tono de Egil había pasado del nerviosismo inicial a la irritación.

—Hay algunos detalles que no se pueden conseguir solo con una grabación.

—Pero yo realmente no escuché nada. ¿No es buena la calidad de la grabación? Yo les dejé colocar el micrófono como ustedes quisieron.

Verse obligado a trabajar con ineptos como el que tenía enfrente ahora mismo, molestaba profundamente a Sergey. Pero viendo que podía haber algo importante detrás de todo esto, quizás mereciese la pena montar un equipo propio. El problema es que podría llevar su tiempo. Por el momento tendría que manejarse con lo que había.

—En la grabación parece que alguien desdobra un papel...

—Sí —interrumpió Egil mientras Sergey tosía de nuevo—. El señor Dimitri le pasó un folio doblado al señor Ansgar. Lo leyó y se lo guardó.

—A parte de ese papel, ¿el señor Dimitri le entregó algo más al señor Ansgar?

—No... al menos que yo viese. Tenga en cuenta que no estuve continuamente mirándoles...

—Deberías haber estado atento—las facciones de Sergey se endurecieron—. Recuerda nuestro acuerdo. A partir de ahora, empieza a pensar detenidamente tus respuestas y a exprimir la sesera en busca de cada detalle. ¿Está claro?

Egil asintió. La conversación que después tuvo lugar llevó más de una hora. Si alguien hubiera podido escucharla, le habría parecido que se trataba del interrogatorio al testigo directo de un asesinato. Cuando Egil llegó a su casa todavía le temblaban las piernas.



Dimitri abrió el mueble-bar y se sirvió un dedo de vodka. Estaba incómodo. Faltaban pocos minutos para las doce del mediodía. En breve haría acto de presencia el camarada Sergey Záitsev, perteneciente al Primer Directorio del KGB, encargado de operaciones exteriores y contrainteligencia. Según le habían indicado, Sergey pertenecía al subdirectorío responsable de los países nórdicos, pero Dimitri nunca había oído su nombre. A saber a qué parte de la intrincada organización del KGB podría realmente pertenecer aquel hombre. No le sorprendería demasiado que se tratase de un agente del Directorio de Ilegales, o S, con libertad de movimientos y sin límites territoriales. Ojalá se equivocase.

A primera hora de la mañana había solicitado una reunión “rutinaria” con el embajador sin ningún objetivo especial. Pero eso nunca era así. Siempre había un motivo.

Dimitri era consciente de que desde hacía tiempo era un elemento que debía estar bajo control. Para nadie era desconocido su falta de conexión con los líderes del aparato. Aparte de haberle alejado en la medida de lo posible de los círculos de poder, también estaba seguro de que los camaradas del Séptimo Directorio habrían llevado a cabo efectivas instalaciones en el edificio de la embajada y quién sabe si en algún lugar más. Habían tenido mucho tiempo de mejorar los sistemas de escucha desde que consiguieran colar por los años cuarenta un micrófono en el mismísimo despacho del embajador de Estados Unidos en Moscú.

Uno de los teléfonos sobre la mesa de Dimitri sonó. Le avisaban de la llegada del camarada Sergey. Pocos minutos después se escuchaba un tosido ronco al otro lado de la puerta.

—Adelante.

La figura poco agraciada de Sergey ocupó el hueco de la puerta. Dimitri se acercó a él y se saludaron con un apretón de manos. La escasa fuerza que Sergey utilizó era señal de la falta de interés por establecer cualquier tipo de vínculo. Antes de soltarse las manos, los diminutos ojos de Sergey

recorrieron el despacho como si de un escáner se trataran. Quizás buscando algo sospechoso o quizás comprobando que todo estuviese donde debiera estar.

—Gracias por atenderme avisando con tan poca antelación. Ya sabe cómo son estas cosas.

Realmente Dimitri no sabía cómo eran exactamente esas cosas. Posiblemente nadie lo supiera exactamente. Trató de sonreír, pero los músculos de su cara parecían resistirse a ello.

—Estoy a su disposición. Por favor siéntese.

El cuero de la silla crujió quejumbroso cuando el peso de Sergey se acomodó sobre él. Enseguida se llevó la mano al bolsillo de su americana y sacó una cajetilla arrugada.

—¿Le importa? —dijo mientras se llevaba a la boca un cigarrillo.

—Por favor —respondió Dimitri empujando un cenicero hacia su invitado.

Sergey escaneó ahora la mesa. Se detuvo un instante en el grueso vaso próximo a la mano derecha de Dimitri. Este se dio cuenta.

—Oh, disculpe, no le he ofrecido nada. Quizás le apetezca tomar algo.

—No debería, pero uno como el suyo no me vendría mal.

—Por supuesto.

Dimitri se dirigió al mueble bar y vertió un par de dedos de Behn en un vaso. Sergey lo aceptó gustoso y echó un primer trago. Se dio unos segundos para saborearlo y dejar que el calor llenase su pecho. Tosió.

—Excelente vodka. ¿Quizás mejor que el nuestro?

Primera pregunta peligrosa. Dimitri debía estar en guardia.

—Es el más sencillo de conseguir aquí.

El extremo derecho del labio de Sergey pareció ascender unos milímetros, intentando dar forma a un sutil gesto difícil de identi- car.

¿Había pasado correctamente la primera prueba?

—No quiero entretenerle demasiado. Seguro que tiene entre manos mil asuntos. Tan solo quería conocer su opinión directamente respecto al estado de la embajada. Ya sabe, aspectos relativos a seguridad. Alguna necesidad, algún aspecto que considere que necesite algún análisis o que deba estar en nuestro conocimiento.

Los diminutos ojos ahora se concentraban en Dimitri. Echó una calada tranquilamente esperando respuesta.

—No hay nada relevante ahora mismo. En cualquier caso mis informes reflejan con exactitud mis encuentros con responsables políticos o de intereses soviéticos en Dinamarca. No se me ha informado que se haya detectado algún aspecto que requiera de mi ayuda para profundizar en él.

Sergey asintió. Remató el vodka que quedaba en su vaso. Era momento de remover el árbol después de una semana sin ningún movimiento. No quería esperar más.

—Respecto a los responsables políticos, supongo que conoce al señor Ansgar Rasmussen.

Dimitri sintió una descarga eléctrica recorriendo su cuerpo. Esperaba que aquellos ojos no lo hubiesen percibido.

—Por supuesto. Es el responsable de relaciones institucionales que nos ha asignado el gobierno danés.

—Así es. Sabrá también que estuvo destinado en Moscú hace años y que su mujer es rusa. Sabrá también que se sugirió al gobierno danés su salida de la Unión Soviética por sus supuestas relaciones con grupos de inteligencia extranjeros.

—Desconocía esta información.

—Es lógico. Manejamos tanta información... —Sergey giró la cabeza para toser—.Creo que debo ponerle sobre aviso y que evite cualquier contacto extraoficial con este caballero.

¿Qué podía responder a aquella recomendación? Dimitri mantuvo la mirada a los diminutos ojos de tiburón. Sabía que el mensaje ocultaba

mucho mas detrás.

—Le agradezco estos datos.

Sergey dio un profunda calada al cigarrillo y lo espachurró en el cenicero. Con parsimonia sacó el siguiente.

—¿Cuánto personal trabaja actualmente en la embajada? —preguntó de forma más distendida.

—Si contamos al personal administrativo, de seguridad y de mantenimiento de las instalaciones..., podemos hablar de treinta personas.

—Un grupo considerable... Nuestros procesos son exigentes—de nuevo el amago de sonrisa y una calada—. ¿Podría entrevistarme con alguno de ellos?... Ya sabe, en las entrevistas improvisadas surgen temas que se nos pasan desapercibidos y quizás puedan llevarnos a algo... interesante.

—Estamos a su disposición.

—Me sería útil poder disponer del listado completo de personal... y quizás de alguna documentación adicional.

—Por supuesto. Podemos acomodarle en alguna sala para que pueda trabajar tranquilo.

—Sería perfecto.

Dimitri llamó por el interfono a Adriana, la asistente que iba a hacerse cargo de las funciones de Irina. Esta guio al camarada Sergey a una pequeña sala de reuniones de la segunda planta.

Algo había ocurrido. La mención de Ansgar llevaba a la cena en el Kokkeriet. ¿Habrían conseguido montar algún sistema de escucha allí? ¿Micrófonos, algún camarero...? Aun así la conversación en sí con Ansgar no habría descubierto nada, aunque sí despertado sospechas.

También se podía deducir que no tenían bajo control a Ansgar y por ello Sergey lo había citado. ¿Por qué si no iba a haberlo hecho? Lo único que había conseguido era que la comunicación con Ansgar tuviera que cortarse totalmente. Esto provocaba quedarse a ciegas con los avances del relojero de Neuenburg, pero no era del todo grave. Al día siguiente Irina le pondría al tanto. Y aquí estaba el principal riesgo. Irina.

Sergey descubriría antes o después su inminente traslado a Vladivostok.

Vería también la solicitud de Irina del mes de Julio en la que pedía ser destinada allí por motivos personales. Su tía Galina, única familiar directa que todavía conservaba, vivía en una población llamada Solovey, próxima a la lejana ciudad soviética. Irina mantenía correspondencia con ella y en las últimas cartas le informaba de su delicado estado de salud.

La solicitud tenía sello de tres meses atrás, aunque realmente había sido sellada hacía pocos días. También habían enviado copia por conductos extraoficiales a Boris Andreyev, que se habría encargado de incluirla en los archivos necesarios.

Por otro lado, los tentáculos de Boris habían acelerado la aprobación del traslado de Karina a Sebastopol, dejando vacante una posición de secretariado en el corazón de Vladivostok. El currículum de Irina encajaba allí a la perfección.

5 de Noviembre

Copenhague

Serían las doce de la noche cuando el tren dejaba atrás la bulliciosa estación de Hamburgo. Un buen número de pasajeros finalizaba allí su viaje, incluido el joven estudiante que había hecho todos los esfuerzos posibles por sacar conversación a la bella señorita con la que había tenido la suerte de compartir trayecto desde Hano- ver. Irina intentó que el chico no notase su suspiro de satisfacción cuando este se incorporó para coger la maleta. Desde ese momento había dormido casi ininterrumpidamente hasta que el convoy hizo entrada en la estación central de la capital danesa a las seis de la mañana. Media hora más tarde estaba frente a la puerta de su apartamento, sacando las llaves de un bolsillo exterior de la mochila. Cuatro giros en la cerradura superior y tres en la inferior.

Dejó la mochila en el suelo y enseguida se dirigió a la cocina para recoger una caja de cerillas. Fue al baño con ella y con el pasaporte a nombre de Berit Andreasen. Este mostraba los sellos de ida y vuelta de las dos fronteras cruzadas en los últimos dos días.

Se colocó frente al lavabo y por primera vez en cuarenta y ocho horas vio su reflejo en la puerta de espejo del pequeño mueble colgado. No le gustó. Ojerosa y pálida. Abrió la puerta y cogió un bote de alcohol. Roció el pasaporte que había dejado en el lavabo y le echó una cerilla. Dejó que ardiese hasta verse reducido a cenizas. Las recogió, las lanzó al retrete y tiró de la cadena. Después abrió el ventanuco del baño y dejó correr el agua de la ducha.

A las ocho menos cinco entraba en la embajada sensiblemente mejorada. La ligera capa de maquillaje ocultaba las consecuencias del agotador tour. Parecía que era la primera en llegar. Un sobre anaranjado en su mesa llamó su atención. Lo abrió y sacó un pequeño papel:

Irina, a las 8:30h te espera el camarada Záitsev. Sala de reuniones de la segunda planta. Se trata de una entrevista rutinaria. (Dimitri)

¿Quién era el camarada Záitsev? La escasez de información pedía una visita previa al embajador.

—Adelante —sonó la voz alejada de Dimitri tras llamar a su puerta.

—Buenos días.

—¿Qué tal te encuentras hoy? ¿Ya sin fiebre?

—[¿Fiebre? Qué estaba pasando] Sí... hoy ya perfectamente... debió ser un virus.

—Sí es lo habitual en estas fechas.

La despreocupada conversación contrastaba de forma escandalosa con la tensión de los rostros. Dos autómatas hubiesen mostrado más expresividad en sus gestos.

—Sí, he pasado el fin de semana descansado y parece que ha funcionado...

Dimitri respondió subiendo lentamente una ceja por encima de la montura de las gafas. Irina asintió.

—A las diez estaré de vuelta con el correo.

—Gracias.

Irina subió directamente a la segunda planta. La puerta de la sala de reuniones al fondo del pasillo estaba abierta. Alguien arrastró una silla. Seguramente el sonido de sus tacones delataba su llegada. A medida que se acercaba, una sombra amorfa comenzó a crecer en el suelo. Quien la provocaba apareció en el umbral de la puerta. No se diferenciaba demasiado de la sombra.

—¡Oh! ¡Gracias por la puntualidad! —Sergey extendió su mano abierta —. Sergey Záitsev.

—Mucho gusto —Irina mostró la mejor sonrisa que aquel hombre le permitía generar —Irina Kuznetsova.

—Por favor siéntese —Sergey ofreció la silla enfrentada a la ventana del despacho—, y disculpe la cantidad de papeles. Es lo que ocurre por pedir demasiado... A veces te lo dan —rió y tosió.

Irina trató de corresponder, pero esta vez le costó más sonreír.

—No quiero hacerla perder mucho tiempo. Es solo una entrevista rutinaria —comenzó a revolver una columna de papeles en busca de algo—. Ya sabe, procedimientos... Aquí está.

Sergey comenzó a leer el papel que había elegido. Durante la breve lectura pareció olvidarse de su compañía.

—Así que se va a Vladivostok —dijo sin levantar la mirada. Instintivamente Irina llevó su mirada hacia el papel.

—¡Oh no! Esto es simplemente una breve biografía de usted. Me la enviaron ayer por fax junto a algunas otras —tosió—. Entre la documentación he visto su solicitud aprobada para el traslado —señaló con las dos manos abiertas hacia las carpetas sobre la mesa.

—Sí, este es mi último día aquí.

—Ya veo... y según me han comentado lo ha celebrado con una... ¿gastroenteritis?

—No, solo fiebre. Un virus supongo —Irina iba con pies de plomo.

—Espero que se haya recuperado —Sergey no levantaba la vista del informe.

—Gracias, estoy...

—Fue adoptada por el matrimonio Kuznetsov en 1947... mmm... Con seis años de edad —tosido—. Un ingeniero civil... que tuvo algún problema y acabó en Siberia...

Un tímido rayo de sol, que se atrevió a cruzar la ventana, provocó un destello en los ojos de Irina. Sergey captó el sutil brillo y levantó la cabeza del papel. ¿Podía ser que los ojos de la chica hubiesen adquirido un cariz cristalino? Le mantuvo la mirada sin dilación.

—Debió ser duro para usted —Dejó la hoja sobre la desordenada mesa y encendió un cigarrillo.

—Sí.

—¿Por qué vino a Copenhague? —Sergey tomó una profunda calada y se recostó en la silla.

—El camarada Dimitri me reclamó. Trabajaba con él en Moscú.

—¿No le importó dejar atrás todo? —los ojos de Sergey se empequeñecieron un poco más.

—No tenía nada. Me apetecía conocer algún país.

Un tosido más prolongado y más profundo. Una nueva calada.

—Y ahora se va a Vladivostok.

—Quiero estar cerca de mi tía. No está bien de salud.

—¿No le apetecía seguir conociendo otros países?

—Con este ha sido suficiente.

—Supongo que al camarada Dimitri no le habrá gustado su marcha.

—Lo ha entendido.

Sergey se incorporó y se dirigió a la ventana. Se quedó quieto observando la calle, con las manos cruzadas a la espalda y el cigarrillo en la boca. Al contraluz su silueta era como la de un pingüino gigante.

—Bonita ciudad —se quitó el cigarro de la boca y lo apagó en un cenicero rebosante de colillas—. ¿Cuándo se va?

—Pasado mañana vuelo a Moscú.

—¿Se quedará algún día allí?

—No, iré directamente a la estación Yaroslavsky.

—¡Oh!, el Transiberiano. Fantástico viaje —Sergey dejó caer su peso sobre la sufrida silla—. ¿Prevé alguna parada?

—No.

Sergey asintió. La conversación no iba a dar muchos más frutos. Respuestas demasiado concisas. Demasiado en alerta... Ese traslado... La conversación del Kokkeriet... los precedentes de Dimitri.

¿Qué se urdía allí? Él era un hombre paciente y perseverante, y los años habían acrecentado esas virtudes.

—Ha sido usted muy amable —Sergey se incorporó con cierta dificultad, mostrando su caballerosidad—, le deseo un buen viaje.

—Gracias.

Tras el apretón de manos, Irina salió del despacho. Sintió como la presión concentrada en algún punto de su cerebro comenzaba a expandirse provocándole un molesto dolor de cabeza. Tuvo que detenerse al final de la escalera. Aquel tipo iba a traer problemas, pero no había nada que modificar. El plan trazaba milimétricamente todos los pasos y a partir de

ahora en un alto porcentaje dependía de ella misma.

Durante el día solo volvió a ver a Dimitri en la entrega habitual del correo. No hablaron de nada especial. Hubiera supuesto asumir un riesgo que no era necesario. Aprovechó la jornada para repasar las actividades rutinarias con Adriana, que a partir de ahora asumiría sus responsabilidades. Dejó para el final la firma de toda la documentación requerida para su salida definitiva de la embajada.

A las seis y media de la tarde estaba de nuevo frente a la puerta de su apartamento. El cansancio acumulado y la extrema tensión de la temprana reunión, habían llevado a niveles mínimos sus reservas de energía. Sacó el llavero. Cuatro vueltas a la cerradura superior y tre... ¡Cuatro en la inferior! El cuarto giro la recargó como si de una pila se tratase. Nunca giraba cuatro veces la cerradura inferior.

Abrió la puerta de un empujón. Sin dar un paso adelante, extendió el brazo derecho y pulsó el interruptor de la luz. Estuvo alerta unos instantes, esperando algún movimiento extraño, algo... Decidió entrar. Le temblaban las rodillas. No cerró la puerta tras de sí. Registró el baño, el salón, la cocina, su dormitorio. Miró bajo la cama, abrió el armario. En cualquier momento el corazón iba a salirse del pecho. Por fin se decidió a cerrar la puerta de la calle. Se tomó su tiempo para revisar todas sus pertenencias, cajones..., si no hubiese sido por el cuarto giro, nada hubiera hecho sospechar que un intruso se había colado. No faltaba nada. No había sido un ladrón.

Seguramente algún “amigo” del tal Záitsev. KGB. El registro debió ser decepcionante. Las únicas piezas importantes no estaban allí. La cajita metálica y el artilugio de Roger Barraud habían estado con ella todo el día. No pudo evitar sonreír.

3 de Enero de 2001

Zhukovka (Rusia)

Pavel Andreyev echó otro leño a la chimenea. Inmediatamente las llamas, ávidas de alimento, hicieron crepitar la madera. Se sentó en el amplio sillón de cuero y tomó la taza de té que descansaba sobre la mesita, junto a la lámpara de lectura que iluminaba el testamento de su padre. Fuera ya había oscurecido.

El entierro de la mañana no había sido multitudinario. La longevidad de Boris Andreyev había hecho que no estuviera presente ninguno de sus amigos más íntimos ni de sus camaradas de partido. Todos ellos se había ido varios años atrás. Aun así y a pesar de la nieve y del intenso frío, el grupo de asistentes a la breve ceremonia en el cementerio de Novodevichi había sido más que aceptable.

Su madre entró en el salón portando un humeante tazón de sopa y lo dejó sobre la mesa baja colocada frente al sillón que ocupaba Pavel.

—Mamá no tienes que hacer nada. Descansa.

—Prefiero estar ocupada en algo —replicó su madre.

Esta se sentó en una esquina de un sillón de tres plazas y suspiró. Desde la posición de Pavel se la veía pequeña. Miró a su hijo con tristeza y después a los folios anudados que constituían los deseos de su marido sobre su legado.

—¿Lo has leído?

—Sí... y hay algo más que papá quería que leyese —Una ligera sonrisa se dibujó en la cara de Nastasia—. Está en la caja fuerte.

La respuesta hizo que Pavel frunciese ligeramente el ceño. Se incorporó y se dirigió al dormitorio principal. Detrás de un cuadro de caza, estaba la pequeña caja fuerte, cuya contraseña Pavel conocía. La abrió. Dentro había un sobre con la inconfundible letra de su padre. Tan solo

indicaba: “Pavel”. Extrajo el taco de folios que componían el manuscrito y regresó con ellos al sillón junto a la chimenea. Agradeció el calor. Vio que su madre seguía allí, en la misma postura. Se había quedado dormida. Pavel agarró una manta de lana y la tapó con cuidado. Después volvió con los papeles. Al ver los párrafos escritos por su padre sintió una agradable sensación, como si leerlos se lo trajeran de nuevo por un corto espacio de tiempo.

Pavel,

Antes de que las fuerzas me abandonen por completo y de que mi mente pierda la lucidez, quiero ser capaz de escribir lo que ocurrió. Nunca salió a la luz y nunca deberá hacerlo, pero he decidido compartirlo contigo y quiero que lo incluyas en los recuerdos que guardes de mí. Todo arrancó a mediados de los sesenta, en las largas tertulias que por aquel entonces manteníamos al calor de la chimenea de nuestra dacha de Zhukovka. Allí estábamos Dimitri Kozlov, Yuri Kun y yo mismo. A pesar de nuestra amistad nos costó sacar a la luz las ideas que guardábamos en nuestras cabezas. Cualquier mínima filtración al exterior hubiera supuesto serios problemas. Era una época convulsa. Todavía estaba reciente la conspiración que había llevado al derrocamiento de Jrushchov en Octubre del sesenta y cuatro. Nadie le había avisado de lo que se cocinaba en Moscú durante sus vacaciones en Pitsunda, cerca del Mar Negro. Ni siquiera el jefe de la KGB, conoedor de lo que ocurría, lo había hecho.

Y aunque el mandato de Brézhnev no había hecho más que empezar, no era difícil adivinar lo que se avecinaba. No tardó en poner fin a las reformas liberalizadoras de Jrushchov y en tomar fuertes medidas sobre la libertad cultural. Tampoco tardó en modificar los porcentajes de dedicación de los presupuestos, asignando especial protagonismo a los gastos de defensa. En los siguientes años las políticas regresivas y el egocentrismo del nuevo Secretario General fueron en aumento.

Cierto era que aun así la economía de nuestro país siguió creciendo hasta 1973, pero siempre tuvimos claro que fue gracias a la inercia de la época anterior. Era evidente que la época liberalizadora y de progreso que el presidente Jrushchov había liderado, y que mis camaradas y yo mismo

habíamos apoyado fervientemente, había desaparecido. No había más que ver el crecimiento exponencial del número de presos políticos desde la llegada de Brézhnev. Esto nos había hecho incrementar al máximo la discreción de nuestros encuentros. Poco a poco nos sentimos como una pequeña organización clandestina, y lo que comenzó como una simple exposición sobre nuestro desacuerdo de la situación del país y sobre las medidas que podrían enderezar el rumbo, terminó convirtiéndose en un compromiso de actuación.

Estábamos de acuerdo en que era necesario un cambio y en que ello no iba a ser posible por medios puramente políticos. Hacía falta un disparador que generase una situación de inestabilidad e incertidumbre. A partir de este punto de inflexión, sí estábamos convencidos de que la política sería la herramienta necesaria para llevar el proceso a buen fin. Los presentes teníamos la suficiente influencia para llevar a cabo los movimientos necesarios en el entramado del Soviet Supremo y del Comité Central de Partido. Ya habíamos identificado la alternativa. De aquella el camarada Mijaíl Gorbachov contaba tan solo con cuarenta y tres años, pero ya llevaba tres en el Comité Central del PCUS. A pesar de dejar ver sus ideas reformistas, su nombre comenzaba a sonar para formar parte del Politburó. Sin duda era un hombre capaz de conseguir adeptos.

Pero en cualquier caso había que provocar el punto de inestabilidad y necesitábamos elementos de campo para lograrlo. Su búsqueda fue un proceso largo, con sutiles acercamientos que poco a poco fueron cristalizando. Con las fichas que teníamos sobre la mesa, estudiamos múltiples opciones que provocasen el golpe de efecto deseado, pero en todas encontrábamos algún punto en el que el plan se atascaba. No fue hasta 1969 cuando dimos con la idea que nos convenció. Ese año el presidente americano y Brézhnev organizaron una cumbre en Helsinki. El objetivo era la reducción programada y paulatina de armamento nuclear de los dos países. La hoja de ruta definida allí, establecía varios encuentros entre los líderes de Estados Unidos y la Unión Soviética, que tendrían lugar durante los siguientes años. Vladivostok estaba entre las sedes seleccionadas. La fecha estimada que le correspondía estaba en los primeros meses de 1975, aunque acabó adelantándose a Noviembre del 1974. A pesar de que Vladivostok se situaba en terreno soviético, supondría un desplazamiento igual de importante para las delegaciones de los dos países. Teniendo en cuenta la cantidad de personas que se

movilizarían, tener bajo control allí todos los frentes se complicaría sobremanera. Y algo muy importante. Las características del grupo que habíamos formado nos permitía hilar un plan con altas probabilidades de éxito.

Pavel se sumergió en la lectura de tal forma que se aisló completamente del mundo exterior. Sus cinco sentidos fueron secuestrados durante las dos horas y media que dedicó a devorar con avidez las palabras escritas por su padre, que componían una historia sorprendente. El sonido del timbre de la puerta le sobresaltó. Había estado tan concentrado que ni siquiera había escuchado el motor de ningún vehículo, y no era posible llegar de otra forma a la dacha de sus padres en aquella época del año. Su madre se despertó.

—Tranquila mamá, ya abro yo.

Pavel se incorporó dejando los folios sobre el sillón, pero antes de dar el segundo paso se detuvo. Aquello no debía estar a la vista. Los recogió y se los llevó de nuevo a la caja fuerte del dormitorio. Algo excitado regresó al salón, dispuesto a abrir la puerta. Fuese quien fuese no había insistido en la llamada.

El Transiberiano

El ferrocarril Transiberiano es una red ferroviaria inaugurada a principios del siglo XX que conecta Moscú con la costa pacífica rusa y con Pekín en sus ramales Transmanchuriano y Transmongoliano. El ramal principal que une Moscú con Vladivostok consta de más de nueve mil kilómetros que son recorridos en un tiempo aproximado de siete días, atravesando siete husos horarios.

7 de Noviembre

Moscú

El tren de aterrizaje del Tupolev hizo contacto bruscamente con la pista. El vuelo desde Copenhague había transcurrido sobre un mullido colchón de nubes grises que aguardó paciente el descenso del aeroplano para engullirlo entre turbulencias. Irina odiaba volar. Esperó a que el aparato se detuviese completamente para incorporarse de su asiento y abrir la portezuela de equipajes que estaba sobre ella. Allí estaba su preciada mochila. No habían encontrado otra forma de hacerla llegar a Moscú. La entrevista con el agente Sergey Záitsev había cogido a todos por sorpresa y no había quedado más remedio que asumir riesgos para poder seguir con el plan preestablecido. A pesar de que alguien había entrado en el apartamento de Irina, la circunstancia de que no hubiera encontrado nada debería haber hecho desistir el interés por ella. Pero Irina estaba intranquila. Ahora de pie, esperando a que se abriera la puerta del aparato, echó un vistazo a los escasos compañeros de vuelo. Todos ellos caballeros con trajes de mayor o menor calidad. Los primeros seguramente hombres de negocios y los segundos funcionarios en misiones burocráticas. Cualquiera de ellos podría estar allí por ella. Por fin la puerta del avión se abrió y en orden se dirigieron hacia ella. El golpe de frío hizo que Irina se ajustase las solapas del abrigo antes de descender por las ruidosas escalerillas metálicas. Después tuvo que caminar algunos metros por el asfalto de la pista. La escasa luz proyectada por los focos de la terminal a la que se dirigía, no era apenas capaz de atravesar la oscura noche moscovita. Las puertas acristaladas le dieron paso a una enorme sala en la que varias cintas de equipajes se movían huérfanas de maletas. Los pasajeros se aproximaban a las marcadas por sus respectivos códigos de vuelo. Irina tuvo que esperar media hora hasta que la suya hizo acto de presencia. Justo cuando tenía su maleta a mano un hombre de los de traje con corte elegante se colocó a su lado.

—Disculpe señorita.

Irina se sobresaltó y agarró con fuerza la mochila que colgaba de su

hombro.

—Oh perdone... solo quería ayudarla a recoger su maleta de la cinta — dijo el hombre mientras agarraba por el asa la maleta de Irina y la dejaba a sus pies.

—Gracias —respondió Irina observándolo en busca de algo que le dijese si aquello era simple amabilidad.

El caballero agarró el sombrero con dos dedos e hizo un ligero gesto de reverencia, antes de alejarse hacia la zona de pasaportes. Irina se arrepintió de su reacción. Tendría que controlarse si no quería llamar la atención cada vez que alguien se le acercase.

Trató de relajarse y tomó camino de la zona de control de ciudadanos soviéticos. Sobre todo allí debía mantener la compostura. Al lado de varios mostradores, hombres uniformados con abrigo largo y gorra, revisaban documentación con gesto serio interrogando a los recién llegados. Uno de ellos le hizo un gesto a Irina para que se acercase.

—Pasaporte.

Irina lo sacó de un bolsillo interior del abrigo. El hombre lo recogió sin prestar excesiva atención. Eso era bueno. Lo abrió y lo hojeó.

—Mucho tiempo sin venir.

—Estaba destinada en la embajada de Dinamarca. El hombre le dirigió una mirada y asintió.

—¿Cuánto tiempo se quedará?

—Me han destinado de nuevo aquí.

De nuevo asentimiento. Mientras, comenzaba a tomar notas en un formulario y de nuevo sin mirar, siguió con su protocolo de bienvenida.

—¿Algo que declarar? —preguntó mirando la maleta y la mochila de Irina.

—Creo que no traigo nada que sea necesario declarar. Ni siquiera moneda danesa —de repente Irina se sentía segura—. ¿Quiere revisar mis

cosas?

Se dispuso a colocar la maleta sobre el mostrador, pero el soldado, viendo que comenzaba a llegar un grupo numeroso de otro vuelo la detuvo.

—No es necesario.

Terminó de rellenar el formulario y seguidamente tomó un sello y lo estampó en una de las hojas del pasaporte.

—Aquí tiene —dijo entregándoselo—. ¡Siguiente!

Irina sabía perfectamente que debía haber declarado lo que guardaba en la mochila, pero había merecido la pena usar la táctica de la pobre chica que no tiene claro el listado de cosas que no deben entrar en el país sin previa revisión por parte de las autoridades. Si el soldado hubiese decidido abrir la mochila se hubiera encontrado con uno de esos equipos considerados de nueva tecnología. Irina simplemente hubiese dicho que se trataba de un capricho para su uso particular y en principio no debería haber habido ningún problema. El problema sí habría surgido si al soldado le hubiese parecido conveniente revisar en detalle el equipo en cuestión. A Irina le hubiese supuesto verse sometida a largos interrogatorios y habría acabado con sus huesos en algún lugar recóndito de Siberia, si es que antes no hubiesen decidido fusilarla.

Pero nada de eso había ocurrido y pudo seguir su camino hasta salir a la calle. Se detuvo y echó una vistazo a su alrededor. No vio a nadie que llamase su atención. Arrancó de nuevo. Atravesó la fila de taxis y pasó al otro lado de la calle. Comenzaba a nevar y en pocos minutos el frío pasaría a ser insoportable. Continuó caminado por una acera desierta que le llevaba a una zona de aparcamiento. De vez en cuando se detenía disimulando tener problemas con el peso de la maleta y echaba un vistazo. Llegó al fin a una explanada de plazas de aparcamiento. Más de la mitad vacías. Se fijó en la numeración de las mismas y buscó la trescientos diez. En ella debían estar esperándola. Le llevó diez minutos más llegar hasta ella. Había un coche aparcado. Vio que la puerta del conductor se abría y un hombre alto salía. Se quedó quieto al lado del coche viendo como Irina se acercaba, sin hacer ningún amago de acercarse a ella.

Cuando Irina llegó a su altura, dejó con cuidado en el suelo la maleta y la mochila. Se miraron. Una fina capa de nieve comenzaba a cubrirlo todo. Tenían que entrar en el coche cuanto antes e irse de allí, pero ambos estaban bloqueados, mirándose a los ojos. Sus respiraciones intensificaron el ritmo, casi de forma sincronizada. Sin saber como se encontraron sumidos en un intenso abrazo. El tiempo se detuvo.

—Tenemos que irnos —susurró Irina.

Se separaron y volvieron a mirarse. Él sonrió y enseguida metió la maleta y la mochila en el maletero. A los pocos minutos enfilaban la carretera A105 hacia la capital rusa, con más miradas de lo habitual hacia los retrovisores. Al llegar a la localidad de Aparinki abandonaron la carretera y se desviaron hacia el este un kilómetro escaso. Se detuvieron ante un modesto motel de ladrillo claro de dos plantas. Irina bajo del coche y entró en el motel. En la recepción una joven aburrida veía una película en una pequeña televisión.

—Buenas noches —saludó Irina.

—Hola —respondió la muchacha, a la que pareció importunarle aquella interrupción.

—¿Tienes alguna habitación libre? Solo para esta noche.

—Sí, con pago por adelantado.

—Bien, sin problema —Irina miró hacia el bar en el que tan solo un hombre tomaba algo en la barra—. ¿Es posible pedir algo para comerlo en la habitación?

—El piroshki está delicioso —dijo la joven mostrando la empanadilla de la que estaba dando buena cuenta.

—Pues todo perfecto. Voy a por mi maleta... Un amigo me ayudará a subirla... No veo ascensor y pesa demasiado.

—Ya —la chica enarcó una ceja y se encogió de hombros.

Irina volvió a la calle. Vio que el coche se había alejado de la puerta y había aparcado en una zona de sombras, bajo un tejadillo. Se acercó a la ventanilla del piloto e hizo un gesto con la cabeza. El hombre se colocó un gorro de lana que le tapaba las orejas y se subió los cuellos de su cazadora de cuero forrada de borreguillo, dejando prácticamente solo a la vista los ojos. Bajó del coche y sacó del maletero la maleta y la mochila. Siguió a

Irina hasta el interior del motel. La recepcionista le entregó la llave de una habitación de la primera planta y subieron las estrechas escaleras. Al cabo de unos minutos Irina bajaba de nuevo.

—Mi amigo se quedará a cenar —le dijo sonriendo a la recepcionista mientras entraba en el bar —Probaremos esos piroshkis.

Trascurridas dos horas, la muchacha de recepción vio salir al hombre del gorro. Al parecer la cena se había alargado bastante más allá del tiempo necesario comer los piroshkis. Alguien debía haber pasado un buen rato bajo su tejado. No se fijó, como era lógico, en la mochila que el hombre portaba a la espalda. La misma que anteriormente había subido junto con la maleta.

8 de Noviembre

Moscú

El reloj colocado sobre la puerta principal de la estación Yaroslavsky marcaba la siete y diez. La noche todavía era cerrada y el frío helador. A pesar de ello un tumulto de vehículos privados y de taxis se acumulaban frente a la majestuosa fachada de la estación. En uno de ellos se encontraba Irina. Adormilada en el asiento trasero, esperaba paciente a que su taxista consiguiera encontrar un hueco donde detenerse. Tras varios juramentos y aspavientos con el brazo, finalmente lo consiguió. Irina sacó la cartera de un recóndito bolsillo del abrigo y pagó sin rechistar, a pesar de tener serias dudas sobre el importe que se le pedía por el trayecto desde el motel de Aparinki. Tras colocarse un gorro peludo, abrió la puerta para salir al crudo exterior. Se apresuró en enroscarse la bufanda al cuello y en ponerse los guantes, justo antes de que el desagradable taxista le entregase la maleta. Parecía tener prisa. Arrancó el taxi y se alejó a excesiva velocidad, dejando a Irina en medio del caos reinante. Echó un vistazo hacia arriba y contempló el llamativo remate del tejado de pizarra del edificio de la estación. Costaba diferenciarlo sobre el fondo oscuro del firmamento. Se puso en marcha, y tras esquivar un par de taxis y golpearse con algún viajero apresurado, llegó a la entrada principal.

A pesar de la temprana hora y del frío de la incipiente mañana, la estación de Yaroslavsky rebosaba actividad. Se dirigió a la zona de taquillas y se colocó en una de las colas. Había sido previsora para llegar con tiempo. Tras veinte minutos de espera pudo comprar su billete de segunda clase. No le importaba compartir habitación si ello conllevaba ahorrarse una buena cantidad de los rublos que le correspondían por el desplazamiento de puesto de trabajo. Tampoco hubiese sido buena idea llamar la atención viajando en primera clase.

Aún restaba más de media hora para la salida de su tren. Al fondo del edificio principal divisó la zona de cafeterías y hacia allí se dirigió. Eligió la que vio menos concurrida. Dentro se respiraba una mezcla de

olores difíciles de identificar. Especias, aceite, metal y café. Pidió uno y se fue con él a una mesa pegada a la cristalera que daba al enorme hall. Familias con niños, grupos de militares, hombres trajeados. Gentes con rasgos de las repúblicas orientales, incluso algún chino. Sería complicado elegir otro lugar en Europa donde encontrar aquella variedad de razas y culturas. Por un instante Irina fue consciente de la inmensidad de su país y se sintió insignificante.

¿Quién era ella para poner aquel gigante patas arriba?



Copenhague

En la grabación del Kokkeriet se había citado a un sastre suizo. Sobre ello Sergey lanzó dos vías de investigación. Por un lado había pedido a sus colegas de la rezydentura danesa del KGB un listado de todos los suizos residentes en Copenhague, “sastres” o no. Dudaba que la profesión fuese realmente un dato relevante. Por otro lado estaba la vía de que el “sastre” en cuestión estuviese realmente en Suiza. Tenía que descartar inicialmente otras opciones. La búsqueda hubiese sido inviable. El agente ordinario Krivosenko se encargaría de ayudarlo.

Para conseguir el listado de los suizos en la capital danesa necesitaría la pequeña ayuda de algún funcionario de la embajada suiza. Dado que allí no tenían ningún infiltrado, habría que buscar los medios para convencer a alguien que tuviese acceso a la información. Al agente Krivosenko le llevó varios días identificar un objetivo sobornable. El elegido fue Philip Gouyen, un funcionario de rango intermedio, casado, con dos niños y aficionado a los prostíbulos. Perfecto. Lo que para Philip comenzó como una conversación casual en la barra de un club de alterne, no tardó en convertirse en una situación más que incómoda. Krivosenko no tardó más de cinco minutos en pasar de una conversación trivial a exigir a Philip la información personal de todos los suizos residentes en Copenhague. En caso contrario la vida familiar de Philip no tardaría demasiado en desmoronarse. Cuatro días más tarde de aquello, Philip se veía con Krivosenko en un oscuro banco próximo a su casa, para hacerle entrega de

un grueso sobre repleto de folios. Krivosenko estudió caso por caso. Por suerte para él, la comunidad suiza en Dinamarca no era muy numerosa. Compuesta en su mayoría por hombres de negocios relacionados con el mundo financiero, Krivosenko no detectó ningún perfil sospechoso. Aun así hizo una pequeña selección que presentó a Sergey Záitsev. Este tampoco vio nada interesante.

En cuanto a la opción de que el “sastre” realmente estuviese en Suiza, el contacto del KGB en la oficina central de Correos de la capital danesa sería de utilidad. El viejo Jasen había luchado fervientemente en la segunda guerra mundial contra los nazis. Sus convicciones marxistas le habían llevado incluso a irse voluntariamente al frente ruso para detener el ejército de Hitler. Pocos años después, con Jasen en su país de origen, los servicios secretos soviéticos le reclutaron sin necesidad de demasiadas negociaciones. No le habían utilizado en demasiadas ocasiones, pero cuando lo habían hecho Jasen se había mostrado siempre voluntarioso y no había pedido explicaciones. Todo lo que implicase ayudar al socialismo era incontestable. Esta vez le habían pedido el histórico de envíos y recepciones de correo con Suiza desde el día veintitrés de Octubre. Para Jasen no sería sencillo conseguir aquella información de forma rápida, ya que no tenía acceso a los archivos centrales. Pero eso no iba a ser un obstáculo. Encontró su oportunidad varios días después de que el agente Krivosenko contactase con él. Jasen sabía que en el despacho del jefe de oficina este guardaba una copia de la llave de acceso al archivo. Estaba junto con otras llaves en un armario metálico detrás de su mesa. Aprovechando la hora de la comida, Jasen se coló en el despacho y abrió el armario. Revisó la literatura de cada llavero hasta dar con la del archivo. Se la guardó en el bolsillo y se dirigió a la planta sótano. La llave encajó a la perfección en la cerradura de la puerta metálica de doble hoja. Entró en el archivo y cerró tras él la puerta antes de dar la luz. No era la primera vez que estaba allí, aunque nunca solo. Se dirigió hacia los armarios donde se archivaban los justificantes de envío al extranjero así como los recibí. Con paciencia comenzó la búsqueda en el cajón del veintitrés de Octubre. Ese día nadie había enviado nada a Suiza. Siguió con el día veinticuatro. No tardó en encontrar el documento de envío de un paquete certificado a la localidad suiza de Neuenburg, a nombre de Roger Barraud. El remitente era un particular llamado Frej. Dobló el documento y se lo guardó en el bolsillo de su americana. Hasta el día treinta y uno de Octubre no encontró más intercambios de correo relacionados con Suiza. Después de esa fecha

sí aparecieron varios salteados cuyos remitentes eran en todos los casos bufetes de abogados. Se los guardó también. Al cabo de cuarenta minutos Jasen devolvía la llave del archivo a su gancho en el armarito del jefe de oficina y, al terminar su turno, entraba en la primera cabina de teléfono que se encontró al salir a la calle. Esa misma tarde hacía entrega al agente Krivosenko de los documentos sustraídos del archivo. Este a su vez se los entregaba a agente especial Záitsev.



Sergey centró toda su atención en el envío a Neuenburg a un tal Roger Barraud. Sería necesario hacerle una visita. Al día siguiente dos hombres de la rezydentura suiza del KGB salían de Zurich en un discreto Peugeot hacia Neuenburg. A media mañana, localizaron la dirección que les habían indicado. El lugar en cuestión era un taller de relojería. Cada agente se apostó en un extremo de la calle. Pudieron ver que las visitas al taller eran escasas. Por la mañana un par de mujeres con bolsas de la compra. Por la tarde tan solo un caballero elegantemente vestido con un maletín metálico. Quizás un representante de alguna casa relojera que traía piezas para ser reparadas o para llevarse algún encargo finalizado. Fue fotografiado. En cualquier caso, la misión que habían encomendado a aquellos agentes consistía inicialmente en registrar el local en cuestión y más tarde, si se consideraba necesario, realizar una “entrevista” a su propietario. Vieron como este salía del taller a las siete de la tarde. La oscura calle estaba desierta. Roger se disponía a cerrar la puerta cuando alguien le agarró con fuerza del cuello y le colocó un pañuelo en la boca. Fue uno de los agentes, que le introdujo de nuevo en el taller y lo tendió sobre el frío suelo de piedra. Cerró la puerta del local con llave desde dentro. Cogió de nuevo a Roger y lo colocó en una silla. Le ató los brazos a la espalda y le tapó la boca con cinta adhesiva. Después comenzó el registro. El otro agente siguió en la calle en su posición de vigilancia.

Tras una hora aproximada, no podía decirse que el registro hubiese conllevado ningún hallazgo destacable. Tan solo había despertado cierto interés un trozo de papel de periódico arrugado en el fondo de la papelera. Estaba escrito en alguna lengua nórdica, quizás danés. Dado que el origen de la misión venía de Dinamarca, le llamó la atención ver aquella hoja que marcaba en la esquina superior la fecha del dos de Noviembre. Se lo guardó.

Roger comenzó a moverse en la silla. Estaba recobrando la consciencia. El agente se colocó un pasamontañas negro que tan solo dejaba a la vista los ojos y la boca. Esperó a que Roger estuviese en disposición de hablar.

—Dígame la combinación de la caja fuerte —el agente mostró su pistola.

—Una MSP, calibre siete sesenta y dos SP tres —Roger hablaba con cierta torpeza—, tipo Derringer, ¿no?

El agente no pudo evitar una mirada de sorpresa. Quien coño era el tipo que tenía atado en la silla.

—Dígame la combinación o le vuelo la cabeza.

Roger se la dio. Dentro de la caja había seis relojes. Un Rolex, dos BlancPain, un Omega y dos TAG. Hubiese sido un gran botín para un verdadero ladrón. Roger se dio cuenta de la decepción del hombre.

—¿Qué esperabas encontrar? —comenzó a reír, a pesar del dolor de cabeza.

—¿Qué había en el paquete que recibió de Dinamarca? —No me- recía gastar tiempo en disimular con aquel tipo.

—Ah, es eso.

—Dígamelo y evitaremos males mayores.

—¿Ha traído algún suero de la verdad? Aunque imagino que es- tarás al tanto de que en las autopsias se detectan ese tipo de mierdas.

Un puñetazo directo al ojo derecho hizo que Roger soltara un gemido.

—Quizás si comienzo a romperle uno por uno los dedos, se pen- sará mejora las respuestas.

—Lo nazis, vosotros... N o tenemos solución —Roger trató de enderezar su posición en la silla—. Si vas a empezar con eso, tendrás que darte prisa. He quedado para cenar precisamente con el comi- sario del pueblo. Otro viejo como yo. Si no aparezco supongo que se pasará por aquí.

La mentira pareció calar en su asaltante. Su mirada quedó fija en la de

Roger durante un instante. Aquel viejo no iba a soltar nada y además parecía tener claro quiénes eran.

—Tu última oportunidad —le dijo apuntándole con la pistola.

Roger cerró los ojos. Una vida dedicada a resistir tenía altas probabilidades de finalizar así. El sonido del disparo fue sordo, como un soplado. La cabeza del relojero quedó inclinada hacia atrás. El agente recogió de la caja fuerte los relojes y el dinero guardado en una caja bajo el mostrador. El escenario que iba a dejar tras de sí era el de un homicidio cuyo móvil había sido el robo. Al salir cerró la puerta con llave y la tiró a una alcantarilla. Se unió a su compañero que seguía en su posición al final de la calle y juntos se alejaron hasta el Peugeot aparcado a las afueras del pueblo.

Desde Zurich informaron al agente especial Sergey Záitsev. El resultado no le gustó demasiado. Del gasto de tiempo y recursos tan solo se podía extraer que alguien había enviado un paquete al relojero suizo y que posiblemente alguien había ido a visitarle desde Dinamarca algún día posterior al dos de Noviembre. Sobre quién había enviado el paquete no tenía dudas. Ansgar Rasmussen. La orden de tenerlo controlado ya estaba dada. Respecto a quién había ido a visitar al relojero, no había información suficiente para afirmarlo, pero su olfato le llevaba hacia la chica de la embajada. El testimonio de la conserje del edificio de Irina dejando claro que la joven no había estado en su apartamento el fin de semana del dos de Noviembre era algo a tener muy en cuenta.

Había corroborado que nadie con el nombre de Irina Kuznetsova había salido de Dinamarca por ninguna vía entre el uno y el cuatro de Noviembre, pero Sergey sabía mejor que nadie que eso no era concluyente siempre que tuvieras a tu disposición la documentación necesaria. Si la joven no le había engañado, en ese momento ya estaría a bordo del Transiberiano camino de su nuevo destino.

Se reclinó sobre el respaldo de la silla del despacho que amablemente le habían cedido en la embajada. Mirando al techo, con un cigarro colgando de la boca, pensó durante varios minutos. Era momento de realizar una llamada.

9 de Noviembre

Ekaterimburgo 8:30 a.m.

Detrás de la aquella fachada color pistacho de veinte metros de altura y más de cien de largo, y precedida en casi toda su extensión por blancas columnas corintias rematadas en dorado, se encontraban las vías del Transiberiano. Las reminiscencias imperiales seguían marcando la grandeza en las principales ciudades soviéticas y Ekaterimburgo no era una excepción; la primera gran ciudad rusa más allá de los montes Urales.

La próspera industria química y de maquinaria pesada, unido a su ubicación entre dos continentes, la convertían en un punto estratégico que había que cuidar. No faltaban allí pues medios de los distintos servicios de inteligencia soviéticos. Lo demostraba el suceso acaecido en Mayo de 1960, cuando el agente de la CIA Francis Gary fue allí capturado y acusado de espionaje, y finalmente utilizado para ser intercambiado en el Puente de Glienicke por el agente de la KGB de alto rango Rudolf Abel, atrapado por los estadounidenses tres años antes.

La llamada el día anterior de Sergey Záitsev a la oficina central del KGB en Ekaterimburgo había requerido movilizar con urgencia a uno de sus agentes. Aunque Záitsev no tenía pruebas fundadas, había solicitado tener bajo control a una mujer llamada Irina Kuznetsova. Por el momento sería un trabajo de vigilancia rutinario. Se había procedido a comprobar que Irina había tomado el Transiberiano en Moscú la mañana del día ocho, lo que implicaba su llegada a Ekaterimburgo al día siguiente. El agente en cuestión fue llamado a presentarse en las oficinas del KGB a altas horas de la noche para darle instrucciones sobre su trabajo. Cualquier acción sospechosa de Irina debía ser comunicada de inmediato. Para ello podría usar el sistema de comunicación de los maquinistas con las estaciones.

Ahora el agente se encontraba en las vías del andén, barridas por un ligero viento ártico proveniente del norte Siberia. Con falta de sueño y tiritando, maldecía a la persona que había provocado que estuviese allí.



Transiberiano, tramo Ekaterimburgo-Novosibirsk 10:30 a.m.

Los vagones de segunda clase disponían de cuatro camas en formación de literas enfrentadas, con no más de cincuenta centímetros entre ambas. En el suelo una alfombra azul con grecas en tono mostaza, intentaba dar cierto aire elegante a la estancia. Irina estaba allí sola en ese momento. Sentada en una de las camas inferiores, con la espalda apoyada en la pared del fondo, leía relajada una de las novelas que había guardado en la maleta. Tocaba “El robo” de Viktor Astafiev, la epopeya de un huérfano en plena represión estalinista. Muy apropiado para ella.

El matrimonio de sexagenarios con el que compartía cuarto había salido a estirar las piernas por el tren. Mila y Gosha regresaban a su pequeña granja en el óblast de Irkutsk, tras haber pasado cuatro días con su hijo en Moscú. Según le habían contado un prestigioso cirujano cardiovascular en el hospital clínico central. Cuando llamaron la puerta Irina supuso que la pareja estaba de regreso.

—Sí, adelante.

—Discúlpeme, si quiere puedo limpiar el compartimento y dejar las sábanas colocadas.

Fue la provodnitsa quien abrió la puerta. La mujer encargada de la limpieza del vagón y de asegurar que cada viajero bajara en la estación correcta, portaba tres juegos de sábanas limpias.

—Oh... sí —algo importunada Irina dejó su libro sobre la mesilla entre las camas inferiores, al pie de la ventana—. Cogeré una chaqueta.

La mujer de pelo recogido en un gran moño asintió y se apartó de la puerta para dejar salir a Irina al pasillo. Aprovechó para llevarse la jarra y rellenarla en el dispensador de agua caliente que había en uno de los extremos del vagón. Así podría recibir a Mila y a Gosha con te recién hecho. Sintió bajo sus pies un ligero cambio en el traqueteo habitual. Al

dirigir la mirada por una de las ventanas entendió el motivo. Cruzaban en ese momento por uno de los largos puentes construidos para salvar los inmensos ríos que sembraban aquella zona de Siberia occidental. Debía tratarse del Tobol, que transportaba sus aguas kazajas hacia el gran Irtych. Irina no pudo evitar contemplar durante un instante la belleza que la despejada mañana ofrecía, pasando sobre un río con una anchura de varias decenas de metros en cuyos márgenes arrancaban interminables bosques de coníferas.

Ya de regreso, con su jarra llena de agua caliente, vio como la provodnitsa abandonaba su compartimento con las sábanas usadas y las llevaba a un cuarto de servicio en el extremo opuesto. Un hombre salió en ese instante del compartimento justamente anterior al suyo. A Irina no le sonaba haberlo visto en la estación Yaroslavsky, pero podría haber subido en alguna parada entre Moscú y Ekaterimburgo. Era alto y corpulento, de pelo rubio muy corto, vestido con pantalones vaqueros y una camiseta blanca arrugada, posiblemente con la que había dormido. Tubo que pegarse contra la ventana para dejar pasar a Irina.

—Disculpe, veo que lleva un arma peligrosa —dijo mirando la jarra de Irina.

—Sí... gracias —Irina se sobresaltó ligeramente al ver la gruesa cicatriz sobre su ojo izquierdo, forzando al párpado a estar parcialmente cerrado continuamente.

—Si le apetece un cigarrillo mañanero —el tipo sacó una cajetilla de tabaco.

—No fumo, prefiero el té.

—Quizás algún día pueda invitarme. ¿Hasta dónde va?

Irina se detuvo en el umbral de su compartimento. Aquella pregunta inocente no le gustó. Se volvió hacia el hombre.

—Aún me quedan varios días —respondió, tratando de esquivarle—. Puede que nos veamos si sigue por aquí.

—Oh, seguro, mi plan de viaje acaba en Vladivostok... Mi nombre es Yegor.

—Nos veremos entonces —Irina se despidió antes de dar opción a que la conversación continuara.

Cerró la puerta de su compartimento tras de sí, dejando al hombre

apoyado contra la ventana mientras encendía el cigarrillo. Este se dio la vuelta y desplazó hacia arriba la parte movable de esta. Llenó los pulmones de humo y lo expulsó al aire exterior. Después dejó que su pecho se llenase de aire fresco y permaneció pensativo contemplando el paso de los postes que soportaban las catenarias del ferrocarril. No veía más allá.

Desvió la mirada al escuchar la puerta del cuarto de servicio. La provodnitsa volvía al pasillo con más sábanas. Al verle allí, la mujer pareció dudar. El apagó el cigarro, lo lanzó por la ventana y entró en su compartimento.



Listvyanka

A orillas del inmenso lago Baikal, muy cerca del nacimiento del río Angará, se encontraba el bello asentamiento de Listvyanka. Una pequeña villa formada por casas de madera construidas en la base de la ladera de los montes Baikal, justo en el límite con las claras aguas del lago que llegaba a extenderse más de seiscientos kilómetros hacia el norte, entrando de lleno en la más profunda Siberia. En aquella época del año, las hojas aciculares de los alerces que sembraban los bosques boreales del lago, ya habían tomado su característico color amarillento. El invierno se aproximaba y en pocas semanas navegar las aguas del lago sería imposible. De hecho era extraño que no lo fuese ya. Pero en ese día otoñal por suerte el sol brillaba en un cielo despejado de nubes y los pesqueros todavía podían trabajar. Apoyado en la barandilla de proa de uno de ellos se encontraba Gavrel, observando hipnotizado las aguas que rompía la quilla del barco de su tío Jascha. Gavrel podía ver como una pequeña bancada de peces se movía varias decenas de metros bajo el agua. Su tío le acababa de decir que estaban en una de las zonas más profundas del lago, donde el fondo se hallaba a más de mil quinientos metros de profundidad. A Gavrel le resultaba complicado hacerse a la idea de lo que aquello suponía. Siempre había admirado la grandeza de aquel lago, que veía desde la ventana de su habitación todas las mañanas al levantarse. Pero más que su inmensidad, lo que realmente le fascinaba era su habitante más peculiar. El nerpa, la única foca de agua dulce del mundo. Nadie había sabido explicarle como había

podido llegar hasta allí, cuando no es posible encontrar focas hasta alcanzar el Ártico. Esto le había servido a Gavrel para inventarse numerosas historias fantásticas. Ahora trataba de descubrir algún nerpa buceando bajo el barco.

—¡Gavrel! ¡No te inclines tanto! No vaya a tener que tirarme a sacarte del agua —gritó su tío asomándose desde el puesto del timón—. ¡Seguro que tus amigas las focas no te rescatarán!

Gavrel se volvió riéndose.

—¡Tranquilo tío! ¿Cuánto tardaremos en llegar a casa?

—¡En media hora estaremos allí! —respondió justo antes de meterse de nuevo en la cabina.

Gavrel vio a su tío manipular algo sobre el cuadro de mando y un poco más atrás, en la zona de popa, como un par de jóvenes pescadores recogían y ordenaban los aperos que habían usado durante la jornada. Todo aquello le hacía sentirse a gusto. Quizás algún día se convertiría en un pescador como su tío.



Zhanna se colocó la mano sobre los ojos a modo de visera. En pie sobre el viejo muelle de madera veía como se acercaba el barco de su cuñado Jascha. Era sábado y había dejado a Gavrel que acompañase a su tío. A pesar del madrugón no había protestado. Todo lo que supusiese adentrarse en el lago era recibido con júbilo por su hijo, y justo hoy que cumplía once años, no podía ofrecerle un regalo mejor.

El barco todavía tardaría unos minutos en llegar y Zhanna decidió aprovecharlos para tomarse un pequeño descanso. Regresó a su oxidada camioneta y se sentó en el asiento del copiloto. A pesar del día despejado, la temperatura no llegaba a los dos grados. Se frotó las manos para entrar en calor, fijándose en la línea del horizonte que las aguas del gran lago formaban con el azul apagado del comienzo de la tarde. Frente a la línea, el barco iba aumentando de tamaño poco a poco, pero Zhanna ya no se fijaba

en él. Sus pensamientos habían vuelto a centrarse en la reciente visita de aquel hombre de Moscú. Su nombre era Boris Andreyev y pasaba unos días de descanso con su mujer en la isla Olkhon. Era la excusa. Había estado un día completo con ella, explicándole los detalles del plan en el que su hermana Irina tenía un papel clave. En pocos días las dos volverían a encontrarse. Desde que las separaran en el orfanato a las afueras de Irkutsk, se habían visto en contadas ocasiones. Y desde que Irina se fuese a aquella embajada de Dinamarca, casi no había tenido noticias de ella.

La mente de Zhanna retrocedió unos cuantos años más en el tiempo. Hasta mediados de los años cuarenta. En aquella época los orfanatos de la Unión Soviética estaban repletos de niños, una de las secuelas de la Segunda Guerra mundial que tantas vidas se había llevado. Entre ellas la de los padres de Irina y Zhanna. Ambas habían pasado más de dos años en el aquel orfanato de enormes habitaciones, con techos de cuatro metros de altura y ventanales enrejados, donde se aprovechaba todo el espacio posible para rellenarlo de pequeñas camas metálicas con colchones roídos. En una de ellas dormían siempre juntas las dos hermanas gemelas. Idénticas como dos gotas de agua. Ni un pequeño lunar o un ligero gesto que las diferenciase.

Habían cumplido ya los cuatro años y no parecía fácil que fuesen a salir de allí. En primer lugar porque eran niñas, y la mayoría de las parejas que se acercaban iban en busca de varones que pudiesen ayudar con las tareas de las granjas cercanas o de los comercios de la ciudad. En segundo lugar porque eran dos. Si alimentar una boca era algo complicado, dos se convertía en obstáculo insalvable para muchos.

Para el director del orfanato las hermanas comenzaron a ser un problema. Había que ir sacando a los niños de allí como fuese porque la entrada de otros parecía inacabable. Por ello decidió ofrecer a las pequeñas por separado. Y así fue como un matrimonio de pescadores Listvyanka decidió llevarse a la pequeña Zhanna. Vieron en ella a la niña que siempre habían añorado y que además en pocos años podría ayudarles con la venta de pescado en su puesto del mercado.

Zhanna todavía recordaba el dolor desgarrador que sintió mientras dejaba atrás el edificio de ladrillo rojo, tratando de adivinar en que ventana estaría Irina, observado el coche en el que se la llevaban. Años más tarde

Zhanna supo que la peor parte se la llevo Irina. Al quedarse sola en el orfanato su carácter se volvió áspero. Se cerró totalmente en sí misma y no permitió que nadie se le acercase. Tu- vieron que pasar más de dos años hasta que un ingeniero llamado Vladimir, que trabaja en las reparaciones de uno de los puentes del Transiberiano, se quedara encandilado con la triste mirada de aque- lla niña. A pesar de su carácter cerrado, convenció a su mujer para llevarse a la pequeña.

Pasaron muchos meses hasta que Irina comenzó a hablar a sus padres adoptivos. Poco a poco fue viendo el cariz de la pareja y co- menzó a abrirse, pero no fue hasta pasado un año cuando Irina les habló de su hermana, coincidiendo con el anuncio del traslado de Vladimir a Vladivostok, donde comenzaría a trabajar en la amplia- ción del puerto militar.

En cuanto Vladimir supo de la existencia de Zhanna regresó al orfanato. El director había cambiado y no era consciente de ninguna relación entre Zhanna e Irina. En los registros no figuraba que fue- sen hermanas, aunque sí que habían ingresado la misma fecha y a la misma hora. A Vladimir le costó una buena cantidad de rublos conseguir el destino de Zhanna. Y fue justo el día antes de su viaje a Vladivostok cuando partió con su mujer y su hija en su vehículo desde Irkutsk hacia Listvyanka. Llegaron a la pequeña localidad a las once de la mañana. Ese día había mercado y no fue complicado dar con el puesto de los padres de Zhanna. Era uno más de los caracte- rísticos puestos de estructura de madera, de cuyos listones superio- res colgaban numerosos ejemplares de ómul ahumado. Entre la mu- chedumbre que llenaba la calle principal del mercado, Vladimir vio a una mujer tras el mostrador del puesto, atendiendo las peticiones de la clientela. Pero no fue hasta llegar casi al pie del puesto cuando se encontró con la imagen de una niña sacando omules de un cesto y colocándolos en los huecos que quedaban libres sobre el mostrador. Era un calco de su hija.

Zhanna recordaba perfectamente la cara de su madre cuando vio a la niña que daba la mano a un hombre que parecía haberse que- dado petrificado delante de su puesto. Sus ojos se abrieron tanto que daba la impresión de verse forzada a llevar la cabeza hacia adelante para que no se escapasen de sus órbitas. También se quedó inmo- vilizada. Y en aquella escena en la que el tiempo se había parado, Zhanna e Irina comenzaron a aproximarse la una a la otra hasta lle- gar al obstáculo que representaba el

mostrador cubierto de omules. Entonces extendieron los brazos hasta conseguir que sus manos se tocaran. Fue como si una descarga eléctrica las recorriese y las cargase de felicidad.

Aquella tarde la pasaron juntas, encerradas en la habitación de Zhanna. Se lo contaron todo. Lloraron. Se abrazaron. Rieron. Mientras tanto sus padres charlaban en la planta baja de la humilde vivienda, en el acogedor salón caldeado por una estufa de fundición. Ninguno se veía capaz de renunciar a su respectiva hija, así que se comprometieron a asegurar que ambas estarían en contacto por carta y que harían todo lo posible por que pudiesen verse al menos dos veces al año. Aspirar a más en ese momento hubiese sido demasiado teniendo en cuenta los más de cuatro mil kilómetros entre Listvyanka y Vladivostok. Pero al menos consiguieron cumplir con aquel plan, tanto en los años en que Irina vivió en Vladivostok, como en Perm, como más tarde en Moscú. A la comunicación semanal por carta siempre sumaron la visitita semestral utilizando el Transiberiano.

Los golpes en cristal de Gavrel sacaron a Zhanna de sus pensamientos.

—¡Mamá! ¡Dice el tío que acerques la camioneta al muelle! ¡Hay que cargar los cestos!

¿Se había quedado dormida? ¿O simplemente se había dejado sumir en sus recuerdos hasta un estado de semiinconsciencia?

—Sí voy... voy.

Gavrel se alejó corriendo hacia el muelle donde el barco ya estaba amarrado y sobre cuya cubierta los pescadores se movían cargando las pesadas cestas llenas del preciado ómul. Zhanna pasó al asiento del piloto y arrancó la camioneta. Tras el rugido inicial del motor que hizo temblar el capot, maniobró marcha atrás para dejar orientado el vehículo con los portones traseros hacia el muelle. Cargarían las cestas de ómul y se acercarían al ahumadero. Allí dejarían la mercancía y después se dirigirían a la hospedería que Zhanna regentaba, para dar buena cuenta de un merecido almuerzo.



Vladivostok

Sasha agarró a tientas la toalla que colgaba del gancho al lado de la ducha. Se secó el cuerpo y se la amarró a la cintura. Entre el va- por que inundaba el baño, provocado por el agua caliente que había dejado correr más tiempo de lo habitual, y el calor procedente del radiador de la habitación, estar con el torso desnudo era una sensación agradable. Más a sabiendas que en ese momento la temperatura exterior marcaba cifras negativas.

La habitación que le habían asignado en uno de los muchos edificios de uso militar de la ciudad, era más de lo que podía esperar. El edificio en cuestión estaba fuera de la base militar propiamente dicha, en la que se ubicaban las oficinas administrativas de la flota soviética del Pacífico. El bloque en el que se encontraban tanto él como los dos agentes que le acompañaban en la misión de reconocimiento, estaba en una calle aledaña a la zona de Fokina. No tendrían pues problemas para elegir un lugar en el que tomarse unas cervezas. Era extraño no encontrar un comercio o una taberna en las plantas bajas de los edificios de la calle Fokina. Casi todas construcciones de principio del siglo XX, con fachadas trabajadas, de una sola planta y cornisas decoradas por anchas molduras, sobre las cuales destacaban dos o tres ventanas de buhardillas rematadas con algún adorno. En la bandeja de cristal colocada sobre el lavabo estaban los pocos enseres de aseo que Sasha había traído consigo. Tomó el recipiente del jabón de afeitar y comenzó a untar la brocha mojada. Se afeitó con tranquilidad. Necesitaba ese momento tras el vuelo de casi nueve horas que les había traído desde Moscú, a lo que debían sumarse las cinco horas de adelanto de reloj que habían perdido por los cambios de husos atravesados. Todavía no estaba situado.

Media hora más tarde Sasha bajaba a la discreta recepción en la que un joven se entretenía con un pequeño televisor del que sobresalían dos varillas metálicas para mejorar la señal.

—Buenas noches —le saludó Sasha.

—¡Buenas noches señor! —el muchacho, que no tendría más de diecinueve años se incorporó de un brinco, sin saber muy bien si debía cuadrarse o solo actuar de forma educada.

Sasha tuvo que contener una carcajada.

—No veo por aquí a mis compañeros.

—¡Oh! Todavía no... —aún así el joven asomó la cabeza para revisar la zona de sillones de la entrada.

—Les esperaré ahí... ¿Nos puedes recomendar algún sitio para cenar por aquí?

—Yo no conozco mucho... pero he escuchado hablar de una taberna llamada Barxat donde dicen servir la mejor sopa solyanka de la ciudad. Está al final de la calle Pogranichnaya, justo en el cruce con Fokina. Desde aquí son diez minutos caminando.

—Probaremos ahí. Gracias camarada.

Sasha disimuló no ver la cara de satisfacción que iluminó la cara del muchacho. El trato de admiración que le había dado le decía que el joven había sido informado de que los hombres que iban a ocupar las habitaciones durante algunos días tenían una misión importante. Encendió un cigarrillo y se dejó caer en uno de los acolchados sillones orejeros. El humo inundó sus pulmones y después lo expulsó hacia el techo. Tras las cortinas del ventanal comenzaban a caer finos copos.

Las fuertes pisadas en las escaleras le avisaron de la llegada de Akim y Gregori. Bajaban charlando, animados a pesar del cansancio que delataban sus ojos enrojecidos. Los dos rondaban los treinta años. El sargento Akim, experto en definición de rutas de vehículos, había formado parte de grupos de seguridad en varios eventos políticos de altos cargos. Por su parte Gregori Valsev pertenecía al grupo de ingenieros militares. Había participado en el diseño de instalaciones electromecánicas de complejos militares de reciente construcción en base a los últimos criterios de seguridad aprobados. Sasha les tendría a su cargo en aquella misión cuyo objetivo era descubrir todos los puntos débiles que cubrir tanto en el lugar del encuentro de las delegaciones soviéticas y estadounidenses, como en los recorridos previstos. En base a su informe

se puliría el definitivo equipo de seguridad que se desplegaría en aquella ciudad.

—¿Qué tal las habitaciones? —preguntó Sasha mientras apagaba el cigarrillo en un cenicero de metal.

—Perfectas —respondió Gregori—, pero necesito llevarme algo al estómago urgentemente.

—Vamos a ello.

Los tres hombres salieron a la fría noche. A pesar de la ligera nevada se veía movimiento de gente. Caminaron por calles escasamente iluminadas por farolas de hierro negro, siguiendo las indicaciones del muchacho de recepción. A los pocos minutos divisaron el cartel del Barxat, bajo el cual un foco generaba un cono de luz blanca enmarcando la puerta de acceso. Sasha la empujó y pasó al interior del local. El calor que los envolvió invitaba a quedarse. No era un lugar demasiado grande. Cinco hileras de mesas corridas, con bancos de madera a cada lado y una estufa cilíndrica al fondo, donde un hombre gordo con camisa de cuadros y mandil atado a la cintura removía los maderos con un gancho de mango alargado. Una de las mesas estaba ocupada por un grupo de soldados de la armada, ataviados con chaquetas blancas. Habían dejado las características gorras planas amontonadas en el extremo de un banco. Sobre la mesa se podía ver una buena cantidad de botellas de cerveza vacías. En otra mesa un grupo de cinco chicas escuchaban atentas a una camarera que les leía la carta. Posiblemente administrativas o secretarias del ejército.

Sasha y sus compañeros tomaron asiento en la mesa más alejada del grupo de soldados, dejando una mesa libre entre ellos y el grupo de muchachas. El hombre gordo terminó su trabajo con la estufa y se dirigió hacia ellos.

—Una noche poco agradable, camaradas —la voz grave iba en perfecta consonancia con el peso del tabernero—. Les aseguro que nuestra sopa de pescado les hará entrar en calor... Después el estofado les dejará como nuevos.

—Suena bien —soltó Akim convencido mientras se quitaba el abrigo.

Gregori y Sasha estuvieron de acuerdo. El camarero entró en la cocina y se escuchó como daba alguna orden. Al salir cogió una botella y tres

vasos de un estante tras la barra y se acercó de nuevo.

—Con un vodka casero, la cena les sentará mejor.

Antes de tocar los vasos, Gregori y Akim buscaron con la mirada la aprobación de Sasha. A modo de respuesta este agarró la botella y los rellenó.

10 de Noviembre

Moscú

Un moderno edificio de aluminio de siete pisos y planta en forma de estrella de tres puntas, se levantaba en Yasienievo, en el cinturón de ronda exterior de Moscú, al sur de la ciudad. Se trataba de la sede del Primer Directorio Principal del KGB. Su ubicación no era casual. Después de ser desechado por el Departamento Internacional del Comité Central, había sido elegido para albergar los departamentos del Directorio que requerían mayor nivel de discreción.

Tras la ventana de uno de los despachos del segundo piso, orientados hacia el norte, podía verse la silueta de Sergey Záitsev sentado tras un escritorio iluminado por un flexo. Era la única señal de vida en el edificio. A las once de la noche nadie quedaba por allí, salvo él, los guardias de seguridad de las garitas de entrada de vehículos de la verja exterior y los de la recepción principal, observando adormilados los monitores de las cámaras de seguridad.

Sergey trataba de ordenar los justificantes de los gastos que había tenido en su viaje a Copenhague. Siempre había sido metódico con la documentación. Era la clave sin duda para tener éxito en un trabajo como el suyo. Quizás por eso su despacho estaba repleto de archivadores de cartón con códigos de letras y números escritos en sus lomos. Llenos de fotocopias registradas, faxes, fotografías clasificadas... Con toda aquella información, el cerebro de Sergey trabajaba como una computadora que cruzaba todos los datos en busca de una alerta oculta a simple vista.

Agarró el teléfono y marcó el número de casa. Su mujer, Vera, no tardó en contestar.

—Sí —su suave voz sonó al otro lado.

—Sigo en la oficina —fue la seca respuesta de Sergey, dada con el tiempo justo para girar ligeramente la cabeza y soltar un ronco tosido.

—Hay sopa preparada en la cocina —la voz de Vera denotaba falta de

interés. Se escuchaba el sonido de fondo del televisor—. Tendrás que calentarla.

—Ajá... Llegaré en una hora y media... Más o menos.

—Bien.

Sergey siguió un segundo más con el auricular en la oreja después de que Vera colgase. Ni siquiera había pasado por casa para dejar la maleta tras su llegada de Copenhague. Se había ido directamente a la oficina con la maleta. Aparte de la llamada que esperaba recibir, sabía desde hacía tiempo que Vera tenía una relación con alguien de su oficina y no quería aparecer por sorpresa y encontrarlos juntos. Sergey entendía que las cosas fuesen así. Su lógica de la vida no miraba por sentimentalismos. El hecho de que Vera y él siguieran juntos era una simple necesidad de supervivencia. Ambos querían seguir manteniendo un punto de referencia... de momento.

Con el cigarrillo en la boca y sus pequeños ojos más entrecerrados si cabía por el humo, Sergey comenzó a introducir en una nueva carpeta los documentos recopilados en los últimos días. Llegó al fax en el que se describía la biografía de Irina Kuznetsova, grapado a la entrevista transcrita que había mantenido con ella. Se quedó mirándolo. Allí había algo que todavía no conseguía descifrar. Sabía que sus neuronas estaban procesando la información, pero que le demandaban algo más para poder sacar un resultado.

Había solicitado intensificar el control sobre Dimitri Kozlov y había conseguido pinchar el teléfono del despacho de Ansgar Rasmussen. Pero ni el embajador ni el señor Rasmussen habían vuelto a hacer el más mínimo movimiento sospechoso desde la escuchada en el restaurante de Copenhague. En cuanto a la fatídica visita al relojero de Neuenburg, había servido para confirmar la conexión de este con el encargo procedente de Dinamarca y para casi asegurar que había recibido una visita de aquel país. La hoja de periódico fechada en Noviembre lo había delatado. Estaba claro que el encargo había sido importante. En otro caso aquel terco relojero, con un pasado oscuro en la resistencia francesa, hubiera soltado algo antes que dejarse matar.

También había analizado la correspondencia recibida por Dimitri en el último año. En un alto porcentaje de tipo oficial y procedente de edificios

del Gobierno. Incluso las de carácter personal enviadas por su amigo Boris Andreyev, habían partido del Kremlin. El diputado del Soviet Supremo era el único contacto en las esferas políticas que Dimitri mantenía. El camarada Andreyev nunca había tratado de ocultarlo a pesar de todo. No había nada en especial que llamase la atención de aquella relación salvo el hecho de que el encuentro en el restaurante Kokkeriet había ocurrido justo el día después de que se recibiese la última carta de Boris. Según el informe la carta contenía preguntas sobre la familia además de la partida de ajedrez que los dos amigos llevaban jugando desde hacía tiempo.

Y por otro lado estaba Irina. No había ninguna conexión confirmada entre ella y todos los sucesos anteriores. Nada que la relacionase con la conversación de Dimitri y Ansgar, nada que indicase que hubiese salido de Dinamarca en los últimos meses, y mucho menos que hubiese estado en Suiza. Nada sospechoso en general. Pero aquí entraba en juego el olfato de Sergey. El hecho de que Irina hubiese seguido a Dimitri Kozolv a su exilio disimulado a Dinamarca... el poco tiempo entre la conversación del Kokkeriet y el traslado de la joven a Vladivostok.

A pesar de que a Sergey le habían pedido más evidencias para seguir invirtiendo recursos en aquella investigación, él había apostado por asignar un agente del departamento de Ilegales de Ekaterimburgo para estar atento a los movimientos de Irina.

El teléfono comenzó a sonar. Ahí estaba la llamada que Sergey esperaba. Apagó el cigarrillo en el atestado cenicero y tosió con fuerza. Carraspeó con rabia y descolgó.

—¿Estación de Novosibirsk? —fue la pregunta de Sergey para comenzar la conversación.

—Sí —respondió la voz del agente—. Desde una cabina del andén. Ella no ha bajado del vagón.

—Cuénteme —ordenó Sergey con sus pequeños ojos puestos sobre la foto en blanco y negro de Irina.

—Nada reseñable. Solo ha establecido relación con el matrimonio de su compartimento. Tienen billete hasta Irkutsk. Sus nombres son Mila y Gosha Petrogov. He pedido sus historiales a la Central y no hay nada. Regresan de visitar a su hijo en Moscú. También he pedido su historial.

Nada tampoco —se notaba cierto temblor en la voz del agente. Posiblemente estaría helado de frío—. La chica bajó en la estación de Omsk. Estuvo veinte minutos sola, comiendo un sándwich y tomando un café mientras atendía a las noticias del televisor del bar. Pagó con monedas. No se llevó el papel de la cuenta. No detecté muestras de que estuviera esperando a nadie —Se escuchó una voz por la megafonía de la estación que Sergey no pudo entender —... Me queda poco tiempo... He registrado su compartimento y nada. Ropa, libros... Tengo que irme.

—Próxima llamada, parada Ulan Ude, si es que no tienes algo antes.

—Sí.

La llamada se cortó. No tenía nada, pero su instinto seguía perdiendo tiempo. Terminó de ordenar los papeles y dejó el archivador sobre uno de los pocos huecos que tenía en sus estanterías. Cerró con llave el despacho y bajó en uno de los ascensores con su maleta.

—Buenas noches señor —se despidió el guardia de seguridad del que solo podía verse la cabeza asomando tras el mostrador de gránito.

Sergey solo asintió, sin abrir la boca. Salió a la calle y caminó hacia su coche, escuchando el crujir de sus zapatos sobre la incipiente capa de nieve. El suyo era el único en la explanada del aparcamiento. Se subió a él. En el momento que arrancaba el motor, una mano enguantada abría la puerta del despacho que acaba de cerrar.

11 de Noviembre

Irkust

Descoloridos rayos de sol luchaban por atravesar las cortinas de la ventana del vagón. Irina no había pegado ojo. Podía escuchar las respiraciones de Mila y Gosha en las literas inferiores, dormidos plácidamente después de que la noche anterior se acostasen tardíamente tras la habitual partida de durak. En los días que llevaban de viaje, no habían fallado ninguna noche a su cita con las cartas. Aunque Irina no era muy aficionada, había disfrutado de las relajadas partidas mezcladas con distendidas conversaciones, sintiendo el calor del hogar en aquel impersonal compartimento y dándose cuenta de lo mucho que echaba en falta tener a alguien a su lado cuando veía alguna mirada cómplice entre Mila y Gosha. Quizás en un futuro no lejano... Pero ahora no quería añadir esto al cóctel de pensamientos que se agolpaban en su cabeza.

Todavía faltaba hora y media para llegar a Irkust. Irina bajó de su litera intentado hacer el mínimo ruido posible y se puso el jersey de lana. Agarró la jarra con una mano y la tetera y su taza con la otra, dispuesta a preparar un té en la salita del dispensador de agua caliente.

—Espera Irina, te ayudo con eso —la voz de Mila fue un susurro proveniente de la oscuridad. Se incorporó y quedó sentada en la litera—. No has dormido nada, ¿verdad?

—Bueno... No muy bien...

La figura de Mila al trasluz de la ventana, con su largo cabello despeinado y con un camisón blanco desgastado, era la imagen que más se podía acercar a la de una madre comprensiva. Se colocó un grueso chal por encima y ayudó a Irina con la jarra.

—Vamos, te acompaño.

Juntas salieron al pasillo, escasamente iluminado por los cuatro apliques que se quedaban encendidos durante la noche. Cuando cerraron la puerta del compartimento, Gosha se removió entre sus mantas, pero enseguida se

quedó inmóvil de nuevo, respirando profundamente. Caminaban hacia el extremo del vagón en el que se encontraba el dispensador, cuando se escuchó el sonido del pestillo de una puerta que se abría. Con el silencio reinante sobre el suave traqueteo del convoy, el chasquido hizo que Irina y Mila se volviesen. Era la puerta de la provodnitsa. Seguramente comenzaba con los preparativos del nuevo día.

Llegaron a la salita en la que dormitaba la solicitada máquina del agua caliente. La bombilla del techo estaba encendida, dando la bienvenida a cualquier noctámbulo que necesitase su té. Irina rellenó la jarra y Mila preparó el té en el filtro de la tetera. Vertieron el agua caliente en ella. La misma imagen podría haberse dado en la cocina de una familia bien avenida de aquel oblast. Estaban a gusto.

—Sé que hay mucho más de lo que nos has contado estos días sobre ti —Mila soltó la frase mientras dejaba la tetera sobre la repisa colocada bajo la ventana—. Y creo que es algo que te atormenta... si pudiésemos ayudarte en algo...

Irina no pudo evitar suspirar. Sirvió té en la taza de Mila y después en la suya. Se miraron a los ojos.

—Es algo que debo resolver yo.

—Claro hija —Mila puso su mano sobre la de Irina—, eres una buena persona. Lo veo en un tus ojos...

Una lágrima comenzó a recorrer la mejilla de Irina. Mila la abrazó contra ella e Irina se dejó atrapar por el calor. Más lágrimas siguieron a la primera.

—... tengo que... es complicado...

—Está bien... —Mila se separó con delicadeza y besó en la frente a Irina.

La entrada de la provodnitsa a la salita las sobresaltó. No la habían oído acercarse. Irina trató de ocultar sus ojos enrojecidos por las lágrimas y la falta de sueño.

—Disculpen —soltó a la vez que retiraba el cubo donde la gente echaba los restos del té y otros envoltorios —Creo que ustedes se bajan en Irkust

—dijo dirigiéndose a Mila —En breve estaremos allí.

—Así es —fue la respuesta seca de Mila a la provodnitsa, que cumplía con su responsabilidad de controlar quien estaba en el vagón en cada trayecto—. Será mejor que volvamos. Tenemos que preparar las maletas... Espero que Gosha ya se haya levantado.

Pasaron junto al carrito de sábanas y productos de limpieza que la provodnitsa había dejado en el pasillo y llegaron al compartimento. Gosha ya había puesto las maletas sobre las literas y comenzaba a colocar su ropa.

—Buenos días señoritas. ¡Como madrugan! —Gosha se fijó entonces en la cara de Irina —¿Todo bien?...

—Sí —respondió rápidamente Mila—. Vamos a recogerlo todo que enseguida llegaremos.

—Pero en Irkust la parada es larga. Tenemos tiempo de sobra... Podemos despedirnos en condiciones de Irina, ¿Verdad? —dijo animado Gosha.

—Sí claro... —respondió Irina.

—No tendremos mucho tiempo —Mila percibió la escasa convicción de Irina—. Llegamos justos para salir a coger el autobús. Mejor aprovechemos para despedirnos aquí.

Mientras Mila y Gosha preparaban su equipaje, Irina se tumbó en la litera con uno de sus libros. No tardó en quedarse dormida.



—Irina —Mila le tocó el hombro—, ya hemos llegado.

—Me he dormido... Os ayudo a bajar las maletas.

—No hace falta, de verdad —reaccionó Mila.

Pero Irina no hizo caso. Se puso sus botas forradas y el abrigo y tomó la maleta de Mila. Al salir al andén, los siete grados bajo cero le hicieron echar de menos inmediatamente el calor del compartimento. Mila y Gosha la siguieron.

—Ha sido un placer conocerlos y...

Mila no le dejó acabar la frase. Se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

—Termina lo que tengas que hacer y disfruta la vida. Para eso estamos aquí.

Gosha la miró interrogativo, pero no preguntó nada. Irina se quedó parada junto a las puertas del vagón, viendo como la pareja se dirigía hacia el edificio de la estación, con sus largos abrigos de paño y sus pesadas maletas. El reloj colgado del tejadillo del andén marcaba las ocho y media. Su rostro se endureció de repente. Se acercaba un momento clave. Entró de nuevo al vagón y se dirigió a su compartimento, esquivando pasajeros con maletas que salían y entraban. No era posible tener claro quién hacía qué. Algunas caras eran conocidas, pero otras eran totalmente nuevas para ella. Muchas de estas últimas con rasgos mongoles, autóctonos de aquellas tierras. La provodnitsa se había puesto un gorro peludo y un abrigo con una insignia que Irina asoció con algún símbolo del Transiberiano. Una estrella roja con cinco puntas. Justo al llegar al compartimento su vecino Yegor salía al pasillo encendiendo un cigarro. A pesar del frío que se colaba en el vagón, seguía con sus pantalones vaqueros y la camiseta arrugada.

—Mucho movimiento en esta estación —fue su saludo.

—Sí, mucha gente.

Yegor se quedó mirando a Irina. Parecía que iba a preguntarle algo pero no lo hizo y se llevó el cigarrillo a la boca. Irina entró en su compartimento. Todavía no había llegado ningún nuevo compañero. Cogió su cartera con la documentación y se la guardó en el bolsillo interior del abrigo. Dejó un libro sobre la litera que ocupaba y cerró la maleta con el pequeño candado. También se guardó la llave en el bolsillo.

Salió de nuevo al pasillo. Yegor ya no estaba, pero seguía el movimiento de gente entrando y saliendo de compartimentos. Tenía algo más de una hora. Salió al andén. Hacía un frío horrible. Atravesó el edificio de la estación y cruzó la avenida Chelnokova. Una niebla espesa y blanca lo cubría todo. La proximidad de las aguas del río Angara, que discurrían

paralelas a las vías del tren en toda la longitud de la larguísima estación de Passazhírskiy, tenía esas consecuencias. Con las manos en los bolsillos y tiritando de frío pasó al lado de la estación de autobuses. Quizás Mila y Gosha estuviesen allí todavía.

Se adentró en una zona arbolada, donde el suelo cubierto de nieve tomaba un cariz más inestable. El tránsito de gente desapareció bruscamente. Lanzó un mirada fugaz a su alrededor. Demasiado fugaz para poder diferenciar entre la niebla la figura de la persona que la seguía. Continuó caminando hasta llegar a un barrio de casas bajas y vivos colores, que conseguían dar luz a la gris mañana. Ya estaba cerca de la dirección que le habían indicado.



La niebla comenzaba a levantarse tímidamente, y aunque resistiéndose a despegarse de los tejados, conseguía que la acechante figura anónima tomase identidad. Una mujer con abrigo con una estrella roja de cinco puntas en la solapa. Julia Meritkova, agente del grupo S del KGB, había utilizado el papel de provodnitsa gracias a las “gestiones” realizadas desde Moscú que habían concedido unas vacaciones inesperadas a la provodnitsa real. Esta última había recibido la orden de apearse en Ekaterimburgo, donde una misteriosa sustituta ocuparía su lugar hasta Vladivostok.

Desde ese momento Julia había permanecido atenta a todos los movimientos de Irina Kuznetsova, tal y como se lo había ordenado Sergey Záitsev, responsable de aquella operación. Había aprovechado la primera oportunidad para registrar las pertenencias que Irina guardaba en su compartimento. No encontró nada fuera de lo habitual. Tampoco en el equipaje de sus acompañantes. Así lo había informado desde la estación de Novosibirsk. Y no parecía que nada fuese a ocurrir hasta que escasos minutos atrás Irina decidiese salir de la estación de *Irkust* para comenzar a caminar por sus solitarias calles a primera hora de la mañana. Parecía tener claro su destino, aunque justo en ese momento se detenía y miraba la placa de una calle. Julia tuvo que dar un paso atrás para ocultarse tras una esquina. En ese momento sintió como un brazo le rodeaba el cuello y apre-

taba con fuerza. Julia estaba entrenada para situaciones de cuerpo a cuerpo, pero aquello le había cogido totalmente desprevenida. Trató de zafarse pero el brazo de su asaltante se había amarrado como una cadena y antes de que pudiese llevar la mano derecha hacia la pistola que guardaba en el abrigo, el hombre que tenía detrás le retorció el brazo y se lo llevó a la espalda. Fue cuestión de segundos que Julia perdiese la consciencia.



Irina, desconocedora de lo que ocurría a escasos metros de ella, continuaba su camino. Tenía un recuerdo vago de las calles de Irkust, de sus salidas del orfanato y de los meses que vivió allí con sus padres adoptivos. Pero no tuvo problema en llegar a la casa de madera de dos plantas en la que se encontraba el apartamento alquilado en el que debían estar esperándola. La niebla había desaparecido casi por completo dejando a la vista un cielo encapotado de gris blanquecino. El frío era intenso y notaba un ligero dolor en sus mejillas. Estaba a escasos pasos de la puerta cuando una voz a su espalda hizo que se helara la sangre.

—Irina, tranquila... me envía él.

Reconoció la voz. Se detuvo y sin mover los pies del suelo, giró la cabeza cubriéndose la cara con el cuello del abrigo. Yegor estaba allí, quieto, con los brazos caídos y las manos enguatadas a la vista. Llevaba un chaquetón corto de franela y sus pantalones vaqueros. Irina dudó sobre cómo reaccionar. No pudo evitar mirar hacia la casa de madera. En una de las ventanas de la primera planta se veía una luz encendida.

—En Ekaterimburgo habían introducido a alguien en el tren, pero no teníamos claro a quién... Realmente hasta que no has salido de la estación no he sabido con seguridad que se trataba de la provodnitsa... Ha representado su papel muy bien.

Irina se atrevió a girarse completamente. Ahora mismo no sentía el frío. Dio un paso hacia Yegor. Él continuó.

—Ella te estaba siguiendo. La he dejado inconsciente a un par de manzanas de aquí. Se recuperará en poco tiempo. Le he quitado el arma y los rublos que llevaba encima. También esto.

Yegor dio un par de pasos al frente. Entendía que Irina desconfiase. Estaban muy cerca. Lentamente se llevó la mano al bolsillo del chaquetón y sacó una pequeña cartera negra. Se la entregó a Irina que la tomó con cuidado. La abrió. Se trataba de un carnet, compuesto por dos hojas de fondo enmarcado y azulado, una en cada solapa de la cartera. La hoja del lado izquierdo estaba ocupada por el escudo del KGB y bajo él, la foto en blanco y negro de la mujer que Irina había conocido como provodnitsa, con gesto serio y uniformada con chaqueta militar y corbata. En la otra hoja aparecía el nombre de la mujer, la fecha de expedición del documento y algunos datos representados por siglas desconocidas.

Irina le devolvió la cartera a Yegor.

—Tenías que estar al tanto de esto. Díselo —le pidió lanzado una mirada fugaz hacia la ventana iluminada del edificio de madera—. Vuelvo al tren. Seguiré hasta Vladivostok. Ya sabes dónde estoy.

Sin más Yegor dio media vuelta y se alejó. Irina le observó hasta que desapareció por una calle. No le quedaban muchas más opciones a parte de confiar en aquel hombre. Miró su reloj. Faltaban cuarenta minutos para que el tren partiese. El tiempo, ya escaso, se había reducido por aquel imprevisto. Tenían que actuar rápido.



Julia abrió los ojos con dificultad. Aturdida se incorporó y se sacudió la nieve de la ropa. El dolor de cabeza era terrible y la sensación de frío se había multiplicado. Se sentó en un banco cercano. ¿Qué había pasado? Enseguida se dio cuenta de que le faltaba el reloj, la cartera y su identificador. Eso sí que era un problema. Comenzaba a haber movimiento de gente en las calles. Un hombre mayor se acercó.

—¿Se encuentra bien?

—Sí... creo que sí... me han atracado. ¿Tiene hora?

—Las seis y veinte.

Debía haber estado inconsciente un cuarto de hora y, ¡quedaban diez minutos para que su tren partiese! Tenía que pensar rápido.

Irina podría estar en cualquier sitio. No iba a ganar nada poniéndose a buscarla por la ciudad y menos sin su identificador.

—¡Tengo que irme!

Se levantó con urgencia y se llevó una mano a la cabeza. El hombre hizo el amago de ayudarla, pero Julia arrancó hacia la estación caminando con cierta dificultad. Sentía su intensa respiración. Llegó al andén con el tiempo justo para ver como los funcionarios del Transiberiano arengaban a la gente para que subiese a los vagones. Reconoció a uno de ellos. El que había sido su contacto en Ekaterimburgo.

—¿De dónde viene? ¿Le ha ocurrido algo? Está muy pálida.

—Estoy bien... tendré que usar la radio.

—Sí claro —el hombre sabía que no debía preguntar demasiado—... pero tenemos que salir ya.

—Bien, voy a mi cuarto... Luego me acercaré a la máquina.

—¿Quiere que le lleve algo caliente?

—No es necesario.

Julia subió a su vagón y se metió en el compartimento de la provodnitsa. Se quitó el abrigo y se sentó en el camastro. Se mojó la cara en el lavabo, se arregló el cabello con un moño y se cambió de ropa. Poco a poco entraba en calor, pero el dolor de cabeza remitía a duras penas. Trató de pensar. ¿Realmente la habían atracado o había tenido que ver con el hecho de estar siguiendo a Irina? Escuchó el fuerte silbido que anunciaba la salida del tren. Tras dos bandazos, comenzaron a moverse.

No podía esperar. Sacó dos juegos de sábanas del armario metálico en el que se guardaba la ropa de cama de los compartimentos y se dirigió con ellas al que hasta hacía unas horas ocupaba Irina. Llamó a la puerta y sin esperar respuesta la abrió. Una mujer de mediana edad tenía su maleta abierta sobre una de las literas inferiores. Estaba sacando algo. Y en una litera superior, sentada y apoyada contra la pared estaba Irina. Leyendo

tranquilamente un libro.

—Le dejo unas sábanas limpias —ofreció Julia a la nueva inquilina del compartimento, tratando de ocultar su asombro ante la relajada imagen de Irina.

No daba ninguna señal de preocupación. ¿Quizás porque realmente solo había salido a estirar las piernas? Era momento de utilizar la radio del tren para avisar del suceso. No iba a gustar en Moscú. Posiblemente su carrera como agente del grupo S había tocado fin.



Moscú

La nieve había llegado a Moscú. Un poco más tarde que en años anteriores, pero lo había hecho con fuerza. Las máquinas quitas nieves habían tenido que movilizarse de madrugada antes de que el tráfico de la ciudad lo hubiese hecho imposible. Gracias a ello los carriles del primer gran cinturón que rodeaba el centro de la capital soviética presentaban un asfalto despejado, con nieve sucia amontonada en los arcones, cuando Sergey tomaba la salida de la avenida Sakharova. Una voz monótona sonaba en la radio. Nada destacable en el noticiario matutino. En cualquier caso Sergey no lo escuchaba. Estaba enfrascado en sus pensamientos.

El cigarro que había encendido en la primera parada del atasco llegaba a su fin. Aspiró con fuerza y tras meter en los pulmones la última bocanada de humo que le podía proveer, llevó la colilla al cenicero rebosante. Podían verse motas de ceniza hasta en el último rincón de aquel coche. Pero a Sergey no le importaba y con eso era más que suficiente. No solía tener acompañantes.

El semáforo en el cruce con Dokuchaev se puso rojo. Se dispuso a encender un nuevo cigarrillo pero el ataque de tos fue demasiado fuerte y el mechero se le escapó de la mano y fue a parar bajo su asiento. La

maldita tos. Trató de alcanzar el mechero. Un coche comenzó pitar con insistencia. El disco verde se había encendido. Sergey arrancó y giró a la izquierda. No tardó en llegar a su destino. Un edificio gris de seis plantas y grandes ventanales, con una balconera en la zona central sobre el cuarto piso y con medio rosetón rematando la cumbre de la fachada, sobre la que ondeaba la bandera con la hoz y el martillo. Era la sede administrativa de la delegación del Partido en Moscú, donde hasta hacía un año y medio Dimitri Kozlov había ocupado el despacho principal. También Irina Kuznetsova había estado allí.

Sergey no había avisado de su visita, pero su rango le permitía aquellas displicencias. No estaba interesado en conocer detalles sobre el antiguo Secretario del Partido, sino sobre su secretaria.

Dirigió su vehículo hacia una calle estrecha en el lateral derecho del edificio y mostró su carnet del KGB al guardia de seguridad que custodiaba la entrada al aparcamiento. Este asintió.

—Las cuatro plazas del fondo a la derecha son para visitas —dijo retirando la barrera.

Sergey siguió las instrucciones. Tras estacionar se agachó para recoger el mechero y ansioso encendió el cigarro que llevaba en la boca desde el semáforo. Subió a la planta de recepción. Tras un alto mostrador de mármol se encontraba la recepcionista.

—Buenos días señor, ¿en qué puedo ayudarle?

—Avisé al Secretario. Dígale que el camarada Sergey Záitsev del Primer Directorio quiere verle. No más de diez minutos —Sergey se giró con los brazos a la espalda.

—¿Tenía concertada reunión?

—No —tosió.

—Pero...

Sergey dio media vuelta y clavó sus diminutos ojos en los de la mujer.

—¿Ve esto? —sacó su carnet y agarrándolo con fuerza se lo mostró—. No tengo mucho tiempo.

La recepcionista, atemorizada, se ajustó las gafas con el dedo índice y

marcó un número.

—Buenos días, un caballero del Primer Directorio quiere ver al Secretario... —miró con recelo a Sergey—. Es urgente.

Se escuchó una voz al otro lado y después un breve silencio. De nuevo la voz.

—Suba en ese ascensor a la sexta planta. Allí le atenderán.

Al salir a la sexta planta, Sergey se encontró con una pequeña recepción ocupada tan solo por una mesa de oficina y un cuadro con el retrato de Lenin. La ventana daba a un patio interior de cemento cubierto de nieve. Una joven trataba de ajustar un impreso en el rodillo de una máquina de escribir, moviendo la ruleta con la mano derecha y sujetando el papel con la izquierda para conseguir acertar con la zona punteada sobre la que debía escribir. La llegada de Sergey pareció importunarla en su tarea.

—Quería usted ver al señor Lavrov.

—Así es.

La joven se incorporó y pidió a Sergey que la acompañase. La siguió por un largo pasillo de techo alto con puertas de despachos a ambos lados. La última de ellas pertenecía a la del Secretario de Partido en Moscú. Pavel Lavrov, un títere allí colocado por el Politburó, con la principal cualidad de no mostrar ningún signo de desacuerdo frente a cualquier sugerencia que llegase desde el gobierno. Era un papel perfecto para un hombre gris como Lavrov en sus últimos años de servicio.

Al entrar en su despacho se lo encontraron sentado tras su escritorio, leyendo un documento sin demasiado interés.

—Por favor tome asiento, camarada...

—Záitsev —completó la joven con resignación.

No era necesario ser un gran observador para darse cuenta de que aquel hombre ya llevaba en el cuerpo más de un vodka. Sergey esperó a que la secretaria saliese del despacho antes de hablar. Trató de evitar un tosido pero no pudo conseguirlo.

—Disculpe que me haya presentado sin avisar —carraspeó un par de veces—, estamos trabajando en una investigación.

—Usted dirá —Tratándose del KGB y hablando en plural, Lavrov no tenía ninguna duda en dar todas las facilidades.

—Irina Kuznetsova, trabajó aquí hasta hace un par de años.

—No la recuerdo... —Lavrov hizo el esfuerzo de buscar en su memoria.

—No se preocupe, posiblemente ni siquiera llegaron a coincidir. Simplemente querría revisar su expediente y quizás entrevistar a al- quien que pudiese haber trabajado con ella.

—Por supuesto, en la primera planta está el departamento de recursos humanos. Allí le atenderán —el rostro de Lavrov se relajó, parecía que iba a librarse rápidamente de aquel tipo—. Ahora mismo aviso para que le atiendan. Y si necesita entrevistar a alguien hágalo con total libertad.

A Sergey le acomodaron en una pequeña sala de reuniones. Se había convertido en algo habitual últimamente. En pocos minutos dejaron sobre la mesa el expediente de Irina. Más extenso que el resumen que había recibido en Copenhague. Había una foto suya amarrada con un clip en la esquina superior derecha. Una chica realmente guapa, de semblante serio. Bajo su nombre figuraba una dirección de Moscú. La anotó en una pequeña libreta. Continuó leyendo y tomando alguna nota más.

No tardaron en llamar a la puerta. Una joven de cabello rubio y traje gris asomó la cabeza.

—Me han dicho que quería verme —dijo dubitativa.

—¿Nadia Kilrilenko?

—Sí.

Sergey asintió invitándola a tomar asiento. La observó tras la cortina de humo de su cigarro. La chica estaba incómoda.

—Según me han comentado usted es la persona que más relación tenía con Irina Kuznetsova —La mujer del archivo de recursos humanos lo había soltado sin necesidad de esfuerzo.

—Es posible.

Sergey se quitó el cigarro de la boca agarrándolo entre el dedo índice y

el pulgar, y lo apretó contra el cenicero. Comenzó a toser con fuerza y tuvo que sacar un pañuelo para taparse la boca.

—¿Por qué se fue Irina? ¿Tuvo algún problema?

—No, que yo sepa. Prefirió irse y ver otros lugares, supongo.

Hubo un ligero silencio mientras Sergey sacaba un nuevo cigarrillo de la cajetilla de tabaco.

—¿Dónde solía ir cuando no estaba en el trabajo?

—No lo sé. Era muy reservada con su vida privada. Realmente solo nos veíamos en el trabajo.

—¿Nunca salieron a comer o a cenar?

—Bueno, al principio sí, luego... dejamos de hacerlo.

—¿Luego? —un resquicio sobre el que hurgar.

—Sí, bueno, empezó a salir con un chico. Es lo normal. Yo también conocí a alguien y...

—¿Conoció a ese chico? —interrumpió Sergey.

—Le vi un par de veces al salir de la oficina... Ella nunca hablaba de él.

Un nuevo silencio. Un ataque de tos de Sergey. Le llevó unos segundos retenerlo para poder continuar.

—Señorita —echó el cuerpo hacia delante y apoyó los codos en la mesa, con las manos cruzadas frente a la cara—, le aseguro que esta sala es un lugar mucho más agradable que los que tenemos en mi oficina.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Nadia. Sergey le dio un poco de tiempo mientras encendía un cigarrillo y volvía a apoyarse relajado en el respaldo de la silla.



Sergey entraba en su despacho de Yasienievo. De la entrevista con Nadia podía concluir que Irina era una persona reservada, pero no si lo era por propia naturaleza o por otros motivos. La única información medianamente interesante conseguida era que había vivido con un hombre durante los últimos seis meses que pasó en Moscú y que ese hombre era un

tipo alto, de pelo moreno, ojos azul claro, que iba a buscarla a la salida del trabajo varios días de la semana. Nada más.

Justo cuando se disponía a guardar en el archivador del caso la hoja con las anotaciones de la entrevista y la copia del expediente de Irina, el teléfono comenzó a sonar.

—Aquí Sergey Záitsev.

—Buenos días señor. Tiene una llamada. Están usando la línea del Transiberiano. Es la tercera que le hacen esta mañana, pero usted no estaba.

—Pásemela inmediatamente —miró el reloj. El tren no podía haber llegado a Ulan Ude.

Hubo un breve silencio en la línea, seguido de un ruido de fondo. La comunicación llegaba vía radio.

—Sí —la voz de Julia Meritkova sonaba distorsionada—. ¿Sergey Záitsev?

—Hable.

—Ha salido de la estación en Irkust. Me han asaltado cuando la seguía y me han dejado inconsciente unos minutos. Ahora de nuevo en el tren, hacia Ulan Ude. Ella está en su compartimento.

Sergey apretó con tal fuerza el auricular que los nudillos se le pusieron blancos.

—Está bien. Llámeme desde Ulan Ude —y colgó el teléfono.

No quería intercambiar más información desde una línea que podía ser escuchada desde varios puntos de la red de comunicaciones del Transiberiano. Se sentó y colocó el historial de Irina frente a él. Con la boca apoyada en las manos entrelazadas, observó su foto. Parecía que iba a fulminar la imagen con la mirada.

Se levantó y se acercó a la ventana. El paisaje había adquirido el blanco habitual de aquella época. Costaba diferenciar al fondo los edificios más altos de la ciudad, difuminados por el pesado cielo grisáceo que se cernía sobre ellos. Y un poco más cerca se veía la ronda sur. Un río de tráfico gris que rompía la monotonía aplastante de la planicie nevada.

Sergey volvió a sentarse. Sacó de un cajón un pequeño bote blanco y se

tomó una pastilla. De nuevo puso su atención en la foto de Irina. “¿Qué estás haciendo muchacha?”. Descolgó el teléfono y marcó una extensión interna.

—Necesito un vuelo a Irkust. Sí, mañana a primera hora.



Vladivostok

Veinte kilómetros al norte de Vladivostok, a orillas de la costa en la bahía de Amur, se encontraba el complejo Okeanskiy. Fundado en 1927 como sanatorio, había ido expandiéndose paulatinamente. Ahora en sus más de cuarenta hectáreas disponía de varios edificios incluyendo un hotel, un restaurante e incluso una piscina climatizada, además de los propiamente dedicados a tratamientos medicinales. Se había reconvertido en lugar habitual donde encontrar militares y políticos gastando algunos días en épocas estivales.

Pero en ese momento apenas había huéspedes. Desde que al director del centro le confirmasen que había sido el lugar elegido para albergar el encuentro entre el presidente estadounidense y Brézhnev, todas las reservas a partir de mediados de Noviembre habían sido canceladas y no se admitía ninguna nueva hasta la segunda semana de Diciembre. Por ello y por la temprana hora, el lugar se presentaba desierto cuando Sasha y sus hombres enfilaban un camino flanqueado por esqueletos de setos. Los tres ataviados con abrigos largos grises y ushankas, y portando sendos maletines negros. No se escuchaba ningún sonido salvo el crujido de la nieve bajo sus botas y el silbido del suave viento al atravesar las ramas sin hojas de los árboles que se alzaban sobre el manto blanco.

Agradecieron el calor del interior del edificio administrativo al que accedieron. Allí les esperaba el teniente Mendeyev, responsable de la seguridad del complejo. Un hombre de cincuenta y tantos años, enjuto y de mediana estatura. Un poblado bigote resaltaba en su estrecha cara como un anuncio luminoso.

—Bienvenidos a Okeanskiy. Aunque esta no es nuestra mejor época — Estrechó con fuerza las manos de sus visitantes empezando por Sasha. Cada uno dio su rango y nombre—. Síganme.

Les invitó a pasar a una amplia sala con ventanales desde los que podían ver el camino que acababan de recorrer. En el centro de la sala habían colocado cuatro mesas blancas de un metro cincuenta por uno con el objetivo de conseguir una superficie lo suficientemente grande donde desplegar varios planos del complejo. Y sobre una mesa más pequeña, frente a los ventanales, café recién hecho junto con una bandeja repleta de galletas y bizcocho. Akim, Gregori y Sasha no pudieron disimular su atracción.

—Por favor, todo suyo —ofreció Mendeyev.

—Veo que lo tiene todo previsto —agradeció Sasha señalando con la mirada los planos.

—Están actualizados con las últimas instalaciones —el teniente marcó con el dedo índice varios puntos de la valla perimetral—. Estas son las cámaras que instalamos hace tres semanas. Ya están operativas.

—¿Desde dónde monitorizan? —Sasha quería aprovechar su tiempo.

—En una sala en este mismo edificio está el puesto de control de seguridad. Tenemos las pantallas de las cámaras y también el sistema de videograbación. ¿Quiere verlo?

—Sí, pero antes revisaremos los planos de instalaciones. ¿Hay alguno más a parte de los que tiene aquí?

—Déjeme pensar... Aquí están todos los planos de sistemas de seguridad del complejo, los de arquitectura de los edificios, planta por planta, con sus rutas de evacuación, y también planos de zonas comunes con recorridos de vehículos.

—¿Las instalaciones eléctricas?

—No, no pensé que necesitasen verlos.

—Sí, los necesitamos —afirmó Sasha con rotundidad.

—Y si disponen de planos de calefacción y ventilación, también— interrumpió Gregori mientras masticaba un trozo de bizcocho—, por favor.

—Bien, los pediré. En un momento estarán aquí.

Sasha colocó su maletín sobre la mesa y sacó un cuaderno y un bolígrafo.

—Esto nos llevará algunas horas. No tiene por qué acompañarnos. Simplemente con que me indique donde puedo localizarle en caso de que nos surja alguna duda será suficiente.

—Sí por supuesto —una pequeña decepción se dibujó en el rostro de Mendeyev—. Mi despacho está en este mismo pasillo, tres puertas más hacia el fondo.

—Ah, una cosa más, ¿el restaurante funciona estos días?

—Sí, no se preocupen. Si les parece les aviso cuando vaya a ir.

—Seguramente nos arreglemos con algo para tomar aquí mismo.

—Oh, sí por supuesto —una nueva decepción para Mendeyev, que veía como sus opciones de colaborar con aquel grupo de expertos enviados desde Moscú se diluían.

Durante las siguientes horas, los tres hombres del KGB revisaron metódicamente los planos que había sobre la mesa. Gregori se centró en los correspondientes a instalaciones mecánicas y eléctricas, mientras que Akim y Sasha lo hicieron sobre los de arquitectura e instalaciones de seguridad. Breves comentarios entre ellos y continuas anotaciones en sus respectivos cuadernos, marcando puntos críticos en los que sería necesario reforzar la seguridad, bien con alguna pequeña adecuación o bien apostando algún hombre durante el evento. El objetivo era no dejar ningún riesgo sin cubrir. Desde algún intento de acceso indebido hasta evitar un sabotaje en alguna instalación. No era la primera vez que un plan de atentado comenzaba con una pérdida inesperada de la iluminación.

Finalmente pasaron el día completo sin salir de la sala de reuniones que les habían habilitado, parando tan solo media hora para dar buena cuenta de la bandeja de bocadillos que una mujer ataviada con uniforme de cocina blanco les trajo a las doce en punto.

A las seis de la tarde salían por el acceso principal del complejo, rumbo sur. La noche se veía especialmente oscura en una zona prácticamente desierta, donde solo puntuales luces de casas diseminadas por el campo daban vida a aquel páramo. Sasha conducía con la mirada fija en el cono de luz generado por los focos del vehículo, que iluminaban la solitaria carretera cubierta por una fina capa de nieve.

—Será mejor que descansemos bien. Mañana volveremos aquí a la misma hora y comenzaremos a recorrer el complejo, edificio a edificio. En

un par de días quiero haber enviado el informe a Moscú.

Por el retrovisor vio que Gregori asentía ligeramente, sin quitar la vista del paisaje, en el que poco a poco iban apareciendo más puntos de luz a medida que se aproximaban a Vladivostok.

Aparcaron el coche justo enfrente del bloque en el que tenían sus habitaciones, pero se dirigieron directamente a la calle Fokina. Entraron en el primer local que se encontraron y tomaron asiento alrededor una mesa cuadrada cubierta con un mantel de cuadros rojos y blancos. Pidieron la típica sopa de pescado más un filete de venado, acompañado con unas cervezas. La conversación no fue demasiado animada y sin apenas sobremesa regresaron a descansar.

Sasha dejó sobre el escritorio su maletín y se quitó la ropa. Se duchó, esta vez sin tomarse tanto tiempo como el día anterior, y se puso un pantalón vaquero y un jersey de lana de cuello alto sobre dos camisetas de manga larga. Abrió el candado de su maleta y sacó una mochila que dejó sobre la cama. También cogió un llavero con tres llaves de un pequeño compartimento interior de la maleta y lo guardó en un bolsillo del pantalón. Agarró la mochila y la cubrió con el abrigo, de forma que quedase oculta. Bajó las escaleras y pasó frente al muchacho que dormitaba frente al televisor.

—¡Señor! —exclamó algo avergonzado—. ¿Necesita algo?

—Nada. Solo estirar las piernas un poco.

—Oh... abríguese.

Sasha asintió agradecido y salió al húmedo frío que reinaba en aquellas latitudes y que conseguía calar hasta los huesos. Se puso el abrigo y un gorro de lana. Comenzó a caminar hacia el interior de la ciudad, en sentido opuesto al puerto. En un par de ocasiones no pudo evitar palpar su S4M reglamentaria, guardada en un bolsillo interior del abrigo.

Llegar al bloque de veinte pisos de la esquina norte del parque Pokrovskiy le llevó veinticinco minutos. Sacó el llavero del pantalón y abrió la puerta del portal. Pulsó un interruptor y una luz fría iluminó inmediatamente el largo vestíbulo de terrazo y paredes blancas sin ningún tipo de adorno. Sin dudarlo subió por las escaleras hasta el quinto piso y buscó el apartamento siete. Usó las llaves para abrir las dos cerraduras de

la puerta. El apartamento al que accedió estaba congelado. Pulsó el interruptor que quedaba a mano izquierda y un tubo fluorescente comenzó a parpadear. Tras varios intentos desesperados consiguió estabilizarse manteniendo un zumbido permanente. El último inquilino había dejado la ventana del cuarto de estar abierta y las llaves de los dos radiadores cerradas. Sasha cerró la ventana y dejó la mochila sobre una silla. Uno de los radiadores estaba en el cuarto de estar y el otro en la única habitación. Abrió las llaves y hubo una serie de golpeteos en la tuberías. También purgó ambos radiadores. Esperaba que al día siguiente las calderas centrales del bloque funcionasen correctamente y consiguiesen convertir aquel apartamento en un lugar habitable, antes de que ella llegase. Al menos siempre tendría una buena vista desde la ventana del salón, con el parque Pokrovskiy a sus pies y al fondo las aguas de la bahía del Cuerno de Oro.

Y poco más podía hacer de momento allí. Liberado del peso de la mochila, Sasha abandonó el apartamento y volvió a salir a la fría noche. Antes de arrancar a caminar dio un repaso a la calle. Exactamente los mismos coches aparcados que vio al llegar. Levantó la vista. Ya pocos apartamentos tenían luz. Justamente en ese momento una gaviota solitaria cruzó el cielo y soltó un graznido. Quizás un saludo. Sasha sonrió, se colocó el gorro de lana y en segundos se convirtió en una sombra recorriendo las calles de la ciudad.

12 de Noviembre

Moscú

A la una de la madrugada Frederic Godman bajaba del taxi que le dejaba en el cruce de las calles Tverskaya y Mochovaya, donde se alzaban los hoteles Nacional e Intourist. El primero, un edificio art nouveau de principios de siglo veinte. El segundo una torre de veintitrés plantas de reciente construcción que rompía totalmente con la arquitectura neoclásica de la avenida, pero que personificaba la exclusividad que un extranjero con medios podía encontrar en la capital soviética. Ese era el caso de Frederic, un estadounidense de cuarentainueve años que desde hacía cuatro prestaba sus servicios al mejor postor. La experiencia y los contactos adquiridos durante veinte años en una multinacional informática americana, le había permitido lanzarse como consultor *freelance* de servicios tecnológicos, muy demandados en el país en el que se encontraba. El gobierno de Brézhnev había decidido frenar la investigación en la mayoría de los campos fuera del ámbito militar. Entre ellos estaba el computacional, que en años precedentes había dado grandes frutos bajo la dirección del profesor Lebedev. Ahora, con el régimen de secretismo impuesto, se hacía más fácil tomar prestadas soluciones tecnológicas occidentales que compartir información entre propios colegas. Todo había llevado a que en la Unión Soviética se comenzasen a crear computadores basados en plataformas americanas 360, y de eso Frederic Godman sabía un poco. Era consciente que en su país aquello no hacía ninguna gracia y que su trabajo con los soviéticos era seguido con lupa por los chicos de la CIA. Por ello Frederic nunca había compartido ningún documento de su anterior empresa y siempre se había basado en su conocimiento para ayudar en nuevos desarrollos.

En cualquier caso, la cuestión era que ahora prestaba sus servicios a los soviéticos y que estos se los remuneraban generosamente. Por ello podía permitirse alojarse en sus largas estancias moscovitas en lugares como el Intourist, en cuya recepción entraba ahora frotándose las manos, decidido a tomarse una última copa antes de subir a la habitación.

—Buenas noches señor Godman —el barman conocía las costumbres de un cliente habitual de la barra y sin preguntar rellenó con Dalmore un vaso de cristal labrado.

—Si no fuera por esto no podría entrar en calor en esta ciudad.

A pesar de la hora en el bar todavía había algunos clientes. Frederic los observó mientras daba un primer sorbo al excelente whisky escocés. Los dos primeros taburetes a su derecha estaban ocupados por dos tipos trajeados que charlaban bajo los efluvios del alcohol que ya llevaban dentro. Y al fondo de la barra, un hombre de pelo rubio muy corto, tomando una copa con la cabeza girada hacia la ventana. Ello impedía que desde la posición de Frederic se pudiese apreciar la gruesa cicatriz marcada sobre su ojo izquierdo.

Frederic se concentró en su vaso y en su relación con Vera. Llevaban casi un año viéndose, cada vez con más frecuencia. Lo que comenzó como una aventura de encuentros esporádicos, se había convertido en una relación estable. Frederic le había pedido a Vera que dejase a su marido y se fuese con él, pero ella necesitaba más tiempo y él podía entenderlo. ¿Por qué iba ella a apostar todo por un occidental que iba y venía? ¿Quién le aseguraba que uno de sus viajes no fuese el último? Pero realmente las intenciones de Frederic hacia Vera eran sinceras. Esperaría. Acabó su copa y dejó una buena propina sobre la barra. Casi al mismo tiempo los dos hombres a su lado pagaban sus consumiciones y salían del bar con caminar pesado.

Yegor en cambio siguió en su posición al fondo de la barra, sin intención aparente de moverse.



Kazimir estaba apoyado en la pared junto a la puerta. Llevaba cuatro horas en aquella habitación a oscuras. La 1711 en la decimo-séptima planta del Intourist. Estaba muy cansado, luchando por no quedarse dormido. Volvió a palpar por enésima vez la pistola que guardaba en el bolsillo y a repasar mentalmente el sencillo plan.

A las cinco de la tarde se había colado en el hotel acurrucado en el

asiento trasero del coche de Yegor. Este había aparcado en una de las plazas de parking asignadas a clientes y le había indicado como llegar a la habitación 1711 esquivando cámaras. Allí le tocaría esperar. Cuando terminase el trabajo bajaría de nuevo al parking y se volvería a meter en el coche de Yegor, que este estaría abierto. Por la mañana Yegor le sacaría de allí y le daría una buena cantidad de rublos. Un trabajo rápido que le permitiría correrse buenas juergas durante una larga temporada.

Era la una y media cuando escuchó pasos aproximándose. Se detuvieron frente a la puerta. Una llave se introdujo en la cerradura y el pomo giró. El hombre que entró no podía ver a Kazimir, justo tras la puerta. Encendió la luz y cerró la puerta. Al girarse se encontró con el cañón de un silenciador apuntando a su frente. No tuvo tiempo de reaccionar. Kazimir disparó. Frederic Godman se desplomaba en el suelo con un agujero en la frente.

Kazimir le observó un momento. Tenía pinta de yanqui. Había muchos en aquel hotel. No tenía ni idea de lo que habría hecho para que alguien hubiera querido que terminase así. Tampoco le importaba. Apagó la luz y justo cuando se disponía a salir de nuevo escuchó pasos. Esperó quieto como una estatua. Llamaron a la puerta. Un sudor frío le cubrió de forma instantánea. “Mierda”. ¿Quién coño podría ser?

—Kazimir

Fue solo un susurro. Tan solo una persona sabía que estaba allí.

Agarró la pistola con fuerza con la mano derecha y abrió la puerta con la izquierda, solo lo justo para ver quién era. Se encontró con Yegor mirando a un lado y a otro del pasillo.

—Déjame pasar—seguía hablando en susurros—. Rápido.

Kazimir terminó de abrir la puerta y Yegor entró.

—¿Qué pasa? Justo iba a bajar.

—Ha surgido un problema —respondió Yegor mientras encendía la luz y cerraba la puerta.

Se colocó frente al cadáver dando la espalda a Kazimir, que no dio

ninguna importancia al hecho de que Yegor llevase guantes. Tampoco se fijó en sus extrañas botas con suela de goma gruesa.

—Ha ocurrido ahora mismo —siguió Kazimir algo alterado—El muy capullo ha llegado hace cinco minutos. Me ha tenido aquí de pie jodido toda la puta tarde. Te juro que... ¡Pero... —prácticamente no tuvo tiempo de fruncir el ceño cuando Yegor se dio la vuelta apuntándole con una pistola al pecho. Le disparó a quemarropa en pleno corazón a menos de un metro de distancia—. Hijo de pu... —fueron las últimas palabras de Kazimir antes de comenzar a desangrarse sobre el suelo de la habitación.

Yegor observó la dantesca escena. Le quitó el silenciador a la pistola que había usado y lo guardó en un bolsillo. Sin dudarlo se agachó al lado de Frederic Godman y agarró su mano derecha. Estiró sus dedos y le colocó sobre la palma el arma con la que acababa de disparar a Kazimir. Le cerró la mano sobre ella y después volvió a abrirla para dejar definitivamente la pistola en el suelo a escasos centímetros de Godman. Esta no tenía número de serie. Seguir su rastro sería misión imposible.

Después se aproximó a Kazimir, con cuidado de no pisar la sangre que ya le rodeaba, y le introdujo un trozo de papel arrugado en el bolsillo delantero del pantalón en el que figuraba escrito a bolígrafo el número de teléfono directo del despacho de Sergey Záitsev.

La escena del crimen estaba lista. Se fue hacia la puerta y pegó la oreja. Ningún ruido. Salió de la habitación, a sabiendas que ninguna cámara apuntaba hacia ella. Bajó una planta por las escaleras de servicio y llegó a su habitación. Miró su reloj. Todavía no eran las dos. Se tumbó en la cama y puso la televisión con el volumen al mínimo.



A las siete de la mañana Yegor bajaba al restaurante de la primera planta vestido con un elegante traje gris, daba el número de habitación a una joven sonriente y se colocaba en una mesa con vistas a la avenida Tverskaya, ya atestada de coches. Tras rematar un generoso desayuno continental subió nuevamente a su habitación para recoger su maleta de cuero. Poco después estaba haciendo cola tras cuatro huéspedes que se

disponían, como él, a dejar el hotel. Cuando le llegó el turno pagó la factura a nombre de la falsa identidad que había usado como tapadera aquellos días en Moscú, distinta a la que había dado en el aeropuerto de Irkust tras finalizar el trabajo encomendado con Irina Kuznetsova.

Nada más salir se subió a uno de los taxis que esperaban en la puerta del hotel. Su destino era la terminal de vuelos internacionales de Sheremetyevo, donde tomaría un vuelo a Zurich. Allí estaba el banco al que pertenecía la cuenta bancaria donde le ingresarían el dinero por todos los servicios prestados. Para ello antes tendría que hacer una llamada telefónica. Usaría uno de los teléfonos públicos del aeropuerto.



Boris Andreyev estaba a punto de salir de su piso en la calle Kutuzovski cuando sonó el teléfono del vestíbulo. Estaba prácticamente al lado y descolgó antes del segundo timbre.

—Dígame.

—¿Es el consulado? —sin dar opción de respuesta, Yegor continuó— ¿Su horario de atención? Tengo todo en orden y pasaré por ahí a última hora de la mañana.

—Disculpe, se ha equivocado de número.

Inmediatamente la línea se quedó muda. Boris tardó un segundo en reaccionar. Era cuestión de tiempo que el MVD arrancase su investigación. No les debería llevar demasiado tiempo llegar al objetivo.



Irkust

El taxi arrancó dejando atrás la silueta de Sergey estampada sobre la niebla, con una maleta a sus pies y a escasos metros de las escaleras que ascendían hacia la entrada del edificio de ladrillo visto. Sobre ella un cartel rezaba “orfanato”, con letras de latón oxidado. Sergey había ido

directamente allí tras su llegada al aeropuerto de Irkust. No había otro hilo del que tirar en aquella ciudad. Realmente el extraño suceso ocurrido allí días atrás no dejaba ningún rastro que seguir.

Encendió un cigarrillo y tomó una profunda calada. Tosió. Sus pulmones rugieron furiosos. Con un pañuelo se limpió la boca. ¿Se habría acercado Irina por algún motivo al lugar donde había pasado los primeros años de su vida? En cualquier caso husmear por allí podría traerle algo interesante. Subió las escaleras y llamó al timbre de la puerta. Una mujer enorme abrió. Guardó silencio observando con cierto desagrado a Sergey.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Necesito hablar con el director —sin mediar más palabra mostró su acreditación del KGB.

La mujer asintió dejando libre el acceso a Sergey. Pasó a un oscuro vestíbulo del que partían unas escaleras desgastadas. Escuchó voces de niños y carreras procedentes de la planta superior. La mujer le pidió que le siguiera a través de un pasillo de paredes sucias. La primera puerta daba a un amplio comedor ocupado por hileras de mesas y pequeñas sillas. Más al fondo, un par de puertas que podrían guardar almacenes o archivos, y por fin el despacho del director. Allí, tras una mesa cubierta de torres de papeles y archivadores, costaba localizar al pequeño hombre que gestionaba aquel lugar. Era la contraposición de la mujer que le había llevado hasta él. Delgado, pelo lacio, vestido con un traje dos tallas más grande de lo necesario.

—Tiene visita —la mujer no se molestó en dar más explicaciones y se fue, dejando a Sergey bajo el marco de la puerta.

—Siéntese por favor —dijo el diminuto hombre con tono agudo, sin levantar la vista de los papeles que estaba leyendo—. Deme un segundo.

Sergey tomó asiento en una de las dos sillas acolchadas que seguramente utilizaban las parejas que allí se acercaban en busca de un pequeño.

—¡Sofía!

El grito del hombre cogió de sorpresa a Sergey, que no pudo evitar que

sus diminutos ojos se abriesen de par en par. Los pesados pasos de la enorme mujer comenzaron a sonar por el pasillo.

—¡No pienso aceptar esto! —extendió el brazo para entregar unos folios grapados a la mujer—. Si estos ladrones quieren seguir haciendo arreglos aquí, que no intenten tomarme el pelo. Díselo.

La mujer se encogió de hombros y se fue con el recado. El hombrecillo se levantó, bordeando la mesa como si se tratase de una montaña y ofreció la mano a Sergey. El flojo apretón de manos dejó a la vista el escaso interés del uno por el otro.

—Yasev Andropov para servirle. Usted dirá en qué puedo ayudarle.

—Sergey Záitsev. Primer Directorio —Sergey se llevó la mano al bolsillo del abrigo y sacó la ficha de Irina Kuznetsova doblada en dos partes—. Solo necesito revisar un instante sus registros.

Yasev recogió el papel y lo desdobló. La inmediata carcajada volvió a coger desprevenido a Sergey.

—¡Pero bueno! ¿Qué está pasando con esta chica? —apuntó con el dedo la foto en blanco y negro—. Hace una semana aquel hombre, ahora usted... ¿También del KGB?

—¿De qué hombre habla?

—No sé si estoy autorizado para darle esa información. Sabe que el acceso a nuestra documentación requiere de una orden especial.

Sergey clavó la mirada de tiburón en el hombrecillo.

—Estoy seguro entonces de que el hombre que estuvo aquí vino con esa orden. En caso contrario podría tener usted serios problemas.

Los finos labios de Yasev se tensaron, formando un extraño ángulo que podía ser una sonrisa.

—Representando usted a quien representa, quién soy yo para poner trabas. Sígame.

Salieron al estrecho pasillo que hacía escasos minutos había recorrido

Sergey. Ahora seguía la escuálida figura del director, que sacaba un poblado llavero del bolsillo del pantalón. Se paró frente a una de las puertas del pasillo y la abrió. Detrás se escondía una sala enorme con filas de estanterías repletas de archivadores de cartón. La luz era escasa y costaba leer los lomos de las cajas.

—Aquí está la historia de este lugar —Yasev extendió el brazo como si estuviera mostrando la sala del tesoro—. La información que pueda haber de esta chica tiene que estar en el año 1945.

Se adentraron en la sala, caminando entre las estanterías que casi tocaban el techo, formando pasillos que no llegaban al metro de anchura.

—Veamos... —Yasev se detuvo y comenzó a recorrer con el dedo los lomos— aquí está el 1945 —había cinco archivadores con el mismo año, clasificados por meses—. Esos años entraban aquí pequeños sin cesar. Veamos el mes de ingreso —el director revisó la ficha que Sergey le había entregado—. Febrero... Aquí lo tenemos.

Sacó la caja y se dirigió con ella a una mesa de madera oscura colocada al fondo de la sala. Sobre ella tan solo había un flexo de hierro con campana de cristal esmerilado. Flanqueando la mesa dos sillas de respaldo curvo.

Yasev dejó la caja sobre la mesa. Antes de encender el flexo pasó enérgicamente la palma de la mano sobre la superficie para eliminar en la medida de lo posible la capa de polvo. Aun así, cuando la bombilla cobró vida, descubrió los rastros dejados por la mano del director.

—Todo suyo.

—Supongo que... —Sergey se llevó la mano a la boca y tosió—... que anotaría en algún lugar el nombre de la persona que estuvo aquí.

—Sí, claro. Llevamos un control absoluto de las visitas... Entenderá que también debo incluirle a usted en la lista.

—No veo inconveniente —Sergey encogió los hombros—. Y si es tan amable, dígame el nombre del caballero.

—Tengo la lista en mi despacho. Enseguida regreso con el nombre.

—... y con un vaso de agua.

Yasev asintió y dejó a solas a Sergey frente a la mesa. Observó la caja un instante. Se rascó la barbilla donde la incipiente barba comenzaba a florecer. Con sus gruesos dedos retiró la tapa, dejando al descubierto folios amarillentos entre los cuáles sobresalían de vez en cuando separadores que marcaban fechas. En una carpetilla aparte, se guardaba la hoja de registro. La sacó y la colocó bajo el flexo. Recorrió con la mirada la columna de fechas hasta llegar al 25 de Febrero. Ese día solo habían entrado dos niñas. En la columna de nombres vio el de Irina y bajo el suyo, el de otra niña, Zhanna.

Sergey volvió al archivador. Con delicadeza fue tocando los separadores hasta dar con el 25 de Febrero. Allí estaba la ficha de Irina, con una foto amarrada con un clip que mostraba el rostro de una niña asustada, despeinada y de ojos enormes. Hacía mucho tiempo que a Sergey no le acechaba el sentimiento de lástima. Le costó identificarlo, pero fue un momento efímero. Sus pupilas se ennegrecieron antes de la revisión a fondo de la ficha. En ella se hablaba de los padres adoptivos y de los padres biológicos de Irina. Nada que no supiera sobre el ingeniero Vladimir Kuznetsov y sobre su esposa. Respecto a los padres biológicos leyó que el padre fue un sargento del ejército caído en la batalla de Stalingrado en Enero del cuarenta y tres. La madre había fallecido dos años después a consecuencia de unas fiebres. Se indicaba que habían dejado dos niñas huérfanas.

—Dos niñas —Sergey lo dijo en voz alta.

Volvió a la hoja del registro y apuntó hacia el nombre de Zhanna. De nuevo se fue al archivador. En el separador del 25 de Febrero no había más fichas. Buscó en días anteriores y posteriores. Ni rastro de Zhanna. Se sentó en una de las sillas con los brazos cruzados, clavando la mirada en la hoja de registro. Inmóvil. Escuchó unos pasos. Entre las sombras de las estanterías surgió el diminuto Yasev, portando en una mano un vaso de agua y en la otra la lista de visitas.

Sin mediar palabra Sergey le arrebató el vaso. Se llevó a la boca una de sus pastillas y se bebió el agua de un trago.

—El nombre.

—Sí... aquí lo tengo. Sasha Ivanov.

—¿Le dejó solo aquí como a mí?

—Pues supongo que sí.

—No suponga —Sergey seguía sentando con la mirada fija en la hoja de registro.

—Sí, sí —por primera vez Yasev sintió temor—. Me pidió una hoja y un bolígrafo para tomar notas. ¿Ocurre algo?

—La ficha de esta niña —Sergey colocó el dedo sobre el nombre de Zhanna—. No está.

—Déjeme ver —Yasev revisó el archivador—. Efectivamente no está... ¿Cree que se lo pudo llevar por algún motivo ese hombre? No entiendo...

—Describámelo.

—¿Ese hombre?... Sí, claro, lo recuerdo. Era alto. Quizás un metro noventa. Moreno... Y con ojos muy claros. Sí, eso es. Era un tipo educado —la última frase sonó a reproche.

Sergey se incorporó para sacar un pañuelo del pantalón. Comenzó a toser con fuerza. Yasev dio un paso atrás instintivamente.

—Necesito una sala con teléfono.

—Bueno, aquí solo tenemos teléfono en mi despacho y en la sala de conserjería. No tenemos salas de reuniones, ni... .

—Su despacho estará bien.

Los labios de Yasev no llegaron a separarse para rebatir la petición. Mejor que aquel tipo hiciera las malditas llamadas que tuviera que hacer y se fuese cuanto antes de allí.



Sergey estaba incómodo en la chirriante silla del director. Le dolía la espalda y el respaldo demasiado reclinado del trono de aquel tipejo estaba agravando el malestar. Había llamado al secretariado de su departamento en Moscú, solicitando información sobre Sasha Ivanov. Tenía el auricular pegado a la oreja, escuchando a la secretaria que se había hecho cargo de las indagaciones.

—Y a hemos dado con él. Sasha Ivanov es oficial de la Fuerza de Guardias del Kremlin, bajo el mando de Alexey Volkov.

—Facílitame el teléfono de Volkov.

La eficiente joven no tardó en conseguirlo. Sergey miró la hora de su reloj. Teniendo en cuenta el desfase horario, el capitán Volkov ya podría estar en su despacho. Marcó el número y la voz de una mujer le atendió.

—Sí, el señor Volkov está. ¿Puede repetirme su nombre?



Moscú

Alexey mantuvo la mano sobre el teléfono tras colgarlo. Justificar la actuación de Sasha Ivanov en el orfanato de Irkust, exigía demasiado esfuerzo. Tendría que comprobar el nombre de Irina Kuznetsova, aunque estaba prácticamente seguro de que se trataba de la mujer con la que Sasha había mantenido su última relación. Pero eso no explicaba que hubiese tenido que ir hasta la lejana ciudad de Irkust para revisar su expediente en el orfanato. ¿Qué podía justificar aquel viaje? ¿Alguna investigación sobre la chica? Quizás Sasha sospechaba que estuviese involucrada en algún asunto y su hombre estaba moviéndose por cuenta propia. O quizás simplemente estaba obsesionado por ella, le había perdido la pista y había decidido empezar por sus raíces.

Fuese lo que fuese le inquietaba la situación, más teniendo en cuenta la tarea en la que Sasha estaba involucrado. Necesitaba una respuesta clara de su oficial o en caso contrario lo sacaría inmediatamente de la misión encomendada y se lo traería de vuelta a Moscú para que diese las explicaciones oportunas. Y todo a pesar de que Sasha estaba desarrollando su labor a la perfección. Los informes que había enviado sobre el complejo Okeanskiy, donde se desarrollaría la cumbre, habían dado detalles milimétricos sobre las acciones a acometer en el lugar para mejorar la seguridad. De hecho ahora su labor se centraría en supervisar que dichas mejoras se implantasen correctamente.

Lo mejor sería hablar el asunto con Nikolay Morozov. En breve aterrizaría en Vladivostok para los preparativos de la llegada del Secretario General, que en pocos días estaría allí con todo su séquito. Le

pediría a Nikolay que hablase con Sasha y también que indagase sobre la misteriosa Irina Kuznetsova. A parte de que Sasha hubiese actuado de aquella forma por ella, lo cierto era que el agente del Primer Directorio que le había llamado, el tal Sergey Záitsev, también estaba encima de la mujer y según le había indicado pretendía desplazarse a Vladivostok para investigar sobre el terreno. ¿Por qué tenía que pasar esto justo ahora? Alexey maldijo en voz alta.

Vladivostok

Vladivostok es una ciudad joven. Su origen se remonta a mediados del siglo XIX cuando allí se estableció un puerto franco para importaciones. Pocos años después arrancó la construcción de la línea transiberiana. En los primeros años del siglo XX se fundaron dos conservatorios, dos teatros y varias orquestas sinfónicas. Más tarde los bolcheviques convirtieron la ciudad en la base de la Flota Naval del Pacífico. Hasta el año 1991, Vladivostok fue una ciudad cerrada.

14 de Noviembre

El tren había reducido su marcha varios minutos atrás, avisando de su llegada al punto final de la línea Transiberiana. Como el resto de pasajeros, Zhanna preparaba la maleta. Habían pasado tres días desde el encuentro con Irina en el apartamento de Irkutsk.

Su viaje clandestino había transcurrido sin ningún incidente. La provodnista había seguido actuando con normalidad e incluso había tenido la suerte de disponer del compartimento para ella sola desde Javarosvk, donde sus últimos compañeros de viaje se habían apeado. Ahora los nervios comenzaban a florecer. Repasó mentalmente las últimas instrucciones que Irina le había dado mientras intercambiaban la ropa.

En base a la historia de Irina, debía contar con que tendría ojos encima en cuanto pisase la calle en Valdivostok, pero como también le había dicho su hermana, si actuaba con naturalidad, nada debería salir mal. Tenía que ser así. No podría perdonarse no volver a ver a Gavrel. Trató de tranquilizarse. Si lo que le había contado el hombre que la visitó en Listvyanka un mes atrás era cierto, nadie debería seguirle el rastro.



El chirrido de los frenos cesó dejando un profundo silencio con olor a hierro en los andenes de Yaroslavl, la estación principal de Valdivostok. Las puertas de los vagones se abrieron simultáneamente y los pasajeros comenzaron a bajar en un goteo incesante. Caras admiradas en unos casos y decididas en otros. El agente Davidov, apoyado en la pared con un cigarrillo en la boca, las observaba todas con atención mientras apretaba el papel arrugado con la foto de Irina Kuznetsova que guardaba en el bolsillo del abrigo. Las órdenes de mantenerla bajo vigilancia venían de un oficial de Moscú llamado Sergey Záitsev. No tardó demasiado en dar con ella. A

pesar de vestir discretamente, la chica destacaba como una estrella de cine entre la muchedumbre. Pegó una última calada al cigarrillo y lo tiró al suelo. Comenzó a moverse con parsimonia entre la gente a cierta distancia de la chica. Ella se dirigía hacia la salida con su pesada maleta. En la parada de taxis un agitado funcionario señalaba a los pasajeros el siguiente taxi libre. La chica siguió sus órdenes y subió a uno de ellos. Davidov aceleró el paso para llegar a su coche. Sin quitar la vista del taxi arrancó el vehículo y se incorporó a la avenida. Una camioneta y dos coches le separaban de “su taxi”.

Salieron del casco urbano y siguieron casi una hora por diversas carreteras hacia el norte hasta llegar a Solovey, un pueblo de casas desperdigadas de planta baja con corrales anexos. Por fin el taxi se detuvo frente a una de ellas. Davidov siguió con su coche unos cuantos metros más hasta el final de la calle. Aparcó frente a una pequeña tienda de comida con los cristales sucios. A través de ellos se veían tres o cuatro mesas en las que se podría tomar un café. Giró ligeramente el retrovisor para tener una buena visión del taxi. La chica bajó y el taxista le dio la maleta. Durante un momento vio como esta se quedaba quieta con la maleta a sus pies mirando la casa que tenía enfrente. No se movió hasta que la puerta de la casa se abrió y una anciana envuelta en una gruesa bata le hacía un gesto para que se acercase. La joven cogió su maleta y entró en la casa. Davidov esperó unos minutos y salió del coche hacia la poco apetecible tienducha.

—Buenos días —saludó al hombre calvo con palillo en la boca y barba de tres días que estaba tras el mostrador. Este le hizo un gesto a modo respuesta—. ¿Se puede tomar un café?

—Claro que se puede —el hombre pasó las manos sobre el amarillento delantal y se puso manos a la obra con la cafetera.

Davidov cogió una bolsa de patatas fritas de una estantería y se sentó a la mesa más próxima al ventanal. Desde allí se veía la casa.

—Aquí tiene su café —el hombre se lo colocó al lado de la bolsa de patatas.

—¿Sabe quien vive ahí?

El hombre miró hacia la casa frunciendo el ceño.

—¿La señora Galina? ¿La viuda de Vasíliev? Vive sola desde hace años. ¿Qué pasa?

—No pasa nada. ¿Tiene teléfono?

—... en la trastienda —señaló hacia una destartada puerta tras las estanterías.

Davidov dio un sorbo al café. Fue suficiente. Seguramente el refrigerante de su motor hubiera tenido mejor sabor.



Zhanna sintió compasión por aquella anciana nada más entrar en la casa. Hacía un frío terrible. La mujer le pidió que la siguiese hasta una habitación que daba al patio trasero de la casa, donde unas gallinas deambulaban picoteando el suelo en busca de granos de cereal perdidos.

—Esta será tu habitación Zhanna —marcó el nombre.

—Estaré bien.

Una de las paredes estaba desconchada por la humedad y flotaba en el ambiente cierto olor rancio. Zhanna dejó su maleta sobre el camastro haciendo crujir los muelles y pasaron de nuevo a la sala de estar. Se sentaron frente a la chimenea, donde Galina tenía una silla grande de mimbre cubierta de viejas mantas. Sin duda allí debía pasar buena parte del día.

—Siéntate por favor, nos tomaremos un té.

Ofreció un sillón bajo próximo a la chimenea. Zhanna se dejó caer sintiendo inmediatamente el calor del fuego. Galina desapareció en la cocina. Se oyó ruido de cacharros y en un momento reapareció con una pequeña bandeja con dos tazas y un plato de pastas. La dejó sobre una mesita al lado del sillón.

—¿Qué tal está Irina? —preguntó Galina mientras removía un tronco grueso sobre la brasas.

—Nos vimos en Irkust, pero solo durante quince o veinte minutos — Zhanna se preguntaba hasta que punto aquella buena mujer sabía lo que estaba ocurriendo—. Está bien. En unos días estará por aquí, después de... Galina... ¿Qué le ha contado Irina?

Una sonrisa iluminó el rostro de la mujer. Por un instante pareció rejuvenecer.

—Siempre he mantenido correspondencia con Irina. Cuando estaba en Moscú, después en Copenhague. Desde allí me enviaba postales. Parece una ciudad muy bonita. Tan diferente a esto... —dirigió la vista hacia la ventana y se quedó con la mirada perdida en el paisaje descolorido—. También hablamos por teléfono alguna vez, pero es caro y además está la diferencia horaria. La hora de Vladivostok no le va bien a nadie —volvió a sonreír.

—Sí, a mí también me gustaría haber estado más con ella, pero este país es tan grande —Zhanna suspiró y relajó el cuerpo. De repente sintió como el cansancio la invadía... Pero, sabe qué...

—Cuando Irina era pequeña vivió aquí algunos años —interrumpió Galina—. Destinaron a mi hermano Vladimir a Vladivostok para una de sus obras. Él era un gran hombre —nombrar a su hermano la entristeció—, siempre se preocupaba por todo el mundo que tenía alrededor. Es increíble lo que pasó después en Perm...

—Galina...

—No espera —Galina hizo un gesto con cabeza—. No quiero irme por las ramas. Cuando Irina estaba aquí se quedaba conmigo si nadie podía encargarse de ella. La esposa de Vladimir comenzó a trabajar y a veces era complicado. Incluso llegó a pasar alguna semana entera en esta casa. Irina era una niña muy reservada, pero siempre ayudaba con las tareas y jugábamos mucho.

Zhanna escuchaba atenta a la anciana. Se temía que aquella conversación no iba resolverle ninguna duda, pero no pensaba interrumpirla. Ya habría tiempo.

—Uno de los juegos consistía en cambiar el significado de letras o de

palabras, y escribir mensajes que la otra debía descifrar. A veces manteníamos conversaciones con significados ocultos frente a Vladimir para tomarle el pelo. Llegamos a crear un sencillo código que solo nosotras conocíamos —Galina volvió a sonreír—. Como te decía he intercambiado muchas cartas con Irina, alguna muy largas... En las últimas comenzó a incluir párrafos en los que estaba usando nuestro código. Todas esas cartas están ahí —señaló el fuego—, así que respecto a tu pregunta, la respuesta es sí. Lo sé.

Aquella historia familiar realmente escondía eso. Zhanna vio el brillo en los ojos de Galina.

—Mientras estés aquí tendremos cuidado con los detalles. Como por ejemplo con el coche negro aparcado frente a la tienda de comida.



Nadie esperaba a Irina cuando se apeó del vagón en Yaroslavl. Había permanecido en el apartamento de Irkust seis horas más desde la partida de Zhanna, ocupando ese tiempo en revisar la documentación que usaría en los próximos días. Documento de identidad, carnet de prensa. Su nuevo nombre sería Svetlana Baranova. Todo estaba en orden. Incluso su foto, con gafas de pasta gruesa y pelo recogido figuraba en ambos documentos. Se la había hecho él en el motel de Aparinki la noche que llegó desde Copenhague. Quien hubiese hecho aquellas falsificaciones realmente era un profesional. También estaban allí las llaves del apartamento que ocuparía en Vladivostok.

Tenía que confiar en que su “mano negra” hubiese introducido el contrato de trabajo de Svetlana en los archivos centrales de Izvestia en Leningrado, uno de los periódicos que expresaba la opinión oficial del gobierno soviético. También debería figurar en algún lugar la orden en la que Svetlana era enviada a Vladivostok para cubrir la noticia. Irina no tenía forma de corroborarlo, así que debería seguir adelante con esa incertidumbre.

Salió de la estación y tomó un taxi rumbo al apartamento del parque Pokrovskiy. La carrera fue de veinte minutos. Se apeó y miró el inmenso bloque de pisos, similar a otros cinco en la misma calle. Accedió a su portal y subió al quinto piso. Caminó por el pasillo en el que un aplique de la pared parpadeaba intentando encenderse sin conseguirlo. Entró en el apartamento siete y cerró la puerta tras ella. Observó con atención antes de dar un paso. Allí estaba la mochila sobre una silla. Fue directamente hacia ella. Abrió la cremallera y sacó la obra de Roger Barraud. A simple vista una cámara fotográfica Zenit con objetivo especial constituido por varios anillos de enfoque y de diafragma estriados que le concedían una longitud de veinticinco centímetros. Al colocarla sobre la mesa camilla junto a la ventana, sintió el calor del radiador. Se alegró de que la calefacción funcionase.



Las modificaciones sobre las instalaciones de Okeanskiy avanzaban al ritmo adecuado a pesar de los ajustados plazos. El día D estaba encima. Todas las acciones reflejadas en el informe que Sasha había redactado, habían sido aprobadas de inmediato. Desde la ampliación de las cámaras de seguridad perimetrales, hasta la instalación de un sistema de emergencia capaz de alimentar la iluminación completa del edificio en el que se iban a desarrollar las negociaciones y en el que se alojarían los miembros más importantes de las delegaciones.

Sasha sostenía una taza de café mientras charlaba con los técnicos que trabajaban en la ampliación del sistema de grabación del circuito cerrado de televisión. Debido a la importante ampliación en la cantidad de cámaras, había sido necesario cambiar el sistema completo.

—Ya está prácticamente listo. Hemos tenido suerte de disponer del videograbador que necesitábamos. Lo hemos tenido que retirar de la instalación a la que iba destinado... pero lo primero es lo primero — comentó uno de los técnicos.

El sonido de un motor hizo que Sasha desviara la mirada hacia la ventana. Un enorme camión con grúa portaba una carga tapada con una

lona azul amarrada con gruesas cuerdas. El grupo eléctrico. Vio como Gregori salía por la puerta de edificio y le hacía señales al camión marcándole la vía que debía seguir para llegar al lugar de descarga. Cuando el camión giró para tomar el camino que bordeaba el edificio principal, dejó a la vista un Chaika negro que le apuntaba con sus dos focos amarillos. Sasha dejó la taza sobre una mesa y agarró su abrigo. Al salir al pasillo se encontró con el teniente Mendeyev, también dispuesto a hacer lo honores a la nueva visita. Juntos salieron a la gris mañana justo cuando dos hombres salían del vehículo. Uno de ellos era Nikolay Morozov. Su llegada era esperada, pero no la del otro hombre, que comenzó a toser con fuerza nada más salir de coche. Sacó un pañuelo arrugado de alguna parte y se limpió la boca.

—Me alegro de verte Nikolay —Sasha le estrechó con fuerza la mano.

—¿Qué tal van las cosas por aquí? —el asentimiento de Sasha sirvió de respuesta. Nikolay hizo un ligero movimiento con la cara—. Me acompaña el camarada Sergey Záitsev... del Primer Directorio. Quiere hablar contigo.

—Disculpe que me haya presentado de esta manera —Sergey extendió su mano hacia Sasha—. Sé que estos días está muy ocupado, pero es necesario que hablemos sobre un asunto. Espero robarle el menor tiempo posible.

Las miradas de los dos hombres se mantuvieron fijas durante un instante. Sasha asintió de nuevo, esta vez con rostro sombrío.

—Puedo acomodarles en una sala para que estén tranquilos —Mendeyev necesitaba entrar en escena—. Soy el responsable de la seguridad del complejo. El trabajo que estamos realizando está siendo realmente productivo —le estrechó la mano a Nikolay y a Sergey.

Los cuatro hombres entraron en el edificio. Mendeyev les guio hasta la primera planta y les ofreció un despacho vacío que daba a la fachada principal.

—Les dejó tranquilos. Ya saben dónde estoy si necesitan algo.

¿Me acompaña? —preguntó dirigiéndose a Nikolay.

—Si no tienen inconveniente, me gustaría estar presente —la voz grave

de Nikolay siempre sonaba como una orden.

—Ningún inconveniente por mi parte —accedió Sasha. Sergey encogió los hombros y sacó la cajetilla de cigarros.

—... bien... pues les dejo —Mendeyev se fue con la sensación de ser el único que no estaba invitado a la fiesta.

Los tres hombres se sentaron en las sillas disponibles alrededor de una mesa redonda.

—¿Un cigarrillo? —ofreció Sergey, llevándose uno a la boca. Tanto Sasha como Nikolay negaron con la cabeza—. Vaya, no hay ceniceros. Bueno... supongo que no habrá problema en barrer unas cenizas.

Sergey prendió el cigarro y soltó una espesa voluta de humo que dibujó una columna informe al trasluz de la ventana. Las primeras cenizas cayeron al suelo.

—Iré al grano camarada Ivanov —tosió—. ¿Puede confirmarme si conoce a la señorita Irina Kuznetsova?

—Irina... —Sasha se retorció en su asiento—. Sí. ¿Le ha ocurrido algo?

—No. Está perfectamente. Según tengo entendido mantuvieron una relación hace algún tiempo.

—Está entrando en asuntos personales señor Záitsev. Por favor dígame exactamente qué ocurre y quizás así pueda ayudarle.

—Ocurre que la señorita Kuznetsova es objeto de una investigación —los ojos de Sergey se ennegrecieron. El tiburón se disponía a atacar—. Y a juzgar por su visita al orfanato de Irkust, usted también está buscando algo.

—¿Puedo saber por qué está siendo investigada? —Sasha no quería dar su brazo a torcer con facilidad.

—Se trata de un asunto confidencial, pero puedo decirle que hay hechos que justifican tener ciertas sospechas sobre ella.

—Camarada Záitsev —la voz de Nikolay rompió el intercambio de golpes—. Se dará cuenta del trabajo que estamos realizando. No podemos gastar tiempo en un caso basado en conjeturas y sospechas. Le ruego que sea más claro.

La tensión podía cortarse en el aire. Antes de que Sergey pudiese replicar, llamaron a la puerta.

—Siento interrumpirles —Mendeyev se asomó con cara de circunstancias—. Dos caballeros del MVD preguntan por usted —dijo dirigiéndose a Sergey.

—¿Por mí? ¿Qué quieren?

—No me lo han dicho, pero piden verle de forma inmediata.

—Está bien —“¿qué coño querría la maldita Militsiya?”—. ¿Puede subirlos aquí?

—Por supuesto.

Mendeyev cerró la puerta. Sergey volvió la vista hacia Sasha que se había levantado y le daba la espalda. Tenía la mirada puesta sobre un Lada 1600 que había aparcado al lado del Chaika de Nikolay, ya cubierto por una fina capa de nieve.

Nadie volvió a pronunciar una palabra hasta que los dos agentes del MVD aparecieron con Medeyev. Tras las correspondientes presentaciones, el agente que parecía estar al mando se dirigió a Sergey.

—Debo pedirle que nos acompañe a nuestras oficinas.

—No ve que estoy ocupado —Sergey despreciaba al MVD. Lo consideraba un cuerpo de rango menor dentro del entramado militar soviético. Después de varias vueltas en su historia, finalmente se había convertido en la policía del estado—. Díganme la dirección de sus oficinas e iré en cuanto me sea posible.

—Lo siento camarada Záitsev, pero tenemos órdenes de llevarle con nosotros. Ahora.

—¿Órdenes de quién? —Sergey lanzó el cigarrillo contra el suelo y lo pisó con fuerza. Tosió.

—De Moscú.

—¿De Moscú? ¿Se puede saber por qué?

—Sí —el agente miró dubitativo a los hombres de la sala.

—¡Vamos! ¡Dígalo! —una vena tomó relieve en el frente de Sergey.

—Se le acusa de ordenar un asesinato.

—¡Qué cojones está diciendo! —Sergey estaba fuera de sí. Comenzó a toser con fuerza. Esta vez durante varios segundos—. ¿El asesinato de quién?

—De un americano —el hombre del MVD volvió a mirar de soslayo a los presentes en la sala. No estaba seguro de hasta qué límite podía soltar información, pero dada la resistencia de Záitsev, no veía más alternativas —

Su nombre era Frederic Godman.

—Frederic Godman, ¿quién coño es ese!

—Por favor señor Záitsev, creo que es mejor que nos acompañe para poder darle las explicaciones oportunas.

Sergey negó con la cabeza. Si se le estaba acusando de asesinato, no le quedaba más remedio que acompañar a aquellos hombres. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero era demasiada casualidad que ocurriese justo cuando parecía agarrar un hilo del que tirar en su investigación. Y él no creía en las casualidades. Lanzó una mirada a Sasha y le señaló con el dedo. Parecía que iba a decirle algo pero lo único que hizo fue coger su gabardina y salir de la habitación. Los agentes del MVD le siguieron.



El ambiente estaba muy cargado después de tres horas de interrogatorio. En la sala sin ventanas solo había una mesa metálica rodeada por cuatro sillas de respaldo de madera. Y sobre la mesa, un solitario teléfono. Sergey había recibido las explicaciones oportunas y las posteriores preguntas por parte del agente del MVD que estaba al otro lado del aparato, hablando desde Moscú. Los dos hombres que le sacaron de Okeanskiy habían estado todo el tiempo junto a él tomando notas. Sus rostros no ocultaban la desconfianza hacia todo lo que salía de la boca del hombre del KGB. Arrastraron las sillas y se incorporaron. Uno de ellos estiró la espalda con gesto de dolor.

—¿Tengo derecho a un cigarro? —Sergey habló mirando a la pared.

Como respuesta escuchó el sonido de la puerta cerrándose a su espalda. Apoyó los codos en la mesa y hundió la cara entre las manos. Se dio cuenta de que estaba sonriendo. No podía evitar cierta admiración por quien quiera que estuviese detrás de la retorcida trampa en la que había caído, justo cuando creía estar llegando a algún punto de luz.

Irina Kuznetsova, Sasha Ivanov, Dimitri Kozlov, Ansgar Rasmussen, Roger Barraud. ¿Quién dirigía los hilos? ¿Quién había sido capaz de entrar en su despacho de Yasienievo para dejar una foto robada de Frederic

Godman? ¿Quién había organizado el asesinato de aquel tipo? Las investigaciones iniciadas por el MVD moscovita tras encontrar el cadáver del americano en la habitación del hotel Intourist, habían llevado de forma inequívoca hacia él. Se trataba del amante de su mujer. Ella misma lo había confirmado en un interrogatorio un día atrás. El papel encontrado en un bolsillo del pantalón del asesino de Frederic Godman, en el que estaba anotado el teléfono directo de su despacho en las oficinas del KGB, era difícil de justificar.

Todo indicaba que él había contratado a alguien en los fondos del hampa para que acabase con la vida del amante de su mujer, intentando hacerlo pasar por un robo en el hotel, pero que se había torcido cuando el americano había sacado un arma para defenderse. Si la conclusión final era aquella, podía contar con pasar unos cuantos años en algún gulag siberiano. Increíble.

La puerta de la sala se abrió de nuevo, pero nadie entró. Sergey giró lentamente la cabeza para ver de reojo a tres agentes uniformados. Uno de ellos le pidió que les acompañase. Tras un estertóreo tosido Sergey se incorporó, se limpió la boca con su pañuelo y salió al largo pasillo que finalizaba en un patio cerrado por altos muros de hormigón. Un furgón gris con los portones abiertos le esperaba. Ni siquiera se molestó en preguntar el destino. Dada su posición posiblemente pasaría antes por Moscú para enfrentarse a un nuevo interrogatorio y quizás para visitar a Vera. En el viaje tendría tiempo de sobra para buscar algún resquicio que pudiera salvarlo.

15 de Noviembre

7:30 a.m.

Irina se acercó al local acordado de la calle Fokina. Con el *Izvestia* bajo el brazo, el pelo teñido de negro recogido en un moño y las gafas de pasta, a cuya ligera graduación se había casi adaptado. Se sentó en un taburete al final de la barra y dedicó quince minutos a la lectura de “su” periódico mientras tomaba un café. Era el lugar que había fijado con Sasha la noche de Aparinki. La misma noche en la que había llegado de Copenhague. En la habitación del motel habían elegido el punto exacto de su cita sobre un plano de Vladivostok. Sería su último encuentro antes del día D.

Un par de oficiales de la armada entraron en el local sacudiéndose el polvo de nieve de los hombros y ocuparon la mesa más próxima a la puerta. Irina ya había comenzado a ojear las noticias internacionales. Le llamó la atención la columna dedicada a los resultados de las pruebas atómicas realizadas por Estados Unidos en Nevada. Era curioso teniendo en cuenta el teórico programa de reducción de armamento arrancado cinco años atrás con la Unión Soviética. El artículo no daba demasiados detalles salvo que se había hecho detonar una bomba a cuatrocientos metros bajo tierra. Cuando Irina pasaba la página, la sombra del hombre que se sentaba en un taburete junto a ella, oscurecía momentáneamente el periódico. No le había visto llegar.

—Un café solo.

Irina ni siquiera levantó la cabeza al escuchar la voz de Sasha. El camarero dio la espalda para preparar el café y sin un segundo de espera, la mano de Sasha introdujo un sobre blanco bajo el *Izvestia*. Irina hizo un ligero movimiento para recolocarse sobre el taburete y mirar de reojo hacia la mesa en la que los dos oficiales charlaban dando buena cuenta de dos cuencos de gachas de avena. También hacia el tipo corpulento que justo acaba de entrar y que se sentaba junto a Sasha. Volvió a centrar la

mirada sobre el periódico, pero ya no leía nada.

—Buenos días Nikolay —Sasha saludó con familiaridad al hombre de piel morena curtida y rasgos orientales.

—¿Qué tal este café? —como siempre la voz de Nikolay rugió con fuerza.

—No está mal.

—Con que sea capaz de espabilarme un poco será suficiente— bostezó—. Todavía no me he hecho al maldito cambio de horario. ¡Uno bien cargado! —El camarero asintió confirmando la orden.

—¿Vendrás con nosotros a Okeanskiy?

—Hoy no. Tengo que revisar un par de asuntos por aquí —Nikolay tomó un sorbo del café que el camarero acababa de dejar. Gruñó—¿Y decías que no estaba mal?

Sasha sonrió y se encogió de hombros.

—Señorita —Nikolay estaba echando un vistazo a lo largo de la barra.

Los ojos de Irina se abrieron como platos tras la gafas de pasta. Solo podía estar hablándole a ella. Giró suavemente la cabeza hacia el acompañante de Sasha.

—¿Podría pasarme el azúcar?

—Sí... —Irina se fijó en que a su izquierda había un pequeño recipiente metálico. Lo agarró para acercárselo. Sasha hizo un leve asentimiento y cogió el recipiente. Sus dedos se rozaron un milise- gundo.

La conversación entre Nikolay y Sasha se restableció mientras Irina trataba de evitar que el temblor de su mano se notase al pasar una nueva página del periódico. Esperó un instante más para colocar el bolso sobre la barra, sacar la cartera y guardar con rapidez el sobre. Cuando salió a la calle suspiró profundamente. Hasta que no hubo caminado un centenar de metros no fue capaz de sentir el intenso frío.



Salió de la ducha con el pelo enroscado en una toalla para proteger el tinte. El agua caliente se había llevado el frío. Necesitaba disfrutar de un instante de seguridad en aquel apartamento anónimo. Se vistió con un pantalón grueso de pijama y un jersey de lana y se colocó frente a la ventana con una taza de té muy caliente entre las manos. Una solitaria figura negra cruzaba el blanco del parque bajo el cielo acerado. A lo lejos una bandada de pájaros se sostenía sobre las siluetas difuminadas de las grúas del puerto. Mantuvo un sorbo de té en la boca durante unos segundos, dejando que su temperatura se adaptase al cuerpo antes de dejarlo bajar por la garganta.

Volvió la vista hacia la mesa camilla donde se encontraban el sobre abierto que le había pasado Sasha, que guardaba el identificador que la autorizaría a estar presente en las zonas destinadas a la prensa soviética en Okeanskiy. Dentro del sobre Sasha también había incluido un trozo de papel que indicaba el lugar y la hora del que partirían los autobuses que llevarían a los periodistas desde la ciudad hasta el complejo donde se desarrollaría la cumbre. Faltaban ocho días.

Colocó la cámara fotográfica sobre la mesa y comenzó a desenroscar ya con manos expertas el largo objetivo que realmente hacía las veces de cañón. Como siempre, pasó una finísima varilla por el minúsculo orificio que lo atravesaba en toda su longitud. Teniendo en cuenta el tamaño casi microscópico de la munición, era fundamental que su vía de salida estuviese totalmente libre de suciedad. Tras la comprobación, pasó al cuerpo propio de la cámara. El pulsador destinado a lanzar fotografías era el gatillo de la pistola de aire comprimido encubierta. Observó la recámara donde debía colocar el balín. El hueco coincidía milimétricamente con el orificio del objetivo cuando este se roscaba en la cámara. Comprobó el funcionamiento del muelle que liberaba el gatillo y del pistón que comprimía el aire. Como no podía ser de otra forma, todo el mecanismo funcionaba como un reloj.

Sacó la cajita de munición de pruebas que Roger Barraud le había dejado y tomó uno de los perdigones, de poco más de un milímetro de diámetro. Lo colocó en el hueco de la cámara con delicadeza y procedió a roscar el objetivo. Se incorporó sosteniendo el cuerpo de la Zenit con la mano derecha y el extremo del objetivo con la izquierda. Entró en la cocina y se

colocó de espaldas al fregadero, de forma que la pared más alejada del salón quedase frente a ella, a unos cuatro metros de distancia. Se fijó en el folio que allí había clavado, a una altura de un metro y cincuenta centímetros del suelo. En él había dibujado dos círculos concéntricos.

Acercó la cámara a su cara hasta que el ojo derecho se centró en el visor. Tenía un aumento que triplicaba el de una cámara normal y hacía las veces de mirilla. Haciendo coincidir la cruz que veía con el círculo interior del folio, el margen de error no era superior a cinco milímetros. Lo había comprobado fehacientemente durante los disparos que había hecho a distintas distancias. Podía concluir que ese margen de error era aceptable hasta una distancia de seis metros y medio. Hizo el disparo y nuevamente comprobó la precisión en el folio. Tocaba nuevamente desmontar, comprobar y limpiar.

Cuando llegara la hora de la verdad solo tendría una oportunidad. En esa ocasión usaría uno de los perdigones que recibió en Copenhague la noche anterior de su viaje a Suiza. Esferas de platino e iridio del tamaño de una cabeza de alfiler, con dos perforaciones de 0,3 milímetros que creaban una cavidad interior en forma de X rellena de ricina. Una sustancia azucarada cubría los orificios evitando que la ricina pudiese salirse antes de tiempo. El recubrimiento había sido calculado para fundirse a la temperatura de 36,5 grados, de forma que al entrar en un cuerpo humano, liberase la ricina y fuese absorbida por el torrente sanguíneo. La cantidad de 500 microgramos de ricina que albergaban los perdigones era suficiente para matar a un adulto.

Irina volvió con su taza de té, pero ya estaba frío. Tiró por el fregadero lo que quedaba y puso al fuego una nueva tetera.



12:30

Zhanna salía del despacho de capitán Popov tras dejarle el informe que le había solicitado redactar. Era hora de bajar a comer a la cantina. Siempre trataba de hacerlo un poco más tarde que el resto de chicas de los departamentos administrativos para evitar verse obligada a establecer

ningún tipo de relación.

Estaba cogiendo el abrigo del perchero junto a su mesa de trabajo cuando vio la silueta de un hombre a través del cristal traslúcido del despacho que compartía con otras dos secretarias. Cuando el hombre llegó a la puerta se detuvo bajo el dintel y miró hacia el interior. No era alto pero sus espaldas ocupaban prácticamente el ancho de la puerta.

—Busco a la señorita Kuznetsova. Irina Kuznetsova —remarcó la potente voz de Nikolay.

—Soy yo —a Zhanna le costó mantener las rodillas rectas.

—¿Podría dedicarme unos minutos? Soy el capitán Nikolay Morozov, de la Fuerza de Guardias del Kremlin. —No esperó una respuesta y dio un paso al interior del despacho—. Según tengo entendido es usted nueva por aquí.

—He comenzado a trabajar con el capitán Popov hace pocos días —Zhanna aferraba con toda su fuerza el abrigo entre sus brazos

—Por favor siéntese —Nikolay apuntó hacia su silla mientras él acercaba otra de una mesa vecina.

—Estoy en mi hora de comida —Zhanna se sentó sin soltar el abrigo.

—Lo sé, siento importunarla, pero quería hablar con usted a solas y no he encontrado otro momento mejor —hizo una mueca de disculpa—. Verá, su nombre ha surgido en una reunión reciente con un oficial del Primer Directorio. Sergey Záitsev. ¿Le conoce?

—Me entrevistó en mi último día en la embajada de Copenhague — las pupilas de Zhanna se dilataron a pesar de la claridad que entraba por la ventanas. Era momento de comprobar si su memoria había retenido todos los datos que Irina le dio en Irkust.

—Sí, eso nos explicó, pero el camarada Záitsev ha tenido un... contratiempo y no termino de ver claro los motivos de su interés por usted.

—¿Interés por mí? No entiendo.

Nikolay se recolocó en la silla que sin duda era demasiado pequeña para él. Respiró profundamente antes de continuar, dudando si nombrar también a Sasha Ivanov.

—Doy por hecho que está al tanto de lo que va a acontecer aquí en los próximos días —esperó a que la chica asintiese—. Bien, pues cualquier cosa que pueda generar dudas es motivo de preocupación para mí y quiero

reducir al máximo esas preocupaciones.

Zhanna no sabía como reaccionar. ¿Era mejor mantener silencio o seguir excusándose con que no entendía nada? ¿Sería posible que aquel hombre supiese algo?

—No sé el motivo por el que me está diciendo todo esto, pero puedo asegurarle que no voy causarle ningún problema ni a usted ni a nadie.

—Me alegro de escuchar esto —Nikolay arrastró la silla para levantarse—. Siento haberla importunado.

Zhanna hizo un gesto aceptando la disculpa y luchando por evitar que las lágrimas brotasen. Comenzaba a notar un hilo de sudor frío en la espalda. El hombre se encaminó a la puerta del despacho y justo cuando estaba a punto de salir se detuvo y se volvió hacia Zhanna.

—Sabe, no sé por qué su cara me resulta familiar. ¿Nos hemos visto antes?

—Juraría que no, pero quizás en las oficinas del Partido en Moscú... o si usted ha estado en Dinamarca.

—No, no he estado —Nikolay encogió los hombros —Que tenga buena tarde.

Zhanna continuó sentada con el abrigo sobre las rodillas. Había perdido por completo el apetito. ¿Qué contratiempo habría tenido el tal Záitsev? ¿Significaría qué podía estar más tranquila o todo lo contrario? Fuese como fuese no tenía posibilidad de avisar a Irina, así que seguiría con sus rutinas manteniendo los ojos abiertos. Decidió quedarse en el despacho y avanzar parte del trabajo previsto para la tarde.



17:00

Hacerse con la documentación que Sergey Záitsev había recopilado sobre el caso en el que trabajaba antes de su detención, había llevado varias horas y exigido unas cuantas llamadas a la sede del Primer

Directorio Principal del KGB en Yasienievo. Algunas de ellas realizadas por el mismo Alexey Volkov desde las oficinas de Dzerzhinsky. Finalmente las numerosas gestiones habían servido para que Nikolay recibiese vía fax un buen número de folios con toda la información que Záitsev había conseguido. Entre ella estaban las entrevistas realizadas en Copenhague y la transcripción de la escucha inicial en el Kokkeriet. Aunque nada era concluyente, Nikolay había solicitado que se mantuviese la vigilancia sobre Irina Kuznetsova al menos hasta que finalizase la cumbre en Okeanskiy. También había pedido que siguiera la atención especial sobre Dimitri Kozlov y Ansgar Rasmussen. Si un hombre tan experimentado como Sergey Záitsev había dedicado tanto tiempo a aquel asunto, algo tenía que estar oliendo detrás.

Y ahora quedaba su camarada Sasha. ¿Qué relación tenía con aquella mujer? ¿Sabría que ella estaba en Vladivostok? ¿Por qué había visitado Sasha el orfanato de Irkust? La única pregunta con respuesta era la primera. Los informes de seguimiento rutinario que se realizan habitualmente sobre agentes del KGB, delataban que Sasha había mantenido una relación con Irina Kuznetsova durante más de un año antes de que esta fuese trasladada a la embajada soviética en Dinamarca. Alexey Volkov había dado acceso a Nikolay a esa información confidencial. Al parecer había sido la chica la que había cortado la relación, aunque esta parte era pura conjetura.

Respecto al resto de preguntas, no quedaba otra opción que escuchar a Sasha. Sería una conversación delicada y esperaba de todo corazón que las respuestas fuesen convincentes, pero en cualquier caso su conclusión era clara. Como medida preventiva, Sasha Ivanov debería regresar a Moscú. Hasta que ello ocurriese estaría especialmente pendiente de él.

23 de Noviembre

El viento helado soplaba sin piedad sobre la extensa planicie de la base aérea de Vozdvizhenka. Los grades bombarderos Tu-22 desperdigados por la pista como aves de caza que esperan la señal, soportaban estoicamente las inclemencias del tiempo. Nikolay los observaba tras un ventanal del edificio principal de la base. Allí se había habilitado una sala donde la comitiva americana esperaba la llegada de sus homólogos soviéticos. Los americanos habían volado hasta la base militar desde Tokio y teóricamente allí también debería haber aterrizado Brézhnev con su equipo, pero una tormenta de nieve les había obligado a cambiar el punto de aterrizaje en el último momento e irse a una base cercana.

Nikolay sabía que la tormenta de nieve no había tenido nada que ver. Se trataba de una maniobra más de seguridad. Según le habían informado no tardarían más de veinte minutos en llegar. Cuando lo hicieran, tocaría dirigir la caravana de Chaikas hasta la estación de tren que llevaría a los grupos hasta Okeanskiy.

—Parece que nuestros invitados se están impacientando —Sasha habló a la espalda de Nikolay, que siguió mirando hacia el exterior

—No les está haciendo gracia tener que esperar.

—Así son las cosas —el kazajo se encogió de hombros—. ¿A qué hora sale tu vuelo?

—En un par de horas.

—Sigo sin entender por qué tuviste que ir al orfanato —Nikolay movió la cabeza negando y se volvió hacia Sasha.

—A veces uno pierde la cabeza por una mujer —Sasha miraba a los ojos rasgados de su compañero—. Necesitaba entender.

—Eso no sirve.

—Lo sé —el tono de Sasha denotaba resignación—. Akim y Gregory tienen todo bajo control. Mi falta no deberá notarse.

Sacó una cajetilla de tabaco y ofreció un cigarro al kazajo, que no dudó en aceptar. Tampoco rehusó la llama del mechero de Sasha. Nikolay tomó una calada y volvió a dirigir la mirada hacia los bombarderos.

—¿Y sirvió para algo?

—¿Servir?

—Tu visita al orfanato de Irkust. ¿Crees que te sirvió para entender mejor el comportamiento de Irina?

—Quizás —Sasha midió sus palabras. En este caso su amigo era también su interrogador—. Su infancia fue muy dura y la... desaparición de su padre adoptivo y al poco tiempo de su madre terminaron por convertirla en una persona a la que le iba a costar establecer cualquier vínculo duradero con alguien. Es el único motivo que puede explicar la forma en la que se fue.

—¿La has visto estos días?

Sasha tenía la remota esperanza de que el traslado de Irina a Vladivostok se hubiese pasado por alto, pero con el revuelo montado por el agente Záitsev, era inevitable que le hubiesen seguido la pista.

—No, todavía no. Y no ha sido sencillo evitar la tentación de hacerlo —decidió adelantarse a la siguiente pregunta de Nikolay—. No me resultó difícil dar con su tía. La visité pocos días después de mi viaje a Irkust —estaba seguro de que también tenían perfectamente localizada la casa de Solovey.

Nikolay asintió, lo que Sasha interpretó como un reconocimiento a su sinceridad. Hubo un momento de silencio que ambos gastaron en la contemplación del desolador paisaje. Nikolay dio la última calada al cigarro mientras tomaba la decisión de no citar su reciente entrevista con la chica. No iba a aportar nada, al contrario que el último tema a tratar.

—Sobre su hermana, ¿llegaste a averiguar algo?

Sasha miró a Nikolay con dureza. Sin duda el maldito Záitsev era un investigador astuto. ¿Hasta dónde habría llegado en sus pesquisas? ¿Habría sido capaz de apuntar a Listvyanka ?

—Su expediente no estaba —Sasha emitió un profundo suspiro—. Tuvieron que entrar al mismo tiempo en el orfanato, pero no fui capaz de averiguar cuándo salió exactamente cada una. Me temo que no lo hicieron juntas. La tía de Irina me confirmó que nunca supo de ninguna hermana.

—¿Y quién pudo llevarse ese expediente? —Nikolay continuaba con sus preguntas cortas y directas. Estaba claro que no quería hacer ninguna deducción.

—No lo sé Nikolay. Quizás Irina hizo una visita al orfanato en algún momento y se lo llevó para rastrear la pista de su hermana, quizás alguien con influencias quiso llevarse a la niña para fines ilícitos. ¿Se te ocurre algo más? —Sasha meneó la cabeza—. Fuese lo que fuese se suma a una vida injusta.

—En Moscú no serán tan benévolos contigo como lo estoy siendo yo. Concluirán que estabas inmerso en una misión crítica y que la has mezclado con asuntos de faldas, sumando que la chica era el foco de atención de una investigación del Primer Directorio—Nikolay se rascó la nuca—. Da la impresión de que la detención de Sergey Záitsev te hubiese favorecido de alguna manera. Sea como sea, como mínimo te destituirán de tu puesto actual de la Fuerza de Guardias del Kremlin.

—Asumiré las consecuencias. Soy consciente de mi error —Sasha extendió la mano hacia Nikolay —Va siendo hora de que me vaya.

Nikolay se la apretó con fuerza. Cabía la posibilidad de que esta fuese la última conversación que mantuviera con él. Sasha agarró durante un segundo el antebrazo de su compañero, antes de dar media vuelta y caminar hacia la puerta. Cuando estaba a punto de cruzar el umbral escuchó por última vez la voz grave del fornido kazajo.

—Suerte.



Irina apenas había dormido dos horas. La noche se había hecho eterna, dando vueltas en la cama, levantándose infinitas veces, preparándose té en la cocina, tomándolo frente la ventana con la vista puesta en los puntos de luz de las balizas sobre las lejanas grúas del puerto y dudando una y mil veces sobre las probabilidades de éxito de la misión a la que había encomendado el último año de su vida.

Pero la mañana finalmente llegó y la ducha limpió casi todas las dudas, y las que no, quedaron ocultas bajo el ligero maquillaje que disimulaba sus ojeras. Se retocó el tinte que oscurecía su cabello antes de recogerse en un moño y de colocarse las gafas. Era la misma imagen que se veía en las fotografías pegadas en los documentos de identidad y de prensa, a nombre de Svetlana Baranova, recién llegada de las oficinas de Leningrado como fotógrafa del evento político del año. El mismo nombre figuraba en el identificador que Sasha le había pasado en la cafetería.

Se vistió con pantalón ancho de pana y jersey de lana de cuello alto, todo de discretos colores tierra, rematado por botines de tacón bajo. Revisó por última vez todos los elementos de la Zenit y los guardó en la misma mochila en la que habían llegado a aquel impersonal apartamento. Solo quedaba retirar el papel de la pared repleto de minúsculos orificios.

Tras llamar al teléfono de aviso de taxis de Vladivostok aprovechó para dar un último repaso. Comprobó que la documentación de su hermana quedaba bajo los cubiertos del cajón de la cocina, como le había explicado en su encuentro en Irkust. Un poco más tarde tomaba el grueso abrigo de paño que reposaba sobre una silla al lado de la puerta y salió por última vez del apartamento.

Esperó en el portal hasta que vio aparecer el morro del taxi entre la neblina de la mañana. En quince minutos llegaban a las puertas del discreto hotel Beregovaya, en una calle alemana a la Plaza Central, donde se realizaría la recogida de los periodistas. Entró en la cálida recepción del hotel. Una joven repasaba el casillero de las llaves mientras anotaba algo en una hoja sobre una tablilla.

—Buenos días —Irina dejó en el suelo la maleta y la mochila.

—Buenos días, dígame—la joven le dedicó una amplia sonrisa, que Irina agradeció.

—Debería tener una reserva a mi nombre, Svetlana Baranova.

—Oh, permítame.

La joven se sentó para abrir un cuaderno de tapas gruesas donde debían anotar las reservas. Irina no pudo evitar estirar ligeramente el cuello para tratar de ver las anotaciones, impaciente por saber si su mano negra habría hecho correctamente la reserva a nombre de su falsa identidad, como también debería haber hecho la compra del vuelo de Aeroflot que tendría que haber llegado dos horas antes al aeropuerto de Vladivostok. Desconocía como habrían conseguido solucionar el problema de que ella no hubiese ocupado el asiento, pero sabedora de la meticulosidad con la que se había desarrollado el plan, no dudaba en que ese detalle estuviese resuelto.

—Efectivamente aquí está. Necesitaré algún documento —Irina disimuló un ligero suspiro y dejó sobre el mostrador el documento de identidad—. Hizo bien en reservar. Con la visita de los americanos todos los hoteles están hasta arriba.

—Sí, lo suponía.

—¿Qué le trae por aquí, si no es indiscreción?

—Soy fotógrafa de periódico.

—¡Oh, la envidio! —la joven abrió sus ojos con sincera admiración. Irina sintió una punzada de culpabilidad—. Me encantaría un trabajo como el suyo, a la caza de la mejor fotografía para una portada.

—Sí... a la “caza”... eso describe muy bien mi trabajo.

—¿Sabe? Hay algún otro periodista con nosotros estos días. Ayer llegó de Moscú un caballero del Komsomolskaia. Quizás le conozca.

—Lo dudo. Vengo de Leningrado.

—Ya... ¿Cuántos días estará por aquí?

—En principio solo esta noche. Si todo se da bien regresaré mañana a última hora.

—Perfecto —la muchacha escribió algo más en el cuaderno y se giró para coger una llave—. Aquí tiene, la habitación 103, en la primera planta. Espero que pase una buena estancia.

Irina correspondió con una sonrisa y subió las escaleras enmuetadas que llevaban a la primera planta, donde tan solo había seis habitaciones. La suya era pequeña pero muy acogedora. Una pena que solo fuese a estar en ella las tres horas que tendría de espera hasta dirigirse a la Plaza Central para subirse al autobús que la llevaría a ella y a otros cuarenta periodistas de distintos medios soviéticos al complejo Okeanskiy. Si todo iba correctamente, tan solo regresaría al hotel para recoger su maleta y firmar la salida. Ahora no podía hacer mucho más aparte de tumbarse en la cama e intentar no pensar.



El tren especialmente habilitado para la ocasión estaba a punto de completar la hora y media de recorrido que había desde la base aérea de Vozdvizhenka hasta el sanatorio Okeanskiy. Realmente el encuentro entre las dos delegaciones se había iniciado ya en un elegante vagón procedente de la primera clase del Transiberiano, donde se había adaptado una larga mesa de reuniones. El techo decorado con motivos florares y rematado con una recargada moldura de madera, conferían ya de por sí a la situación un alto grado de distinción.

Las conversaciones habían arrancado de forma cordial entre los dos presidentes, a diferencia de las mantenidas anteriormente, donde la tensión podía cortarse con un cuchillo. Todos coincidían en el ambiente distendido y en la conexión detectada desde el primer momento entre ambos líderes.

Nikolay se encontraba en el vagón precedente con otros miembros del equipo de seguridad de la delegación rusa, viendo pasar la blanca llanura sembrada de humildes cabañas de madera, rodeadas por sus

correspondientes granjas y terrenos de labranza. Ninguna figura en movimiento se observaba bajo el pesado cielo acerado, manchado por los hilos de humo que surgían de las chimeneas. Nikolay cerró los ojos e imaginó a un niño acercando las manos al fuego alimentado por la turba, pero el inesperado revuelo formado en el vagón hizo que la imagen se convirtiera en humo. El presidente Brézhnev apareció rodeado de dos hombres.

—¡Es un ataque! ¡Avisad al doctor!

Pero no fue necesario. El doctor Evgeny Chakov que viajaba con la delegación, surgió de la puerta opuesta del vagón de los escoltas y agarró el brazo del compacto presidente cuya tez había palidecido considerablemente. Debía tratarse de uno de sus periódicos ataques epilépticos. Los dos desaparecieron en el vagón del doctor dejando al grupo de fornidos escoltas trajeados en pie y desconcertados. No todos tenían por qué saber del cuadro médico del presidente. El chirrido de los frenos sonó de inmediato tras la inesperada escena.

—Vamos —la voz potente de Nikolay atrajo todas las miradas—. Seguimos con los planes establecidos. Todos tenemos claro los coches que ocupa su miembro asignado. ¿Es así?

La respuesta fue un asentimiento de cabeza generalizado. En cuanto el tren se detuvo, los hombres se pusieron sus abrigos y sus ushankas y ordenadamente fueron bajando del vagón, unos dirigiéndose al vagón de la reunión y otros directamente a los Chaikas. Se habían convertido en una maquinaria de precisión. Nikolay se quedó en el vagón con otros dos hombres a la espera de movimiento en el vagón del doctor.

Poco a poco el séquito de coches negros comenzó a moverse hacia el sanatorio. Allí todo debía estar preparado para recibir al numeroso grupo. Los trabajos de adaptación de las infraestructuras de seguridad habían finalizado con éxito a pesar de la salida de Sasha. Gregori Valsev se había encargado de las pruebas de funcionamiento en los últimos días y los informes que había facilitado a Nikolay eran favorables.

El ministro de exteriores soviético, Dobrinov, entró con otro hombre en el vagón de los escoltas y sin saludar se sentaron frente a una mesita y comenzaron a repasar unos folios. Dobrinov levantó un par de veces la cabeza para mirar hacia la puerta del doctor. Los dos escoltas y Nikolay

eran totalmente invisibles para él.

La situación se mantuvo durante media hora, hasta que la puerta del vagón colindante se abrió y la figura corpulenta de Brézhnev se dibujó a contraluz bajo el umbral. Dio un par de pasos dejando a la vista las pobladas cejas bajo las que sus ojos habían recobrado el brillo. También su piel había recuperado el color habitual. Se colocó frente a Dobrinov, que se había incorporado inmediatamente como propulsado por un resorte, y mantuvieron una charla acelerada en voz baja. Enseguida Brézhnev se giró buscando a quien debiera guiarle en el camino de reencuentro con su homólogo americano. Nikolay entendió sin palabras y tomó el control. Fuera solo queda-ban dos Chaikas. En cuestión de minutos ambas se dirigían a toda velocidad hacia el recinto del sanatorio.



Irina había hecho lo imposible por ir sola en el autobús, pero finalmente no fue capaz de esquivar la compañía de un joven periodista de un medio local. Este no tardó demasiado en cejar en sus intentos de mantener una conversación sobre el histórico momento que iban a vivir. Irina estaba más preocupada en algo tan banal como mantener girado su identificador de prensa de forma que no se viera el medio al que pertenecía. No quería que algún “colega” del Izvestia tratase de profundizar en como era la redacción central de Leningrado.

Después de algo menos de dos horas de viaje el autobús entraba en el recinto del sanatorio Okeanskiy. La noche era ya cerrada. Conos de luz distribuidos por los caminos del complejo y alrededor del perímetro de los edificios dejaban a la vista algún coche negro o furtivas figuras de hombres con abrigos. Imposible encontrar ningún atisbo de color en un paisaje en blanco y negro. El autobús se detuvo frente al que parecía ser el bloque principal. Los periodistas comenzaron a bajar parsimoniosamente sin atreverse a levantar demasiado la cabeza por miedo a ver algo que no debiera verse. Un par de agentes se encontraban en la puerta de entrada al edificio observando fijamente las caras e invitándoles a acceder al hall. Allí habían colocado un mostrador provisional donde debían dejar los

abrigos a cambio de un papelito con un número bajo el cual se anotaba el nombre del propietario, previa comprobación del mismo en el documento de identidad.

Tras ello se iba dando paso uno a uno a los periodistas a alguno de los tres despachos individuales donde eran cacheados y donde se les requería presentar la correspondiente credencial. Se había tenido la deferencia de asignar agentes femeninos para atender a las mujeres periodistas. El turno de Irina no tardó demasiado en llegar.

—¿Izvestia no tenía ningún fotógrafo en Vladivostok? —la voz de la agente que la interrogaba era totalmente plana.

—Ahora mismo no.

La boca de la mujer, que la observaba con suma atención, era una línea horizontal sin labios.

—¿Dónde se aloja usted?

—Estoy en el hotel Beregovaya.

—¿Habitación?

—Ciento tres —Irina soltaba respuestas como un autómata—Llegué hoy mismo.

La mujer ya no la miraba. Se dedicaba a tomar notas en una ficha cuya primera línea indicaba el nombre de Svetlana Baranova. Las probabilidades de que hiciesen una llamada al hotel eran altas, incluso no se descartaba la posibilidad de un registro de la habitación.

—Abra la mochila y deje sobre la mesa todo el contenido.

Irina obedeció y comenzó a sacar con cuidado los objetivos de los bolsillos laterales, varios estuches cilíndricos de carretes, una libreta en blanco y un lápiz de un bolsillo frontal y por último la cámara del compartimento principal. La agente lo observó todo con atención durante unos segundos, hasta que finalmente se decidió sorprendentemente por la mochila vacía. Introdujo las manos en todos los bolsillos afanosamente, en busca de alguna pieza olvidada o quizás de algún compartimento oculto. Irina se recostó en la silla sabedora de la inutilidad de aquel registro, tratando de evitar en su rostro cualquier signo de relajación.

—Puede recoger.

Mientras Irina volvía a dejar cada cosa en su sitio, la agente se- llaba su acreditación de prensa.

—No olvide llevarla siempre a la vista.

—No lo olvidaré.

Irina salió del agobiante despacho y fue conducida a una sala am- plia con ventanales hacia el oscuro exterior. Sobre una larga mesa cubierta con un mantel blanco habían dejado bandejas con bocadi- llos y jarras de agua. Varios “colegas” ya se habían sentado en alguna de las sillas esparcidas por la sala, resignados frente a la imposibili- dad de conocer el tiempo que les iba a tocar permanecer allí.



Las negociaciones se habían extendido bastante más allá del horario previsto. El hastío reinaba en el hall que precedía a la sala donde se discutía el plan bilateral de reducción de armamento nu- clear. No solo los porcentajes eran importantes, sino también el sis- tema que debería seguirse para comprobar el cumplimiento de los acuerdos alcanzados.

Nikolay encendía el noveno cigarrillo desde que arrancase la reu- nión, mirando de soslayo hacia el equipo de seguridad que los ame- ricanos habían colocado en aquella posición. En las horas que allí llevaban no había habido el más mínimo intento de acercamiento con ellos. Su ánimo había ido decayendo. Las conversaciones y las idas y venidas iniciales revisando la seguridad del recinto, habían ce- sado y ahora se apoyaban desperdigados en la pared o espatarrados en sillas con los brazos cruzados.

Todavía tuvo tiempo Nikolay de encender el décimo cigarro an- tes de que la puerta de la sala de reuniones se abriese. El hombre que asomó hizo un gesto a Nikolay, que enseguida dejó el cigarro en el abarrotado cenicero metálico de pie y se acercó.

—En diez minutos pasaremos a la sala del cóctel. Que vayan ac-

cediendo los periodistas. Podrán estar un cuarto de hora a lo sumo.

Un americano salió de la sala y dejó la puerta entreabierta. Se dirigió al agente que parecía liderar el equipo de escoltas de su delegación. Mantuvieron una breve conversación en voz baja antes de que el hombre volviese a entrar. Nikolay tuvo el tiempo justo de ver como el presidente de Estados Unidos soltaba una carcajada tras el comentario del traductor, frente al sonriente semblante de Brézhnev.

Un poco más atrás el Ministro de Exteriores estadounidense colocaba unos documentos sobre la mesa, mientras Dobrinov parecía aclararle algo. La imagen quedó grabada en la retina de Nikolay, que no tardó en agrupar a su equipo para las correspondientes instrucciones.



Cuando poco después Nikolay entraba en el salón, el grupo de camareros con chaquetillas blancas esperaba ya con sus bandejas de canapés y bebidas en un lado de la sala mientras en el opuesto los periodistas se apelotonaban tras el cordón de seguridad que marcaba el límite hasta el que podrían acercarse. Allí había representación de los escasos medios de comunicación soviéticos, de los principales estadounidenses y de alguna agencia de noticias europea. Costaba diferenciar caras entre las libretas y las cámaras de largos objetivos. En cualquier caso todos habían pasado los rigurosos protocolos de seguridad y todos llevaban unas cuantas horas allí dentro, esperando el efímero momento que se les concedía para conseguir alguna instantánea o titular que mereciese la pena colocar en las portadas del día siguiente.

Y generosamente los dos presidentes se encargaron de conceder ese momento. El americano le ofreció a Brézhnev su abrigo de pieles, que al parecer este había admirado en varias ocasiones. El presidente soviético se lo probó mientras sostenía un cigarrillo entre los labios. Las caras de distensión reinaban entre los integrantes de las dos comitivas y los flashes de las cámaras comenzaron a lucir. Todos los fotógrafos pulsaban sus disparadores repetidamente consumiendo los carretes. Todos, salvo uno de ellos.

Irina mantenía la cara oculta tras su Zenit observando a través de la mirilla a los ocupantes de la sala. Podía ver al compañero de rasgos orientales de Sasha, pero no a este. Ella esperaba que estuviese allí, aunque realmente no era algo necesario. Dirigió el objetivo de la cámara hacia el presidente soviético. Calculó que debía tenerlo a algo más de cinco metros, pero ese maldito abrigo que se había puesto... Era demasiado grueso.



La animada conversación entre los integrantes de las delegaciones continuó mientras tomaban los canapés que los camareros iban ofreciendo. Allí no se iba a dar ninguna rueda de prensa, eso ocurriría al día siguiente. La intención era tan solo regalar unos minutos de satisfacción a los medios de comunicación, para que pudiesen comprobar la buena sintonía entre las superpotencias. El momento de relax parecía llegar a su fin cuando Brézhnev dirigió al grueso de los periodistas un saludo levantando el brazo derecho, para seguidamente pedir ayuda para quitarse el abrigo de su homólogo y devolvérselo entre nuevas risas. Ambos giraron hacia la puerta por la que habían entrado minutos antes, dando la espalda a los periodistas que seguían lanzado preguntas al aire y haciendo brillar los flashes.

Nadie pareció fijarse en el rostro de Brézhnev cuando repentinamente frunció el ceño haciendo que sus grandes cejas descendiesen ligeramente y se llevase la mano izquierda hacia la parte posterior de su hombro derecho. En ese momento el presidente estadounidense se acercaba a él para decirle algo al oído, lo que hizo que Bulgakov volviese a sonreír, mientras seguían juntos su camino hacia la puerta. Antes de llegar a ella el presidente soviético volvió a tocarse la parte posterior del hombro. Fue la última imagen que Irina tuvo de él a través de la mirilla de su cámara.

24 Noviembre

01:30

—**A**quí —fue la orden que Irina dio al somnoliento taxista que la había recogido a un par de manzanas del hotel Beregovaya una hora atrás, después de firmar su salida en recepción.

—¿Aquí? —preguntó el hombre sorprendido mirando a su alrededor.

La noche sin luna era cerrada y fría. Ni siquiera las estrellas se atrevían a romper el negro intenso del firmamento, escondiéndose tras nubes difuminadas. Tampoco se veía ni una sola luz en las desperdigadas casas de Solovey.

—Sí, es aquí —insistió Irina con seguridad—. ¿Puede esperarme? Serán cuarenta o cincuenta minutos —continuó ofreciéndole una cantidad de rublos que doblaba el coste del recorrido—. Tengo que regresar a Vladivostok. Le daré lo mismo para la vuelta.

El taxista dirigió una mirada lasciva a la bella señorita que le observaba desde el asiento trasero. Seguramente algún lugareño de aquel apuesto pueblo había decidido gastarse la paga de una semana en una prostituta de alta clase. Irina adivinó sus pensamientos y le correspondió con una sonrisa cómplice.

—Haga lo que tenga que hacer sin prisa. No tengo nada mejor que hacer ahora mismo.

Irina salió del coche notando la mirada del taxista clavada en su espalda hasta que se perdió en la oscuridad entre las huertas traseras de las casas. A pesar de todo, no le costó identificar la de la tía Galina. Al empujar la portezuela descolgada de la valla baja de madera, hizo que toda esta se moviera y se desprendiese la capa de nieve que la cubría. Entre las sombras adivinó que el chamizo donde se refugiaban las gallinas continuaba en el mismo lugar donde estaba cuando era niña. También la casetilla de los aperos para trabajar la huerta. Tras dar un par de pasos por

el camino de adoquines descolocados vio que la puerta trasera de la casa se entornaba levemente. Su tía asomó la cabeza, sin encender ninguna luz tras de sí. Irina no pudo evitar correr a abrazarla, con ganas de sentirse como una niña entre sus brazos. A pesar de la apariencia de mujer endeble, la tía Galina la apretó con fuerza contra sí.

—Tenemos compañía permanente aparcada frente a la casa. Mejor quedémonos a oscuras.

Irina asintió tratando de entender con rapidez el motivo de la vigilancia. Sergey Záyitsev le vino instantáneamente a la cabeza.

—Por el momento no ha supuesto nada —la tranquilizó Galina—, salvo que ha sido la sombra de Zhanna continuamente.

Irina siguió a su tía a la habitación que ocupaba Zhanna. Estaba de pie junto a la cama, esperando la llegada de su hermana como habían planificado.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó Zhanna con los ojos abiertos como platos tratando de atravesar la oscuridad.

—Creo que sí... pero habrá que esperar —Irina comenzó a quitarse la ropa—. Cuéntamelo todo. Rápido.

Zhanna trató de sintetizar el trabajo que había desarrollado en la oficina durante los últimos días, explicándole exactamente los documentos que había presentado y los encargos que tenía sobre la mesa. Irina debería retomarlos sin permitir el mínimo atisbo que llevase a dudas. También le habló de la tensa visita de Nikolay Morozov. Respecto a Sasha, no había tenido ninguna noticia suya desde su llegada. Por último le devolvió a Irina sus documentos personales, los cuales Zhanna había llevado consigo desde su encuentro en Irkust.

Por su parte, Irina le recordó a Zhanna la dirección del apartamento en el parque Pokrovskiy mientras le ponía las llaves en la mano. También que en el cajón de los cubiertos encontraría su documentación real. En el apartamento debería quemar la documentación de Svetlana Baranova y destrozarse la cámara Zenit antes de meterla en una bolsa de basura y dejarla en un contenedor. No debía quedar ningún rastro de la falsa fotografía del

Izvestia. Por la mañana a primera hora, Zhanna iría a la estación Yaroslavl y tomaría el primer tren a Irkutsk. Desde allí llegaría en autobús a su casa de Listvyanka.

Cuando Zhanna terminó de vestirse con la ropa con la que había llegado Irina, se colgó al hombro la mochila con la cámara y la documentación de la periodista. En la oscura habitación, tan solo iluminada por la escasa claridad que se colaba por la ventana, las dos hermanas se fundieron en una sola sombra.

—Puede que sea la última vez que nos veamos —sollozó Zhanna—. ¿Cómo sabré que estás bien?

—Estaré bien, no tienes que preocuparte por eso. Te prometo que algún día me pondré en contacto contigo... cuando sea seguro

—Irina se separó de Zhanna—. Ahora tienes que irte. El taxi está a cinco casas en aquella dirección.

Zhanna abrazó a la tía Galina antes de salir por la desvencijada puerta trasera y desaparecer como un fantasma en la noche.

El final del viaje

*Se puede oprimir, obligar, sobornar, quebrantar o
destrozar, pero solo durante un tiempo*

Mijaíl Gorbachov

28 de Noviembre

Vladivostok

En el viaje de vuelta a Moscú, el Secretario General sufrió un nuevo ataque epiléptico, más severo que el sufrido dos días atrás y agravado además por la fiebre ininterrumpida que soportaba desde la noche que pasó en Okeanskiy. En el chequeo médico llevado a cabo por el doctor Evgeny Chakov no se tardó en localizar el pequeño orificio en la parte trasera del hombro. La escasa sangre que rodeaba la perforación había coagulado. Tras la limpieza y una sencilla cirugía, el doctor extrajo un minúsculo balín.

Fue necesario un exhaustivo estudio del Directorio de Operaciones y Tecnología para descubrir que la diminuta bolita se había fabricado con una aleación de platino e iridio y que en su interior había restos de ricina. Esta tuvo que salir en algún momento por los microscópicos orificios que se habían practicado al balín. Se trataba de un trabajo realmente admirable al alcance de muy pocos.

Pero el descubrimiento de la ricina no sirvió de nada. No existía tratamiento para ese veneno letal. El estado del Secretario General fue empeorando paulatinamente y su fallecimiento fue certificado la tarde del 26 de Noviembre.

De inmediato se movilizó la maquinaria para reunir con carácter de urgencia máxima tanto a los miembros del Politburó del Partido Comunista como a los diputados del Presidium del Soviet Supremo. La jefatura de Estado no corría peligro, pero a todos les interesaba cerrar con la mayor celeridad el vacío de poder dejado por Brézhnev. Un buque sin capitán corría riesgo de zozobrar. Aun así llevaría su tiempo. Todo había llegado por sorpresa, salvo para unos pocos que tuvieron que esforzarse en aquellos primeros momentos por evitar que la claridad de sus ideas fuese percibida por sus camaradas del Partido y del Soviet Supremo.

Y en paralelo a los movimientos políticos, rápidamente se organizó un comité de investigación en el que participaban todos los directorios del

KGB. No tardaron en rodar cabezas. Entre ellas la del Alexy Volkov, director de la Fuerza de Guardias del Kremlin del Noveno Directorio. Él había sido el responsable de la seguridad de la delegación soviética en la cumbre de Vladivostok y todo apuntaba a que allí se había producido el atentado contra el líder del país.

Por su parte, tanto Sasha como Nikolay tuvieron que responder por separado a interminables preguntas en salas cerradas de Yasienievo. Los informes de Sasha sobre las actuaciones en los días previos al evento no mostraron ninguna inconsistencia. Su labor fue considerada correcta y finalmente Sasha pudo seguir con los preparativos de su viaje a Viena, a cuya rezydentura había sido relegado debido al suceso del orfanato de Irkust, relacionado con la joven Irina Kuznetsova. Hasta el momento nada se había sacado en claro de la investigación que Sergey Záitsev había llevado sobre ella antes de ser acusado del asesinato del amante de su mujer.

En cuanto a Nikolay, se había requerido su regreso a Vladivostok para colaborar en la investigación sobre el terreno. Ahora aterrizaba de nuevo en el aeropuerto de la lejana ciudad oriental, con la cabeza puesta en la joven Irina. Todo lo que se había movido a su alrededor había acabado mal. El agente Záitsev, Sasha, incluso él mismo.

Salió de la terminal y tomó un taxi hacia las oficinas del Primer Directorio. Allí pidió entrevistarse con el agente Davidov, que dos días atrás había dejado la vigilancia de Irina. Nikolay fue invitado a esperar en una sala de reuniones de paredes grises con una ventana que daba a un patio interior por el que se colaba la luz metálica del nublado día. Encendió un cigarrillo y se quedó de pie observando un gran mapa del territorio de Primorie.

—Buenas días señor, me han dicho que quería verme —el joven agente Davidov se quedó en la puerta esperando la orden para pasar a la sala.

—Sí —Nikolay se sacó el cigarro en la boca—. Este es el pueblo donde vive la chica, ¿no?

Davidov se acercó para asegurarse de que el hombre del Noveno Directorio apuntaba correctamente sobre Solovey.

—Así es. Pero sabe que recibí orden de dejar la vigilancia.

—Lo sé —Nikolay no mostró ningún interés en ello—. ¿El día 23 usted estuvo allí?

—Sí —Davidov no dudó—, ella salió de la casa de su tía como todos los días, a las siete de la mañana para coger el autobús. Pasó el día en la oficina del Tercer Directorio y estuvo de regreso sobre las seis. Siempre era la misma rutina. Todos los días eran iguales.

—Supongo que habría más agentes en el operativo de vigilancia.

—Éramos tres, para cubrir el horario —Davidov sonrió— sin contar al encargado de una tienducha en la misma calle de la casa. Se llevó unos cuantos rublos por mantenerme informado de las visitas de la señora Galina. Nunca ocurrió nada interesante.

Nikolay se apoyó en la mesa manteniendo la vista fija en el mapa. Durante unos segundos guardó silencio, con el cigarro colgando entre los labios. Davidov comenzó a incomodarse, de pie junto a la pared, sin atreverse a abrir la boca.

—Así que sobre las seis llega a casa —Nikolay miró su reloj—...

—Sí, en el autobús de... —continuó Davidov.

Sin esperar el final de la frase, Nikolay apagó el cigarro en el solitario cenicero sobre la mesa y salió de la sala sin despedirse del boquiabierto Davidov, que giró la vista hacia el mapa tratando de encontrar algo que le explicase qué había ocurrido en los últimos minutos.



Irina dejó sobre la cómoda de la entrada su bolso y se dirigió a la chimenea para remover los troncos que se consumían. La tía Galina se removió sobre el sillón, adormilada bajo el calor de una gruesa manta de lana.

—¿Qué tal el día? —preguntó sin abrir los ojos.

—Creo que las cosas van bien —respondió Irina, en cuclillas frente a la chimenea, con los brazos extendidos y las manos abiertas hacia el fuego.

—Entonces nadie...

Los golpes en la puerta detuvieron las palabras de Galina, que abrió los ojos de par en par. Irina le hizo un gesto para que no se moviese y se incorporó. Se acercó a la ventana junto a la puerta y pudo distinguir la inconfundible silueta del agente Nikolay, que de espaldas a la casa se mantenía firme con la vista puesta en la oscura calle. La calada que dio al cigarrillo hizo que este iluminara su rostro unos instantes. Irina trató de recordar todos los detalles que Zhanna le había dado sobre la entrevista que la semana anterior había mantenido con él. Abrió la puerta tratando de mantener la compostura.

—Buenas noches agente.

Nikolay se dio la vuelta lentamente. La escasa luz a espaldas de la joven no le permitía apreciar con nitidez sus rasgos.

—Buenas noches —a pesar de la fuerza de su voz, parecía cansado.

—Mi tía está dormida —Irina se apartó ligeramente para dejar que Nikolay viese el sillón frente a la chimenea—. No es buen momento. ¿No puede esperar a mañana, en las oficinas?

—¿Puede recordar dónde me senté el día que nos vimos?

—Disculpe, no entiendo su pregunta —Irina la entendía perfectamente.

—¿Recuerda si llevaba corbata? —Nikolay arrojó el cigarrillo a la nieve. El hilillo de humo vivió el escaso tiempo que la colilla tardó en apagarse.

—¿A qué vienen estas preguntas?

El fornido hombre guardó las manos en los bolsillos y durante un instante observó a la joven que tenía enfrente, entre la penumbra y el húmedo frío. Ninguno de los dos parecía notarlo. Finalmente Nikolay asintió soltando un suave soplo y sin decir una palabra más se dio la vuelta alejándose calle abajo. Irina esperó en la puerta hasta que las huellas sobre la nieve se diluyeron en la negrura.

30 de Noviembre

Vladivostok

Las investigaciones sobre todas las personas que habían estado presentes en Okeanskiy el día 23 habían finalizado. No hubo miramientos en destinar recursos para estudiar al milímetro expedientes de agentes, equipo diplomático, servicios de limpieza, camareros, cocineros y periodistas. Esto último llevó a realizar llamadas a unas cuantas sedes de medios soviéticos, entre ellas a la central del periódico Izvestia en Leningrado. Nadie allí sabía de ninguna fotógrafa llamada Svetlana Baranova.

Se comprobó el número de fax desde el que se había enviado la información de Svetlana para ser autorizada en la cumbre. Correspondía con un piso deshabitado en el distrito Moskovsky, en la afueras de Leningrado. El dueño del piso describió al hombre que se lo había alquilado durante un par de meses como un tipo alto, rubio con el pelo casi rapado y con una cicatriz sobre su ojo izquierdo. Solo le vio en el momento de entregarle las llaves. Cuando dejó el piso, le había pedido que las dejase en el buzón del portal. El dueño también aseguró que él nunca había tenido instalado un fax en aquel piso, por lo tanto tuvo que ser el hombre de la cicatriz el que se encargase de la contratación de la línea. Al preguntar a la compañía estatal de teléfonos, se comprobó que la identidad de la persona que había hecho el contrato, era falsa.

La vía de investigación de Svetlana Baranova parecía llevar a un punto muerto que acababa en un hombre sin nombre con una cicatriz sobre el ojo izquierdo. Se solicitaron retratos robots tanto de la fotógrafa como del misterioso hombre, que se realizaron a base de larguísimos interrogatorios tanto a la mujer que entrevistó a Svetlana en Okeanskiy como al dueño del piso de Leningrado.

Una copia de los retratos acabó en manos de Nikolay. Se encontraba en una sala diáfana atestada de agentes y de mesas repletas de archivadores con teléfonos siempre ocupados. Allí él era uno más. Había sido relegado a

simple agente de campo y su función era de mero informador sobre detalles acaecidos durante la cumbre. Aislado de las conversaciones y bajo la densa nube de humo de los cigarrillos, se concentraba en las fotos de las dos personas más buscadas del planeta. La del hombre no le decía nada, pero la de la mujer sí. Rascando en su memoria acabó llegando a la cafetería de la calle Fokina, en la que se había encontrado con Sasha aquella mañana un par de semanas atrás. Las gafas de pasta, los rasgos de la cara... La chica que le había pasado el azúcar para aquel asqueroso café... No podía asegurarlo, pero podría ser. Y allí, casualmente al lado de Sasha.

—Camarada Morozov —la voz del agente Davidov sacó a Nikolay de sus pensamientos—, parece que hay trabajo para todos en este sitio.

—Eso parece —respondió Nikolay sin mostrar un mínimo interés por entablar conversación. Aún así Davidov se mantuvo junto a su mesa un instante esperando alguna oportunidad de alargar la charla.

—Bueno... voy a seguir con lo mío —por fin el joven agente se resignó. Ya había arrancado el primer paso cuando recordó algo—. Ah, ¿está al tanto del incendio?

—¿Incendio?

—La casa de Solovey. De la tía de Irina Kuznetsova.

Nikolay se incorporó bruscamente provocando que el respaldo de su silla se estrellase contra el suelo.

—Cuándo.

—Ocurrió hace un par de noches. Creía que usted estaba informado, como hablamos de ello...

—¿Qué se sabe? —Los ojos rasgados de Nikolay luchaban por salir de sus párpados.

—Se supone que tuvo que originarse en la chimenea y que cogió dormidas tanto a la chica como a su tía. Las llamas lo devoraron todo. Cuando al vecino de la casa de al lado le despertaron los lamentos de su perro, el fuego ya se había colado en su corral —Davidov observaba al hombre del Noveno Directorio, que asumía la información con la mirada clavada en el suelo—. Se han descubierto huesos humanos en el lugar donde debía estar la habitación de la tía. Las conjeturas indican que la chica se despertó y fue al rescate de la anciana, pero ya demasiado tarde.

Nikolay recogió la silla que había tirado y volvió a sentarse. Mantuvo de nuevo uno de sus silencios. Davidov no tenía ni idea de que había en la cabeza de aquel hombre tan parco en palabras, cuyo rostro fue tornando paulatinamente hasta dibujar una sonrisa, dejando reposar relajadamente su espalda en el respaldo, con las manos entrelazadas tras la nuca. Cerró los ojos.

—Disculpe...

Nikolay ya no escuchaba. Las piezas del difuso rompecabezas querían unirse en su cabeza pero faltaban pruebas fehacientes que las pegasen. ¿Quién iba a gastar un minuto de investigación en una mujer que tenía coartadas sobradas para demostrar que no había estado en el sanatorio Okeanskiy en ningún instante del día 23? Entre esas coartadas estaba incluso la de los agentes que montaban guardia para vigilar sus movimientos. Irina Kuznetsova no podía ser pues la persona que se hiciera pasar por una falsa fotógrafa y que de algún modo consiguiera introducir un balín envenenado en el cuerpo del Secretario General. Irina había estado en otros lugares. Pero ahí estaba la cuestión que daba vueltas en su cabeza. ¿Y si Irina sí hubiese estado en Okeanskiy la noche del veintitrés? Porque, ¿qué había sido de la niña que entró con ella en el orfanato de Irkust treinta años atrás? ¿Por qué no había rastro de su expediente por ninguna parte? Algo tan elaborado no podía surgir solo del odio de un simple elemento radical. Provocar la muerte de Brézhnev tenía que tener detrás un plan de mayor calado que ahora mismo se le hacía demasiado grande. Había demasiadas cosas que se le escapaban entre los dedos y él, un oficial degradado, ya no era nadie para lanzar esa macroinvestigación.

—Camarada Morozov, disculpe pero tengo que irme.

—Demasiado tarde... —las palabras parecieron salir de la boca de Nikolay sin su consentimiento.

—¿Demasiado tarde? Se refiere a Irina Kuznetsova.

—No —Nikolay salió de su estado de trance y miró a su alrededor—. Me refiero a todos nosotros.

3 de Enero de 2001

Zhukovka (Rusia)

Cuando Pavel Andreyev abrió la puerta, la luz del salón iluminó a una mujer de unos sesenta años y a un hombre que rondaría los cuarenta. Ella con un abrigo de piel y los brazos cruzados mirando hacia la espesa oscuridad dibujada entre los abedules. Él de espaldas con las manos en los bolsillos, aguantado pacientemente bajo el intenso frío. La mujer dio un paso hacia la puerta y Pavel pudo ver su rostro. Sin duda tuvo que ser una belleza en su tiempo.

—Disculpe las horas —la voz de la mujer sonó queda, amortiguada por la helada—. Mi nombre es Zhanna y este es mi hijo Gavrel

—Señaló al hombre que se aproximó tímidamente hacia el cono de luz emitido por la casa, haciendo un leve gesto de asentimiento con la cabeza—. Quería presentarle mi pésame por la pérdida de su padre.

—Por favor pasen, hace demasiado frío para hablar aquí.

Pavel identificó inmediatamente a aquella mujer como uno de los personajes principales de la carta de su padre. Les invitó al interior del caldeado salón donde su madre, Nastasia, esperaba de pie mostrando su blanca sonrisa a pesar del cansancio reflejado en sus ojos.

—Buenas noches Zhanna, hace tanto tiempo...

Aquello confirmó a Pavel que su madre estaba al tanto de la historia que él acaba de descubrir. No pudo evitar mirarla sorprendido. Para él sus padres siempre habían sido un matrimonio ejemplar pero con una vida relativamente corriente, y ahora resultaba que habían formado parte activa en un oscuro suceso que seguramente había cambiado el destino de su país.

—Por favor sentaros, os prepararé un té.

—Le ruego que no se moleste, tiene que haber sido un día agotador para usted y solo queremos presentarles nuestros respetos—Zhanna se detuvo un instante —y los de mi hermana.

—Irina —interrumpió Pavel sin poder evitarlo. Se sintió como un niño

ilusionado por conocer la respuesta correcta.

—Sí, Irina. Le hubiera gustado estar aquí... Nunca ha vuelto a pisar la Unión Soviética. Tuvo que pagar ese precio.

—¿Y qué es de ti Zhanna? —preguntó Nastasia.

—Sigo en Listvyanka, con mi hospedería. Estoy de visita en casa de Gavrel —miró a hacia su hijo—. Trabaja desde hace años en el complejo tecnológico Lebedev.

—Oh, eso es fantástico —la noticia pareció alegrar sobremanera a Nastasia—, fue fundado dos años después de que todo aquello ocurriese. Boris estaba especialmente orgulloso de que en la Unión Soviética tuviésemos el centro computacional más prestigioso de Europa. ¿Cómo van las cosas por allí? —preguntó dirigiéndose a Gravrel.

—Ya sabe que los ingenieros siempre queremos más, pero no nos podemos quejar —sonrió—. Lebedev es el corazón tecnológico del Comecon.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso —los ojos de Nastasia parecieron empañarse —Voy a preparar ese té.

Nastasia entró en la cocina y Pavel se quedó con las dos personas que acababan de colarse en su vida pero que podía sentir muy cerca- nas. ¿Se estaría preguntado Zhanna hasta donde llegaría su conoci- miento de lo sucedido treinta años atrás? Su semblante transmitía algo que Pavel no terminaba de identificar.

—Hay una cuestión que deben conocer —Zhanna miró directa- mente a los ojos de Pavel—. ¿Sabe quién es Nikolay Morozov?

—Sí, Nikolay —Pavel repasó mentalmente el manuscrito de su padre. Nikolay, el compañero de Sasha, el agente que se quedó al cargo de los Guardias del Kremlin durante la cumbre y que fue de- gradado a un puesto administrativo en Minsk.

—La semana pasada apareció en Listvyanka. Cuando le vi entrar por la puerta de la hospedería creí que iba a desmayarme. A pesar de la edad su rostro seguía imponiendo el mismo respeto que vi en él cuándo estuvo haciéndome preguntas en la oficinas del Tercer Di- rectorio en Vladivostok hace tantos años. Y su voz... igual de grave. Me pidió hablar en un lugar discreto y pasamos al pequeño come- dor. Eran las cuatro de la tarde y no había nadie allí.

Gavrel miraba a su madre con semblante tranquilo, seguramente

conocedor de la conversación.

—Lo primero que me dijo fue que no tenía ninguna intención de hacer público nada de la investigación paralela que había arrancado por su cuenta pocos meses después de su traslado a Bielorusia. Negué que supiera de que me estaba hablando e incluso que nos hubiésemos visto en el pasado. Él no trató de convencerme de lo contrario.

Nastasia regresó con una bandeja con la tetera y cuatro tazas. La dejó en la mesita baja y se sentó junto a Zhanna.

—Por favor sigue —Nastasia comenzó a servir el té.

Zhanna asintió, concentrada en los leños que ardían en la chimenea.

—Nikolay se había quedado con copias de los informes del agente Sergey Záitsev y aunque ya había sido relegado del caso, decidió estudiarlos con más detalle. En los informes de Záitsev se hablaba de la conversación en el restaurante de Copenhage entre Dimitri Kozlov y Ansgar Rasmussen, del relojero suizo asesinado seguramente por agentes del KGB, de las entrevistas que realizó el propio Záitsev en la embajada de Dinamarca, de sus sospechas iniciales sobre Irina, de la agente de Ekaterimburgo que colocó en el Transiberiano y del asalto que esta había sufrido cuando seguía a Irina por las calles de Irkust. También de la visita a su orfanato y de la presencia allí de Sasha. Nikolay gastó mucho tiempo en todas estas vías pero al igual que le ocurriese a Záitsev, en todas ellas llegaba a callejones sin salida. Pero Nikolay buscó otros caminos. Uno de ellos fue la carta de Boris a Dimitri. Entre la documentación que poseía Nikolay había una copia de ella. Me explicó que le llamó la atención la simpleza de la partida de ajedrez que aquellos hombres estaban manteniendo, pero sobre todo el momento en el que la carta había sido enviada. Justo previo a la fecha en la que comenzaron los movimientos investigados por Záitsev. Así que Nikolay decidió dedicar tiempo a Boris. No fue sencillo para él obtener información de un miembro del Presidium. Tuvo que moverse con sumo cuidado y soltar alguna cantidad de rublos de su propio bolsillo. El fruto fue el descubrimiento del viaje privado al lago Baikal de Boris y Nastasia —Zhanna levantó la vista hacia ella—. Concretamente a una cabaña reservada para altos miembros del Partido en un pequeño pueblo llamado Khuzhir, en la isla Olkhon. El viaje había tenido lugar poco después de que

Boris enviase a la carta a Dimitri. Demasiadas cosas en aquel caso llevaban a la misma zona.

Zhanna dio un sorbo su taza de té. Necesitaba parar para ordenar correctamente su conversación con Nikolay. Todos la observaban atentamente.

—Y descubrió algo más. Algo que, definitivamente, le hizo decidirse a profundizar en la figura de Boris. La gran amistad que le unía a Vladimir Kuznetsov, un ingeniero civil que había sido culpado de espionaje en circunstancias poco claras y condenado a un gulag. Boris y Vladimir habían estudiado juntos la carrera de ingeniería civil, y aunque cada uno siguió su vida profesional por caminos totalmente distintos, mantuvieron su relación. Boris hizo todo lo posible por sacar a Vladimir de Siberia pero no lo consiguió. Al parecer siempre se sintió responsable de la joven que Vladimir había adoptado en Irskust y que en aquel momento cursaba sus estudios en la Universidad de Perm.

—Irina —Pavel no pudo evitar volver a susurrar su nombre.

Zhanna asintió.

—Nikolay me contó que había analizado el círculo más próximo de Boris, siempre con suma discreción y paciencia. Así llegó a Yuri Kun, alto cargo del KGB. Este había estado presente en la reunión inicial de organización de la cumbre de Vladivostok del setenta y cuatro, y curiosamente había sido uno de los impulsores para que Sasha estuviese en el equipo de seguridad, según le explicó su ex-jefe Alexey Volkov. Y otro punto clave. Gracias a un buen pellizco, Nikolay se hizo con el listado de llamadas telefónicas de todo el año setenta y cuatro del domicilio particular de Boris en Moscú. Así descubrió la curiosa llamada recibida desde una cabina del aeropuerto de Moscú el día después del crimen de un americano en el hotel Intourist, por el que posteriormente fuese detenido Sergey Záitsev. Por supuesto Nikolay era consciente del peso que Boris había tenido en la formación del nuevo gobierno. En otra situación, con todos esos mimbres, hubiese sido más que suficiente para arrancar una investigación oficial sobre Boris, pero no en ese momento para él.

Pavel aprovechó la parada de Zhanna para intervenir.

—¿Qué buscaba este hombre contándote todo esto? ¿Tendrá pensado ir más allá?

—No lo creo —respondió Zhanna—. Mi sensación es que necesitaba compartir con alguien lo que sabía. Lo que seguramente le había obsesionado durante mucho tiempo. Fue una especie de confesión —se detuvo—. Sufre un cáncer terminal.

Los cuatro mantuvieron un respetuoso silencio, roto tan solo por los crujidos de la madera en la chimenea.

—No nos has explicado cómo llegó hasta ti, Zhanna —señaló Nastasia, que la miraba sobre el borde de la taza que sostenía con las dos manos.

—Desde que Nikolay descubriese vuestro viaje al lago Baikal, realizó varias visitas allí, tanto a Irkust como a la isla Olkhon. Siempre llevaba una copia del retrato robot que el KGB hizo cuando se descubrió la identidad falsa de la fotógrafa del Izvestia. Cuando mantenía alguna conversación con alguien, mostraba el retrato y en una ocasión alguien le indicó que se parecía a una mujer que llevaba una hospedería en Listvyanka. Según me dijo estuvo investigando mi pasado y no tardó en descubrir mi origen en el orfanato de Irkust. Decidió no ir más lejos sin pruebas que me relacionasen inequívocamente con lo sucedido. No era posible demostrar que yo hubiese estado en Vladivostok y nadie en mi círculo cercano iba a confesar que por aquellos días estuve fuera de Listvyanka. Tampoco era posible establecer ninguna relación con Boris —Zhanna respiró profundamente antes de continuar—, aunque no hubiese sido difícil demostrar mi relación con Irina... pero en aquel momento ya hacía tiempo que ella estaba oficialmente muerta.

Pavel se aproximó a la chimenea y cogió dos troncos secos que descansaban en un soporte lateral de hierro. Los introdujo en el fuego y removió con una barra metálica los rescoldos vivos. Las llamas no tardaron en hacerse con la nueva leña y un súbito incremento de calor se notó de inmediato en la sala.

—Tenían que conocer mi encuentro con Nikolay —la cara de Zhanna reflejaba el fuego de la chimenea—. Aunque no creo que vayan a saber nunca más de él.

—Así lo creo también —Nastasia se levantó y comenzó a recoger las tazas.

—Pero entonces —Pavel veía que la conversación se daba por

terminada y a él le faltaban cabos por atar—... y Sasha, ¿qué fue de él?

Para su sorpresa fue su madre la que comenzó a hablar, de pie con la bandeja del juego de té.

—Fue destinado a la reienturia de Viena. Allí estuvo cerca de un año, hasta que lo movieron a Roma. Consiguió llevarse con él a sus padres alegando problemas de salud. Con el nuevo Gobierno las medidas para el movimiento de ciudadanos se suavizaron —sus- piró—. Papá le ayudó en lo que pudo.

—Y perdió todas las opciones de avanzar en su carrera.

—Ganó otras cosas.

—Lejos de su país —interrumpió Pavel—, sin poder vivir los cambios que habían logrado provocar. ¿Qué hubiese ocurrido aquí si aquello no hubiese sucedido? —Un nuevo silencio se estableció en el cálido salón. No supo descifrar el cruce de miradas entre su madre y Zhanna.

30 de Julio de 1976

Impruneta (Italia)

La luz del atardecer doraba las casas salteadas entre pinos y cipreses en el ondulante paisaje. Ya se habían encendido los farolillos que colgaban de la estructura metálica que rodeaba el perímetro de la terraza del restaurante, ubicada en la azotea del edificio. El tenue amarillo de los faroles se sumaba al del sol que se ponía tras la frondosa colina donde arrancaban los viñedos.

Irina terminaba de colocar los manteles de inmaculado blanco sobre las pequeñas mesas cuadradas de madera desgastada. Después vendría la omnipresente botella de Chianti. Se acercó al armario donde se guardaba la vajilla, situada en el lado de la terraza que daba a la plaza empedrada, presidida por la fina torre de piedra blanquecina. La gente se atrevía por fin a esa hora a salir a la calle, cuando el aplastante calor había remitido y las chicharras silenciado. En uno de los bancos de la plaza descansaba solitaria la tía Galina. El blanco de sus antebrazos se resistía a oscurecer a pesar de las horas de sol que habían recibido en el año que llevaban viviendo en aquel rincón de la Toscana.

La salida nocturna del puerto de Vladivostok en el carguero estaba ya muy lejana. Esa noche en la que incendiaron la casa de Solovey, dejando antes aquellos huesos en el dormitorio de la tía Galina.

Irina temió en todo momento por la vida de su tía, pero había resistido sorprendentemente el largo viaje hasta Panamá, donde ambas recibieron su nueva documentación y desde donde tomaron el vuelo que las llevaría a Londres, para saltar después a Roma. Allí “la red” disponía de un piso franco donde pasaron los primeros meses en Italia, adaptándose al país y aprendiendo la lengua.

Para Irina, acostumbrada a desenvolverse en otros idiomas, no fue difícil, pero para la tía Galina todo aquello llegaba demasiado tarde. Aun así logró llegar a chapurrar lo justo para sobrevivir, antes de moverse a

la Impruneta, lugar donde un viejo conocido de Boris Andreyev regentaba un restaurante. Allí consiguieron establecerse. Un pueblo tranquilo donde los lugareños vivían principalmente de la producción agrícola.

Irina giró el dial de la radio colocada en una mesita al lado del mueble de la vajilla. Tras varios ruidos y voces distorsionadas de locutores, se encontró con la melodía de un violín. Tchaikovski. Consiguió ajustar el sonido antes de coger una pila de platos llanos con el borde adornado por una fina greca azul. Comenzaba a colocarlos en las mesas cuando de soslayo vio un movimiento en la puerta que daba acceso a la terraza.

—Todavía quedan diez minutos para que abramos la cocina—dijo Irina sin detenerse en su tarea.

Se respiró un denso silencio con olor a salvia.

—Después de todo creo que puedo esperar diez minutos más.

Irina se volvió lentamente. Apenas tuvo fuerzas para levantar la mano y colocarse un mechón tras la oreja. Allí estaba Sasha, sonriente bajo el dintel de la puerta, con la camisa remangada y las manos en los bolsillos. El sonido del violín inundó el valle.

Fin

© Fernando Domínguez López

Octubre 2018, Edición e-book

www.fernandodominguez.es